Witold Gombrowicz

Cosmos es, según su autor, una investigación sobre «los orígenes de la realidad», una búsqueda de vínculos entre acontecimientos aparentemente desconectados entre sí: un gorrión colgado, un gato colgado, un hombre colgado; manchas, huellas, flechas, señales, pistas en varias direcciones, bocas que se yuxtaponen, que se complementan, que se comunican misteriosamente, ritos, ceremonias eróticas, y, por encima de todo, la imperfección, la fragmentación del conocimiento humano, la incapacidad para conocer el Todo.

«¿Qué es una novela policíaca? Un intento de organizar el caos. Por eso mi *Cosmos* será una especie de novela policial», así concebía Gombrowicz el que probablemente sería el más ambicioso de sus libros.

Un relato en el que el protagonista advierte una cadena de anomalías mínimas, imprecisas, que aisladas no significan nada, pero reunidas cobran significado y precipitan un insospechado desenlace.

Galardonada con el Prix International de Littérature en 1967, *Cosmos* es, sin duda, una de las novelas más sensacionales y profundas de Witold Gombrowicz, tal vez, junto con Robert Musil, el narrador del siglo pasado que abrió más horizontes a la literatura del porvenir. Hoy en día, sus obras están traducidas a veintinueve idiomas.

Witold Gombrowicz

Cosmos

ePub r1.2
Titivillus 07.08.2019

Título original: *Kosmos*
Witold Gombrowicz, 1967
Traducción: Sergio Pitol

Editor digital: Titivillus
Reporte de erratas: Astennu
ePub base r2.1

FRAGMENTOS DE MI DIARIO EN LOS QUE SE HABLA DE *COSMOS*

1962 — ¿Qué es una novela policíaca? Un intento de organizar el caos. Por eso mi *Cosmos*, que me gusta llamar «una novela sobre la formación de la realidad», será una especie de novela policial.

1963 — Trazo dos puntos de partida, dos anomalías muy distantes una de otra: a) un gorrión colgado; b) la asociación entre la boca de Katasia y la boca de Lena.

Estos dos problemas exigen un sentido. El uno penetra en el otro tendiendo hacia la totalidad. De este modo comienza un proceso de suposiciones, de asociaciones, de investigaciones, algo que va a crearse, pero se trata de un embrión más bien monstruoso, un aborto… y este rebus oscuro, incomprensible, exigirá una solución… buscar una Idea que explique, que imponga un orden…

1963 — ¡Qué de aventuras, qué de incidentes con lo real durante esta inmersión en el fondo de las tinieblas!

Lógica interior y lógica exterior.

Astucias de la lógica.

Riesgos intelectuales: las analogías, las oposiciones, las simetrías…

Ritmos furiosos, acelerados bruscamente, de una realidad que se desencadena. Y que estalla. Catástrofe. Vergüenza.

La realidad que de pronto se desborda debido a un hecho excesivo.

Creación de tentáculos laterales… de cavidades oscuras… de fracturas cada vez más dolorosas… Frenos… curvas…

Etc., etc., *etc*.

La idea gira en torno a mí como un animal salvaje…

Etc., *etc*.

Mi colaboración. Yo en el lado opuesto, en el lado del rebus. Intentando completar ese rebus. Arrastrado por la violencia de los acontecimientos que buscan una Forma.

Es en vano que me lance a ese remolino, a expensas de mi felicidad…

Microcosmos-macrocosmos.

Mitologización. Distancia. Eco.

Irrupción brutal de un absurdo lógico. Escandaloso.

Puntos de referencia.

León que oficia.

Etc., etc., *etc*.

(Pero no hay nada que temer, después de todo será una historia normal, una novela policíaca normal, aunque un poco rugosa).

De la infinidad de fenómenos que pasan en torno a mí, aíslo uno. Elijo, por ejemplo, un cenicero sobre mi mesa (el resto desaparece en la sombra).

Si esta percepción se justifica (por ejemplo, he señalado el cenicero porque debo tirar la ceniza de mi cigarrillo) todo es perfecto.

Si he elegido el cenicero por azar y no vuelvo después a advertirlo, también todo va bien.

Pero si, después de haber destacado ese fenómeno sin objeto preciso, vuelve usted a él, ahí está lo grave. ¿Por qué ha vuelto usted, si aquel carece de importancia? ¡Ah, ah!, ¿así que significa algo para usted, ya que vuelve a él? He aquí cómo, por el simple hecho de concentrarse sin razón alguna un segundo de más en ese fenómeno, la cosa comienza a ser diferente del resto, a cargarse de sentido…

—¡No, no! (se defiende usted), es solo un cenicero ordinario.

—¿Ordinario? ¿Entonces por qué defenderse, si es en verdad un cenicero ordinario?

He aquí cómo un fenómeno se convierte en una obsesión…

¿Será que la realidad es, en esencia, obsesiva? Dado que nosotros construimos nuestros mundos por asociación de fenómenos, no me sorprendería que en el principio de los tiempos haya habido una asociación gratuita y repetida que fijara una dirección dentro del caos, instaurando un orden.

Hay algo en la conciencia que se convierte en trampa de ella misma.

PRIMERO

Voy a contar ahora otra aventura, aún más extraña…

Sudor. Fuks avanza. Yo tras él. Pantalones. Zapatos. Polvo. Nos arrastramos.

Arrastramos. Tierra, huellas de ruedas en el camino, un terrón, reflejos de piedrecillas brillantes. Resplandor. Calor infernal, hirviente. Un sol cegador. Casas, cercas de madera, campos, bosques. Este camino, esta marcha, de dónde, cómo, para qué hablar más. La verdad era que estaba harto de mis padres y de toda la familia; quería superar al menos un examen y disfrutar del cambio; alejarme, pasar algún tiempo en otro sitio. Me fui a Zakopane y cuando andaba por el camino de Krupowki, buscando una pensión barata, me encontré con Fuks, rubio desteñido, ojos saltones y mirada abúlica. Se alegró y me alegré. ¿Cómo estás?, ¿qué haces?, ando buscando una habitación; yo también, tengo la dirección de una casa, más barata porque se halla un poco lejos del centro, casi en las afueras. Caminamos, pantalones, tacones enterrados en la arena, camino, calor, miro hacia abajo, tierra, arena, chispean los guijarros, uno, dos, uno, dos, pantalones, zapatos, sudor, somnolencia en los ojos insomnes durante el viaje por tren. Y nada sucede sino esa marcha que nos reduce al nivel del suelo. Fuks se detuvo.

—¿Descansamos un poco?

—¿Aún estamos lejos?

—No mucho.

Eché una mirada en nuestro derredor y vi todo lo que se podía ver y que no quería ver por haberlo ya visto tantas veces: pinos y empalizadas, abetos y casuchas, matas y yerbas, zanjas, senderos y camellones de flores, el campo, una chimenea… el aire… y un sol resplandeciente; pero, no obstante, todo estaba negro, la espesura de los árboles, la tierra gris, el verdor de las plantas cerca de la tierra, todo negro. Ladró un perro. Fuks se metió entre unas matas.

—Aquí hace menos calor.

—Sigamos.

—Espera un momento. Descansemos un poco.

Se internó entre las matas hasta el sitio donde se formaba una cavidad, unos huecos sombreados por las ramas de unos abetos y por las hojas de unos árboles que entretejían sus frondas; dirigí la mirada hacia esa maraña de hojas, ramas, manchas luminosas, espesuras, agujeros, hojas apretadas, dobleces, diagonales, redondeces y no sé qué diablos más, hacia ese espacio lleno de manchas que presionaba y aflojaba, se silenciaba, crecía, no sé qué, se abría, estallaba en mil fragmentos… desconcertado y bañado en sudor sentía la tierra negra y desnuda bajo mis pies. Arriba, entre las ramas, había algo; algo se destacaba, algo extraño, intruso e indefinible… algo que también mi compañero estaba observando.

—Es un gorrión.

—Sí.

Era un gorrión. Un gorrión colgado de un alambre. Colgado. Con la cabeza inclinada y el pico abierto. Colgaba de un alambre fino enredado a una rama.

Algo absurdo. Un pájaro ahorcado. Un gorrión ahorcado. Era algo que proclamaba a gritos su excentricidad y señalaba acusadoramente una mano humana que había penetrado en la maleza… ¿la mano de quién? ¿Quién había sido el ahorcador? ¿Y para qué? ¿Cuál podía ser la causa?, pensaba yo

confusamente en medio de aquella vegetación que se excedía en miles de combinaciones; por otra parte estaba el fatigoso viaje en tren, la noche llena de ruidos ferroviarios, el sueño, el aire, el sol, la marcha con Fuks, mi madre, Jasia, el conflicto provocado por aquella carta, mi frialdad hacia Román, mi padre, incluso los problemas de Fuks con el director de su oficina (problemas de los que me había hablado), las huellas dejadas por las ruedas, los terrones, los zapatos, pantalones, piedras, hojas, todo se concentraba de golpe en ese gorrión, como una muchedumbre arrodillada.

Él reinaba en su total excentricidad… Reinaba en aquel sitio.

—¿Quién lo habrá ahorcado?

—Algún chico.

—No. Está demasiado alto.

—Vámonos.

Pero no se movía. El gorrión pendía. La tierra estaba desnuda, a trechos cubierta por una hierba corta, rala, y además había demasiadas cosas, un pedazo de lata retorcido, un palo, otro palo, un cartón roto, un palito, incluso un escarabajo, una hormiga, otra hormiga, un gusano de nombre para mí desconocido, una tabla, etcétera, etcétera, hasta llegar a la hierba junto a las raíces de los arbustos. Y Fuks que, como yo, observaba todo esto.

«Vámonos», pero seguía sin moverse, observaba; el gorrión estaba colgado; yo también miraba sin moverme. «Vámonos». «Vámonos». Pero pese a todo no nos movíamos, quizá porque habíamos estado allí demasiado tiempo y habíamos dejado pasar el momento oportuno para la retirada… y ahora aquello se volvía cada vez más difícil, más molesto… nosotros y el gorrión ahorcado que pendía entre las ramas… sentí algo parecido a un desequilibrio, a una falta de tacto, una impertinencia de parte nuestra…

Tenía un sueño horrible…

—Sigamos nuestro camino —dije. Y comenzamos a alejarnos, dejando solo al gorrión entre las ramas.

La marcha por el camino, bajo el sol, nos incineró, nos hastió; después de unos cuantos pasos nos detuvimos disgustados y volví a preguntarle si estábamos lejos. Fuks me respondió entonces, señalando con un dedo un letrero que colgaba de una cerca de madera:

—Mira, aquí también alquilan cuartos.

Miré. Un jardín. Una casa en el jardín sin ningún adorno, sin balcones, miserable, gris, construida económicamente, un porche pobretón, saliente, de madera, al estilo de Zakopane, dos hileras de ventanas: cinco en la planta baja, cinco en la alta; en el jardín unos árboles enanos, pensamientos que se marchitaban en los camellones, varios senderos cubiertos de grava. Pero él pensaba que era mejor entrar y ver, no perderíamos nada, a veces en semejantes casas la comida era excelente y los precios muy bajos. Yo también estaba dispuesto a entrar y ver. Antes habíamos pasado varios anuncios parecidos sin prestarles ninguna atención, pero ahora sudábamos a chorros. El calor era tremendo. Fuks abrió el portón y por un sendero cubierto de grava nos dirigimos hacia las resplandecientes ventanas. Fuks tocó el timbre; esperamos un momento en el porche hasta que se abrió la puerta; apareció una mujer madura y cuarentona que parecía encargarse de la casa; era regordeta, tenía grandes pechos.

—Quisiéramos alquilar una habitación.

—Un momento. Voy a llamar a la señora.

Esperamos en el porche; yo tenía la cabeza atestada del estruendo del tren, del viaje, de los acontecimientos del día anterior; un enjambre, un tumulto, un caos. Una cascada, un estruendo ensordecedor. Me había llamado la atención un extraño defecto de los labios de la mujer, un defecto en medio de un rostro de honesta ama de casa, rostro de ojillos claros. De un lado tenía la boca como estirada, y ese alargamiento, mínimo, de un milímetro, provocaba un enroscamiento del labio superior que saltaba o se deslizaba como un reptil, y aquel deslizarse accesorio, fugitivo, tenía una frialdad reptiloide, batrácica, que a mí me encendió e hizo arder de inmediato, pues era el oscuro pasadizo que conducía hacia un pecado carnal gelatinoso y viscoso. Pero me sorprendió su voz, no sé qué clase de voz imaginaba en tal boca, y hela aquí que hablaba con una voz natural de ama de casa avejentada y rechoncha. Podía oír su voz que venía del interior de la casa:

—Tía, están aquí unos señores que buscan cuarto.

Su tía llegó rodando como sobre rodillos un momento después. Era también rechoncha; intercambiamos unas cuantas frases, sí, claro, tenemos un cuarto con pensión completa para dos personas, pasen por favor. Nos llegó un olor de café tostado; había un pequeño corredor, un vestíbulo, unas escaleras de madera; ¿se quedarán mucho tiempo?, claro, los estudios, aquí tendrán mucha paz y silencio… En la parte superior otro corredor y varias puertas. La casa era pequeña. Al llegar al fondo del corredor abrió el último cuarto y yo lo recorrí de una ojeada, era como todos los cuartos de alquiler, oscuro, con las cortinas corridas, dos camas y

un armario, una percha, una jarra sobre un platito, y junto a las camas dos lámparas de noche, pero sin bombillas eléctricas, y un espejo en un marco sucio y feo. Un poco del sol que había tras las cortinas caía sobre el suelo, en un solo lugar, y llegaba hasta nosotros un olor de hiedra y el zumbido de un tábano, solo que… Y sin embargo hubo una sorpresa pues una de las camas estaba ocupada; yacía en ella una muchacha, e incluso podía sospecharse que no yacía de manera totalmente adecuada, pero yo no sabía en qué residía aquella —llamémosla así— peculiaridad, tal vez estribaba en el hecho de que la cama no tenía sábanas sino solo un colchón desnudo, o porque una de las piernas se recostaba sobre la red metálica de la cama (pues el colchón se había deslizado ligeramente), o quizá en el hecho de que la unión de su pierna y el metal me ponía nervioso en ese día caluroso, sofocante, de bochorno.

¿Dormía? Al vernos se sentó sobre la cama y comenzó a arreglarse el cabello.

—¡Lena! ¿Pero qué haces aquí, tesoro? ¡Habrase visto! Permítanme presentarles a mi hija.

La mujer inclinó la cabeza en respuesta a nuestros saludos, se levantó y salió en silencio. Aquel silencio amortiguó la idea de que algo anormal ocurría.

Vimos después el cuarto de junto; era igual, pero un poco más barato pues no tenía puerta al baño. Fuks se sentó en la cama y ella en una silla y el resultado fue que alquilamos aquel cuarto, el más barato, junto con las comidas de las que la señora Wojtys decía que «ya veríamos».

El desayuno y la comida se nos iban a servir en nuestro cuarto y la cena la comeríamos con toda la familia en la planta baja.

—Vayan por su equipaje mientras Katasia y yo arreglamos todo.

Fuimos por el equipaje.

Regresamos con el equipaje.

Desempacamos y Fuks comenzó a decir que habíamos tenido suerte, que el cuarto era barato, que seguramente el que le habían recomendado sería más caro… y además más lejos… La comida será buena, ya verás. Su rostro pisciforme me tenía cada vez más harto, tenía ganas de dormir… dormir… me acerqué a la ventana, me asomé, el miserable jardincillo ardía bajo el sol, más allá estaba la cerca de madera y el camino y al otro lado había dos abetos que marcaban en medio de la maleza el sitio donde pendía el gorrión. Me tiré en la cama, me revolví en ella hasta quedar dormido, con la boca fuera de la boca, los labios hechos más labios por ser menos labios… Pero no dormía. Ya estaba despierto. Junto a mí estaba la sirvienta. Amanecía, pero era un amanecer oscuro, nocturno. Por otra parte, eso no era el amanecer. La sirvienta me despertó:

—Los señores los esperan para cenar.

Me levanté. Fuks se ponía ya los zapatos. La cena. En el comedor que era como una estrecha jaula con una alacena de espejos, había leche agria, rábanos y un discurso del señor Wojtys, exdirector de Banco, un gran anillo y gemelos de oro.

—Yo, mi queridísimo amigo, me encuentro actualmente a la disposición de mi media naranja y me dedico a diversos trabajillos: componer el grifo del agua, por ejemplo, o la radio… le aconsejaría un poco más de crema para los rábanos; nuestra crema es de primera…

—Gracias.

—¡Vaya calor! Esto terminará en tormenta. Lo juro por lo más sagrado que podamos jurar yo y mis granaderos.

—¿Oíste los truenos a lo lejos, al otro lado del bosque? (hablaba Lena a quien yo no había visto aún suficientemente, aunque la verdad sea dicha había visto muy pocas cosas. Pero hay que admitir que el exdirector o exgerente, se expresaba de un modo pintoresco).

—Si me fuese posible le recomendaría otro poquitín de leche agria, mi esposa es una especifiquísima especialista de este producto lácteo. Y el secreto, le pregunto al señorito aquí presente, ¿en qué reside? En el recipiente. La calidad de la leche agria está en razón directa de las cualidades lácteas del recipiente.

—Tú nada sabes de estas cosas, León —intervino su esposa.

—Soy jugador de *bridge*, señoritines míos, un banquero venido a jugador de *bridge*, con el expedito consentimiento de mi esposa; juego en las horas vespertinas y los domingos por la tarde. ¿Ustedes han venido a estudiar? Perfectamente, no podrían encontrar nada mejor, aquí tendrán la tranquilidad y el silencio necesarios; el intelecto podrá hacer cuanta pirueta ansíe…

Pero yo le escuchaba sin demasiada atención. El señor León tenía una cabeza acantarada, como de enano, su calvicie invadía la mesa, reforzada por el sarcástico brillo de sus gafas; a su lado estaba Lena, serena como un lago y la señora Wojtys, sentada en toda su redondez y aventurándose fuera de ella solo para atender la cena con una especie de sacrificio que yo no comprendía. Fuks decía algo desganadamente, sin entusiasmo, flemáticamente, yo comía unos ravioles y seguía sintiendo sueño; hablaban del polvo, de

que la temporada de turismo no comenzaba aún, pregunté si las noches eran frías, terminamos los ravioles, nos sirvieron la compota y después Katasia le acercó a Lena un cenicero cubierto por una redecilla de alambres, ni siquiera el eco, el remotísimo eco, de aquella otra red (la de la cama) donde su pierna, cuando yo entré en el cuarto, cuando su pie, un trozo de muslo, sobre la red de la cama, etcétera, etcétera.

El labio que se deslizaba de la boca de Katasia se encontró cerca de la boca de Lena.

Me sentí desconcertado. Yo, después de haber dejado aquello, allá, en Varsovia, me hallaba aquí metido ahora en esto que apenas comenzaba… Por un momento me sentí desconcertado, pero Katasia salió, Lena puso el cenicero en el centro de la mesa y yo también encendí un cigarrillo, conectaron la radio, el señor Wojtys tamborileó con los dedos en la mesa y entonó una melodía, algo así como un tiru-liru-lá, pero dejó de hacerlo, para otra vez en seguida tamborilear y canturrear e interrumpirse nuevamente.

Nos sentíamos incómodos. La habitación era muy pequeña. La boca de Lena, cerrada o entreabierta, su timidez… y nada más, buenas noches. Nos retiramos a nuestras habitaciones.

Nos desvestimos y Fuks volvió a quejarse de Drozdowski, su jefe. Con la camisa entre las manos empezó a decirme desganada y torpemente, sin entusiasmo, que Drozdowski…, que al principio se llevaban espléndidamente, pero que después ya no, que esto, lo otro, empecé a resultarle molesto, irritante, imagínate, viejo, le irrito, haga lo que haga le irrito, ¿comprendes?, irritar al jefe durante siete horas diarias; no me puede soportar, veo que se esfuerza por no mirarme, durante las siete horas, cuando por casualidad me ve aparta de mí los ojos como si se hubiera quemado. ¡Siete horas diarias! Yo mismo no sé —dijo mirando fijamente sus zapatos—, a veces me dan ganas de caer de rodillas y decirle, señor Drozdowski, perdón. ¡Perdón! ¿Pero de qué me puede perdonar? Y yo sé que no lo hace por mala voluntad, sino que de verdad le resulto molesto; los compañeros de oficina me dicen que no debo preocuparme, que me tranquilice, que no haga nada, pero —añadió, mirándome con sus melancólicos ojos saltones—, ¿qué puedo hacer o no hacer, si estamos juntos en un mismo cuarto durante siete horas diarias? Si carraspeo, bueno, solo con moverme, se le ponen los pelos de punta. ¿Será posible que yo apeste? Esas lamentaciones de un Fuks malquerido se me asociaban con mi salida de Varsovia, salida sin entusiasmo y llena de desprecio; ambos, él y yo estábamos despojados de… oh, el desprecio… y en esa habitación alquilada, desconocida, de una casa cualquiera, accidental, nos desvestíamos como seres arrojados, eliminados. Hablamos un rato de los Wojtys, dijimos que su casa tenía ambiente familiar y después me dormí. Desperté. Era de noche. Todo estaba a oscuras. Pasaron varios minutos antes de que sumergido en las sábanas me diese cuenta de que me hallaba en aquel cuarto amueblado con un armario, una mesilla y una jarra de agua, en una posición determinada respecto a las ventanas y a la puerta. Y logré advertir esto gracias a un silencioso y prolongado esfuerzo cerebral. Durante largo rato no supe si dormir o no… No quería dormir, pero tampoco quería levantarme, así que comencé a pensar en lo que debía hacer, levantarme, dormir, seguir acostado, por fin estiré una pierna y me senté en la cama y al sentarme vi la blancuzca mancha de las cortinas de la ventana que descorrí después de acercarme descalzo a ellas: allá, más allá del jardín, de la cerca de madera, del camino, allá estaba el sitio donde se hallaba el gorrión ahorcado entre una maraña de ramas, sobre una tierra negra en la que había un pedazo de cartón, una lata, un tronco, allá donde las puntas de los abetos se clavaban en la noche estrellada. Cerré la ventana, pero no me alejé de ella, pues se me ocurrió que Fuks me podía estar observando.

Y efectivamente no se oía su respiración… Y si no dormía, entonces me había visto asomado a la ventana… lo que no tenía nada de malo a no ser por la noche y por el pájaro. El que yo me hubiera asomado a la ventana tenía que relacionarse forzosamente con el pájaro… y eso me avergonzaba… pero el silencio se prolongaba demasiado y era absoluto, lo que me dio la seguridad de que Fuks no se hallaba en el cuarto. Y de verdad no estaba, en su cama no había nadie. Abrí la ventana y a la claridad de las estrellas vi vacío el lecho de Fuks. ¿Adónde habría ido?

¿Tal vez al baño? No, de allá solo llegaba el ruido del agua. Pero, entonces… ¿habría ido a ver al gorrión? No sé cómo se me ocurrió la idea, pero en seguida me di cuenta de que no era imposible; podía haber ido; se había interesado demasiado en aquel gorrión; habría ido a buscar una explicación entre aquellas matas; además, su cara de pelirrojo flemático se prestaba a tales inquisiciones; tratar de saber, de pensar, de dilucidar, ¿quién lo ahorcó y por qué…? Además, seguramente había elegido esta casa debido al gorrión (la idea me pareció un tanto exagerada, pero no desechable, la mantenía en un segundo plano), el hecho era que se había despertado, o quizá ni siquiera había dormido, e invadido por la curiosidad se levantó y salió, quizá para comprobar algún detalle y para examinarlo todo en la noche… ¿jugaba al detective…? Me inclinaba a creerlo. Cada vez estaba más dispuesto a creerlo. Esto no me molestaba personalmente, pero hubiera preferido que nuestra estancia en la casa de los Wojtys no empezara con tales correrías nocturnas; por otra parte me irritaba un poco que el gorrión entrara nuevamente a escena, que se

hinchara, creciese y se creyera más importante de lo que era. Y si el idiota de Fuks hubiera ido a ver al gorrión aquel se volvería un personaje capaz incluso de recibir visitas. Sonreí. ¿Qué pasaría ahora? No sabía qué hacer, pero no quería volver a la cama, me puse los pantalones, abrí la puerta y me asomé al corredor. Estaba vacío y helado. A la izquierda la oscuridad se aclaraba en el sitio donde empezaban las escaleras; había ahí una pequeña ventana; agucé el oído, pero no oí nada… Salí al corredor y me molestó el hecho de que Fuks hubiese salido y que yo mismo saliera también furtivamente… Así, sumadas, ambas salidas dejaban de ser inocentes… Al salir del cuarto recreé en mi memoria la distribución de la casa, el plano de los cuartos, las combinaciones de paredes, vestíbulos, corredores, objetos e incluso personas… era algo que yo no conocía, algo que apenas empezaba a conocer.

Pero me encontraba en el corredor de una casa ajena, de noche, en pantalones y mangas de camisa… y eso tendía a la sexualidad, se deslizaba hacia ella como el es-cu-rrimiento en la boca de Katasia… ¿dónde dormiría?, ¿acaso dormía? Al hacerme esta pregunta en el corredor me convertí de inmediato en alguien que iba en medio de la noche hacia ella, descalzo, en pantalones y mangas de camisa; ese retorcimiento, ese reptiloide escurrimiento labial casi, casi, apenas un poco, unido a mi separación, a mi alejamiento de quienes habían quedado en Varsovia, alejamiento frío, desagradable, ese retorcimiento me conducía con frialdad hacia la perversión que se escondía en alguna parte de aquella casa somnolienta… ¿Pero dónde dormiría? Avancé algunos pasos, llegué a las escaleras y me asomé por una pequeña ventana, la única que había en el corredor y que daba al otro lado de la casa, allá donde no estaban ni el camino ni el gorrión, a un gran espacio limitado por un muro e iluminado por enjambres de estrellas donde se veía otro jardincillo con arbustos endebles y veredas cubiertas de grava, jardincillo que luego se convertía en un terreno baldío en el que había una pequeña bodega y un montón de ladrillos. A la izquierda, inmediatamente junto a la casa, había un pequeño cuarto aislado, seguramente la cocina o el lavadero. O quizá ese era el sitio donde Katasia preparaba para el sueño sus inquietantes labios…

Era increíble aquel cielo estrellado y sin luna. Entre sus enjambres se destacaban las constelaciones; algunas de ellas me eran conocidas: la Osa Mayor, la Osa Menor…; las localicé en seguida, pero otras constelaciones que me eran desconocidas estaban también allí, como inscritas entre las estrellas principales; traté de fijar líneas que las configurasen… pero estos trazos diferenciantes y las exigencias de ese mapa me fatigaron pronto y desvié entonces la atención hacia el jardín; pero también en él la proliferación de objetos me fatigó en seguida, la chimenea, el tubo, el canalón, las molduras del muro, un arbusto y otras combinaciones, combinaciones de otras combinaciones; como por ejemplo la curva y el fin del sendero, el ritmo de las sombras… y, sin quererlo, empecé también aquí a buscar figuras, formas; en realidad no lo deseaba, estaba aburrido, impaciente y caprichoso hasta que advertí que lo que me atraía en aquellos objetos, lo que me tenía absorbido era el que «estuvieran detrás», o sea que un objeto estaba «tras» otro, el tubo tras la chimenea, el muro tras la esquina de la cocina, todo como… como… como… como los labios de Katasia tras los labios de Lena, cuando durante la cena aquella le pasaba a la otra el cenicero de red metálica, inclinándose sobre ella, bajando el escurrimiento de los labios y acercándoselo… Pero eso me sorprendía más de lo que debía sorprenderme; en general me sentía inclinado a la exageración. Además, las constelaciones —la Osa Mayor, etcétera— me producían algo parecido al agobio cerebral. Pensé: «¿Qué importan esas dos bocas juntas?», pero lo que me extrañaba especialmente era que esos labios —los de la una y la otra— permanecieron entonces en la imaginación, en el recuerdo, más unidos entre sí de lo que habían estado en la mesa; agité la cabeza para despejar la mente, pero solo conseguí que la unión de los labios de Lena y Katasia se volviera más precisa; dado esto sonreí, pues la retorcida disolución de Katasia, su huida en la perversidad, no tenía nada, absolutamente nada, en común con la pureza y la frescura de los entreabiertos labios de Lena; solo que unos labios existían «en relación con los otros», como en un mapa cada ciudad existe en relación con las otras; los mapas se me habían metido en la cabeza, el mapa del cielo o un mapa común y corriente con ciudades, etcétera. Toda «unión» no era precisamente una unión, era simplemente una boca considerada en relación con otra boca, en el sentido de la distancia, por ejemplo, o de la dirección o de su situación… nada más… pero era cierto que al calcular yo que la boca de Katasia se encontraba en algún sitio cercano a la cocina (allí dormía), trataba de saber en dónde, en qué dirección, a qué distancia de ella podían encontrarse los labios de Lena. Y la fría sensualidad de mi marcha hacia Katasia en ese corredor fue retorcida a causa de la accesoria intromisión de Lena.

Y esto iba acompañado de una distracción creciente; lo que no era extraño, pues el concentrar excesivamente la atención en un objeto induce a la distracción, ya que aquel objeto único hace ensombrecer todos los demás. Si fijamos los ojos en un solo punto del mapa sabemos entonces que se nos escapan todos los demás. Así yo, atento al jardín, al cielo, a la doblez de las bocas que se hallaban una tras otra, sabía, sabía, que algo se me escapaba… algo importante… ¡Fuks! ¿Dónde estaba? ¿Acaso «jugaba al detective»?

¡Ojalá no acabara todo mal! Me sentí a disgusto de haber alquilado un cuarto junto con ese pisciforme Fuks al que conocía tan poco… pero frente a mí estaba el jardín, los árboles, los senderos, y más allá había un terreno con una pila de ladrillos que se extendían hasta el muro blanquísimo; pero esta vez todo se me presentó como una evidente señal de lo que no podía ver, de lo que había al otro lado de la casa, donde también había un trozo de jardín, después de la barda, el camino, y, más allá, la maleza… De pronto, la intensidad de las estrellas se me asoció con la intensidad del gorrión ahorcado. ¿Acaso estaba allá Fuks, junto al gorrión?

¡El gorrión! ¡El gorrión! En realidad ni Fuks ni el gorrión me interesaban mayormente; las bocas eran por supuesto mucho más inquietantes… así pensaba en mi distracción… y por eso hice a un lado al gorrión para concentrarme en las bocas, pero esto provocó una desagradable partida de tenis, pues el gorrión me arrojaba a las bocas y las bocas al gorrión, y así me encontré entre el gorrión y las bocas; cada uno de esos puntos se cubría con el otro; cuando lograba llegar a las bocas, vorazmente, como si las hubiese perdido, sabía ya que más allá de este lado de la casa estaba el otro lado, más allá de las bocas se hallaba a solas el gorrión ahorcado… Y lo más molesto era que el gorrión no se dejaba situar en el mismo mapa de las bocas, se hallaba completamente afuera, pertenecía a otro mundo, y, además, era casual, absurdo. ¿Por qué entonces me perseguía? ¡No tenía derecho…! ¡Claro que no tenía derecho! ¿No tenía derecho?

Cuanto menos se justificaba su presencia más intensamente me perseguía y me era más difícil olvidarlo… Porque si no tenía derecho era entonces mucho más significativo el que me obsesionara de esa manera.

Estuve un momento más en el corredor, entre el gorrión y las bocas. Luego volví a mi cuarto, me acosté, y antes de que pudiera pensarlo concilié el sueño.

Al día siguiente desempacamos nuestros papeles y libros y nos dispusimos a trabajar.

No le pregunté qué había hecho en la noche. Recordaba con disgusto mis propias aventuras en el corredor. Me sentía como alguien que hubiese caído en la exageración y luego se sintiera extraño, sí, me sentía extraño, pero Fuks también tenía un gesto extraño; silenciosamente comenzó a hacer sus cuentas —que eran muy complicadas— en muchísimas hojas de papel, utilizando incluso logaritmos. Esas cuentas tenían por objeto elaborar un sistema para jugar a la ruleta, sistema que era —y él no abrigaba ninguna duda al respecto— un gran fraude, una tomadura de pelo, pero al que pese a todo entregaba por entero sus energías, pues en realidad no tenía otra cosa que hacer; su situación era desesperada; en dos semanas más terminarían sus vacaciones y tendría que volver a su oficina donde Drozdowski haría esfuerzos sobrehumanos para no verlo, y para eso no había remedio, pues aun cuando Fuks cumpliera sus obligaciones de la mejor manera posible seguiría resultándole intolerable a Drozdowski… Fuks empezó a bostezar. Los ojos se le habían convertido en dos hendiduras pequeñas e incluso ya no se quejaba, solamente se abandonaba a la indiferencia y, cuando mucho, criticaba mis problemas familiares; decía, por ejemplo:

—¿Te das cuenta?, a todos nos ocurre lo mismo, a ti tampoco te dejan en paz, maldita sea, es terrible, te digo que nada vale siquiera la pena…

Por la tarde fuimos en autobús a Krupowki y arreglamos varios asuntos. Luego llegó la hora de la cena, impacientemente esperada por mí, pues quería ver nuevamente a Lena y a Katasia, a Katasia junto a Lena después de lo acontecido la noche anterior. Entre tanto ahogaba en mí todo pensamiento referente a ellas; quería primero volver a verlas y después comenzar a pensar.

¡Pero qué trastorno tan inesperado!

¡Estaba casada! Su esposo llegó mientras comíamos. Inclinó sobre el plato su afilada nariz y yo me dediqué a observarlo con vulgar curiosidad, ya que era su compañero erótico. Había una gran confusión. No se trataba de celos, pero ella había cambiado, había cambiado totalmente por culpa de aquel hombre que me era tan extraño pero que conocía perfectamente los más secretos movimientos de aquellos labios. Era evidente que se había casado hacía poco; tenía la mano puesta sobre la de ella y la miraba a los ojos. ¿Cómo era? Grande, bien formado, apuesto aunque un poco pesado, bastante inteligente; era arquitecto y trabajaba en la construcción de un hotel. Hablaba poco.

Tomó un rábano. ¿Pero cómo era? ¿Cómo era? ¿Y cómo eran los dos cuando estaban juntos, a solas? ¿Qué le hacía él a ella y ella a él? ¿Qué hacían juntos…? Ver a un hombre junto a la mujer que nos interesa no tiene nada de agradable; pero lo peor es que aquel hombre, totalmente extraño, se vuelve inmediatamente objeto de nuestra —obligatoria— curiosidad y sentimos la obligación de adivinar sus más ocultos gustos… y aunque nos produzca asco… tenemos que sentirlo a través de esa mujer. No sé qué hubiera preferido, que ella con todo y lo atractiva que era, se volviera repulsiva gracias a él, o bien que se volviera todavía más atractiva a través del hombre que había elegido.

¡Cualquiera de ambas posibilidades me resultaba terrible!

¿Se amaban? ¿Con amor pasional? ¿Prudente? ¿Romántico? ¿Fácil? ¿Difícil? ¿No se amaban? Ahí, en la mesa, en presencia de la familia, desplegaban la ternura cortés de los matrimonios jóvenes. Y era difícil observarlos; se les podía cuando mucho dirigir una que otra mirada, había que utilizar toda una serie de maniobras atrevidas que no llegaran a trasponer la línea de demarcación… En esa situación no podía mirarla fijamente a los ojos; mis búsquedas pasionales y llenas de repulsión debían limitarse a su mano, que yacía frente a mí sobre la mesa, cerca de la mano de Lena. Observaba esa mano, grande, bien cuidada, con dedos no desagradables, uñas cortas… La observaba y cada vez me molestaba más tener que penetrar en las posibilidades eróticas de esa mano (como si yo fuera ella: Lena). No averigüé nada. Sí, esa mano tenía muy buen aspecto, pero qué importaban las apariencias; todo depende del tacto (pensaba), de su manera de tocarla; y podía muy bien imaginarme la forma en que ellos se tocaban, decente o indecentemente, perversa, salvaje, furiosamente, o de una manera totalmente matrimonial, y nada, nada me resultaba claro, nada, porque, ¿quién podía asegurar que unas manos bien formadas no pudieran tocar de un modo feo, horrible? ¿Dónde estaba la garantía? ¿Es difícil admitir que una mano sana, correcta, se permita tales excesos?

Seguramente; pero basta pensar que «no obstante» se los permite y ese «no obstante» se vuelve una perversión más. Y si no podía estar seguro de las manos, ¿podía estarlo de las personas que se hallaban en un plano más lejano, allá donde yo casi no me atrevía a mirar? Y sabía que hubiese bastado un leve y apenas perceptible roce de sus dedos para que ellos mismos se volvieran infinitamente libertinos, aunque él, Ludwik, decía precisamente en ese momento que había traído unas fotografías que habían salido muy bien y que ya nos las mostraría después de cenar…

—Algo comiquísimo —dijo Fuks, terminando el relato de cómo por el camino habíamos encontrado un gorrión en medio de unas matas—, un gorrión ahorcado.

¡Ahorcar a un gorrión! ¡Vaya, es demasiado!

—¡Demasiado, efectivamente demasiado! —afirmó amablemente el señor León, cosa que hizo con placer por hallarse de acuerdo—. ¡Demasiado! Imaginaos, vosotritos, qué locurita, qué sadismo.

—Son unos salvajes —exclamó seca y tajantemente doña Bolita, quitando un hilo de la manga de su marido.

Y él afirmó en seguida, con placer:

—Unos salvajes.

A lo que doña Bolita replicó:

—Siempre tienes que llevarme la contraria.

—Pero, mujer, precisamente digo que son unos salvajes.

—Pues yo en cambio opino que son unos salvajes —exclamó ella como si él hubiera dicho otra cosa.

—Precisamente unos salvajes, eso es lo que yo digo…

—Ni siquiera sabes lo que dices.

Le arregló la punta del pañuelo que tenía en el bolsillo de la chaqueta.

Katasia llegó para llevarse los platos y entonces su boca, estirada, untuosa, fugitiva, apareció cerca de los labios que tenía frente a mí. Era el momento que había esperado intensamente, pero traté de ahogarlo; me volví hacia otro lado para no influir en nada, para no inmiscuirme… para que el experimento resultara objetivo. Sus labios comenzaron inmediatamente a «relacionarse» con los otros labios… Vi cómo al mismo tiempo Ludwik le decía algo a Lena y el señor León participaba en la conversación mientras Katasia iba de un lado a otro, atareada, y los labios se relacionaban con los labios, como una estrella con otra estrella, y esa constelación de bocas confirmaba mis aventuras nocturnas, que deseaba olvidar… Ahí estaba una boca junto a la otra, ahí estaba una estirada horripilancia furtiva y escurridiza junto a unos labios entreabiertos, suaves, limpios… ¡Como si efectivamente tuvieran algo en común! Caí en una especie de sorpresa temblorosa ante el hecho de que dos bocas que no tenían nada en común tuvieran pese a todo algo en común. El hecho me aturdía y, sobre todo, me hundía en una increíble distracción. Y todo estaba impregnado de noche, de tinieblas, como sumergido en el día anterior.

Ludwik se limpió la boca con una servilleta y la dobló metódicamente y la puso a un lado (parecía muy limpio y ordenado, pero podía ser que su limpieza fuera no obstante sucia…), dijo con su voz de bajo barítono que una semana antes él también había visto en uno de los abetos junto al camino un pollo ahorcado, pero que no le había prestado mayor atención, y que después de unos cuantos días el pollo había desaparecido.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Fuks, extrañado—. Gorriones ahorcados, pollos ahorcados. ¿No será tal vez una señal del fin del mundo? ¿A qué altura estaba ahorcado el pollo? ¿Lejos del camino?

El único motivo de aquellas preguntas era que Drozdowski no lo soportaba y que además no sabía qué hacer… Se comió un rábano.

—Unos salvajes —repitió doña Bolita. Arregló el pan en la cesta con un ademán de buena ama de casa y excelente distribuidora de los alimentos. Sopló las migajas—. ¡Unos salvajes! ¡Hay ya tantos niños que hacen lo que les viene en gana!

—Sí —dijo León.

—El problema está —dijo débilmente Fuks— en que tanto el gorrión como el pollo se hallaban colgados a la altura de una mano adulta.

—¿Cómo? ¿Quién pudo haber sido sino esos diablillos? El señoritín piensa que fue algún loquillo. No he oído decir que haya algún loco por estas partes.

Tarareó un tiru-liru-lá y con gran empeño se dedicó a la labor de fabricar bolitas con miga de pan. Las acomodaba en hilera sobre el mantel y las observaba.

Katasia le acercó a Lena el cenicero de red metálica. Lena sacudió la ceniza y en mí volvió a nacer su pierna sobre la red de la cama, pero la distracción, unos labios sobre otros labios, el alambre, el pollo y el gorrión, su esposo y ella, la chimenea tras el canalón, la boca tras la boca, boca y boca, árboles y senderos, árboles y camino principal, demasiado, demasiado, sin ningún orden, ola tras ola, inmensidad en la distracción, en la dispersión. Distracción. Fatigante extravío, allí, en un rincón, había una botella en el armario y podía verse un pedazo de algo, quizá de corcho, pegado a su cuello… clavé los ojos en ese corcho y en él descansé hasta que nos retiramos a dormir, el sueño, el dormir, y nada más durante varios días, nada, solo el cieno de las acciones, de las palabras, de las comidas, de las subidas y bajadas por la escalera, pero me enteré de algunas cosas más. En primer lugar supe que Lena era maestra de idiomas y que apenas llevaba dos meses de casada con Ludwik. Habían pasado la luna de miel en Hel y ahora vivían allí hasta que él terminara de construir su casa. Todo esto me lo relató Katasia mientras limpiaba los muebles con un paño, con gusto, con amabilidad. En segundo lugar me enteré (esto por boca de Bolita) «hay que operarla y coserla de nuevo; me lo dijo un cirujano, un viejo amigo de León; ¡cuántas veces no le habré dicho que yo cubro los gastos!; porque, sabe usted, ella es sobrina mía, aunque de una pequeña aldea cerca de Grójec, pero yo no me avergüenzo de los parientes pobres; además eso es antiestético, es una ofensa a la estética, inclusive llega a ser repulsivo; cuántas veces no se lo habré dicho durante todos estos años; porque hace ya cerca de cinco años, sabe usted, un accidente; el autobús en que viajaba chocó contra un árbol; suerte que no le haya ocurrido nada peor; cuántas veces no se lo habré dicho: Kata, no seas floja, no tengas miedo, consulta con un médico, opérate, te ves mal, muy mal, cuida de tu apariencia; pero qué va, es la pereza misma, tiene miedo, día tras día viene y me dice: tía, ahora sí voy a ir, pero no va; nosotros ya nos hemos acostumbrado y solo cuando alguien de afuera nos dice algo volvemos a acordarnos, pero aunque yo soy muy sensible a la estética, ya podrá usted imaginarse que con tanto trabajo, la limpieza, el lavado, hacerle a León esto o lo otro, o Lena que quiere alguna cosa, o bien Ludwik, así desde que amanece hasta que anochece, hacer esto, aquello, lo de más allá que aún espera, ¿de dónde voy a sacar tiempo?, quizá cuando Ludwik y Lena se muden a su casa, quizá entonces, pero mientras tanto por lo menos me da gusto que Lena haya encontrado un hombre tan bueno, así está bien, porque si la hiciera infeliz yo lo mataría, lo juro, tomaría un cuchillo y lo mataría, pero gracias a Dios hasta el momento todo va bien, solo que ellos no me ayudan en nada, ni él ni ella; lo mismo que León, salió igual al padre; yo tengo que preocuparme de todo; tengo que recordar que todo esté en orden, que haya agua caliente, café; tengo que preparar la ropa para el lavado, los calcetines; remendarles la ropa, planchar, coser botones; además, los pañuelos, los emparedados, el papel; pulir el piso, poner todo en orden, y ellos no hacen nada; aquí chuletas, allá ensalada, desde que amanece hasta que anochece; después están los inquilinos; usted mismo puede darse cuenta; yo no digo nada; es verdad, pagan, alquilan; pero también tengo que ocuparme de ellos, tengo que hacer esto y lo otro para que todo salga bien; tengo que hacer esto y aquello…».

Por otra parte, muchos acontecimientos absorbentes y accesorios. Y noche tras noche la cena, inevitable como la luna. Estar sentado frente a Lena mientras los labios de Katasia se movían en nuestro derredor. León hacía bolitas de pan y las colocaba en filas, meticulosamente; las observaba con atención y después de pensarlo un rato pinchaba algunas de ellas con un mondadientes. Volvía después a meditar largamente, tomaba un poco de sal con la punta del cuchillo y la depositaba sobre la bolita elegida, para después observarla dubitativamente a través de sus *pince-nez*.

—Tiru-liru-lá.

—Hijita querida, ¿por qué no le das a tutulu papacítulu un rábanulu? Tíramulu.

Lo que significaba que le pedía a Lena un rábano. Era difícil entender su lenguaje.

«Hijita mía, flor del árbol paterno». «Bolitita, qué trajintínulas. ¿No te das cuenta qué tintín?». Pero no

siempre empleaba aquel lenguaje; en ocasiones comenzaba con un idioma de loco para terminar normalmente, o viceversa. La brillante redondez del calvo cántaro bajo el cual se hallaba el rostro y los *pince-nez*, se erguía sobre la mesa como un globo. A menudo estaba de buen humor y contaba anécdotas.

—Mamacita, despacita, ¿conoces el cuento del biciclo triciclo? Iciclo se subió a un biciclo y se formó un triciclo, ja, ja, ja…

Bolita entre tanto le arreglaba algo cerca de una oreja o en el cuello de la camisa. León se ponía nervioso y trenzaba los flecos del mantel o enterraba en él un mondadientes, pero no en todos los sitios, solo en algunos, los que después de meditar un rato volvía a observar en silencio con el ceño fruncido.

—Tiru-liru-lá.

A mí todo aquello me irritaba pues pensaba en Fuks y sabía que se trataba de paja para su hoguera-Drozdowski, esa hoguera que lo devoraba durante todo el día, a él, quien dentro de tres semanas debía volver inevitablemente a su oficina para que otra vez Drozdowski —con gesto de mártir— clavara la mirada en la estufa; pues, como decía Fuks, a Drozdowski le daba urticaria con solo mirar su sombra. ¡Qué hacer!, ¡ni modo!

Drozdowski no podía soportarlo y las locuras de León herían a Fuks, que las observaba con frialdad, sin ninguna expresión… y esto me hacía sentir mayor disgusto hacia mis padres, mayores deseos de olvidar todo lo referente a Varsovia, y continuaba así sentado a disgusto, rencorosamente, mirando sin querer la mano de Ludwik, mano que no me importaba, mano que me asqueaba y atraía y en cuyas posibilidades erótico-táctiles debía yo penetrar… y otra vez Bolita. Sabía que ella tenía mucho trabajo: lavar, barrer, repasar la ropa, prepararlo todo, planchar, etcétera, etcétera. Distracción. Sonido y furia.

Volvía a concentrarme en mi trozo de corcho en la botella, observaba aquel cuello y aquel corcho para no observar ninguna otra cosa; aquel corcho se había vuelto en cierta forma mi barca en el océano, en un océano del que solo me llegaba un murmullo lejano, un murmullo demasiado general, demasiado universal para que en realidad pudiera ser oído. Y nada más. Fueron varios días llenos de retazos de todo.

El calor seguía siendo intenso. Era un verano fatigante. Todo se arrastraba, el esposo, las manos, las bocas, Fuks, León; se arrastraban como se arrastra quien va por un camino en un día de bochorno… El cuarto o quinto día, no por primera vez, la mirada se me extravió en el fondo del cuarto. Bebía precisamente una taza de té y fumaba un cigarrillo. Después de abandonar el corcho mis ojos tropezaron con un clavo que había en la pared, junto a un anaquel; del clavo pasé al armario; conté sus listones; cansado y somnoliento me aventuré por encima del armario; en los sitios menos accesibles; donde se deshilachaba el empapelado de la pared; llegué hasta el techo, hasta ese blanco desierto, pero esa monótona blancura se convertía un poco más allá, cerca de la ventana, en un terreno rugoso, oscuro, infectado de humedad, con una complicada geografía de continentes, bahías, islas, penínsulas y extraños círculos concéntricos semejantes a los cráteres de la luna; había además otras líneas diagonales, fugitivas. En algunos sitios esto se volvía malsano, como un eczema, y en otros era salvaje, indómito; o bien caprichoso gracias a sus garabatos y curvas; de todo esto emanaba el peligro de lo definitivo, de algo que se perdía en una vertiginosa lejanía. Había además unos puntitos, quizá huellas de moscas. En general estas génesis eran indescifrables… Con fijeza, sumergido en esto y en mis propias complicaciones, observaba y observaba, sin esforzarme demasiado, esas manchas; pero lo hacía con terquedad, con obstinación, hasta que por fin sentí como si ya hubiera cruzado una frontera y estuviera casi «del otro lado». Bebí un sorbo de té.

Fuks me preguntó:

—¿Qué miras?

No tenía ningún deseo de hablar. Tenía calor. Bebía mi té. Al fin respondí:

—Aquella raya, allá en el rincón, tras esa isla y esa especie de triángulo… junto al hilillo.

—¿Qué tiene?

—Nada.

—¿Entonces?

—Nada.

Después de un momento le pregunté:

—¿A qué se parecen?

—¿La raya y el hilillo? —dijo animadamente. Pero yo sabía bien la razón de ese entusiasmo, sabía que al responderme se olvidaba de Drozdowski. ¿Eso? Déjame ver…

A un rastrillo.

—Podría ser un rastrillo.

Lena intervino en nuestra conversación, pues jugábamos a las adivinanzas, juego de salón, sencillo; perfectamente adecuado para su timidez.

—¡Qué va a ser un rastrillo! Es una flecha.

Fuks protestó:

—¡Cómo va a ser una flecha!

Transcurrieron varios minutos llenos de acontecimientos diversos. Ludwik le preguntó a León si quería jugar al ajedrez; a mí me molestaba una uña rota; cayó al suelo un periódico; unos perros ladraban al otro lado de la ventana (dos perrillos pequeños, jóvenes, juguetones, que dormían en el patio). Había también un gato.

León dijo:

—Solo una partida.

—¿También a ti te parece una flecha? —preguntó Fuks.

—Podría ser una flecha y podría no serlo —dije, levantando el periódico. Ludwik se incorporó. Un autobús pasó por el camino.

Bolita preguntó:

—¿Llamaste por teléfono?

SEGUNDO

No sé cómo contar esto… esta historia… pues tengo que contar todo *a posteriori*. La flecha, por ejemplo… Aquella flecha, sí, por ejemplo… Esa flecha entonces, a la hora de la cena, no era de ninguna manera más importante que el ajedrez de León, el periódico o el té; todo tenía la misma importancia, todo formaba parte de ese momento, como en una especie de orquestación o como el zumbido de un enjambre. Pero ahora, *a posteriori*, sé que la flecha era lo más importante y por eso al narrar esta historia la sitúo en primer plano, extrayendo así la configuración del futuro de entre una informe masa de acontecimientos diversos. ¿Pero cómo relatar algo sino *a posteriori*? ¿Es que realmente no se puede expresar nada en el momento de su nacimiento, cuando se trata aún de algo anónimo? ¿Es que nunca nadie será capaz de transmitir el balbuceo del momento que nace? ¿Por qué razón si hemos salido del caos no podemos nunca entrar en contacto con él? Apenas fijamos en algo nuestros ojos y ya, bajo nuestra mirada, surge el orden… las formas… No importa. Que sea como quiera. Katasia me despertaba todas las mañanas con el desayuno y, con ojos recién salidos del sueño, veía yo directamente sobre mí la impropiedad de su boca, esa viscosa desviación sobre sus mejillas campesinas de expresión bondadosa y dulce. ¿Acaso no hubiera podido apartarse de mi cama una fracción de segundo antes? ¿Acaso no prolongaba una fracción de segundo el momento en que se hallaba sobre mí…? Quizá sí… quizá no… la inseguridad… una posibilidad que se filtraba al recuerdo de mis correrías nocturnas en busca de ella. Por otra parte… ¿acaso se inclinaba sobre mí por pura bondad? Me resultaba difícil advertir algo. Observar a las personas presenta siempre obstáculos. No sucede lo mismo con los objetos inanimados. Solo los objetos pueden ser verdaderamente observados. El momento en que yacía bajo su boca todas las mañanas se me quedaba grabado durante el día entero, manteniendo en mí esa combinación bucal en la que me había enredado con tanta obstinación. El calor no nos ayudaba en nuestras labores ni a mí ni a Fuks; estábamos fatigados, él se aburría, se hastiaba, se sentía un miserable y era como un perro aullante, aunque en vez de aullar solo se aburriese. El techo. Cierta tarde yacíamos boca arriba sobre nuestras camas, las ventanas estaban cerradas, la tarde estaba llena de zumbidos de moscas… y entonces oí su voz.

—No sé; es posible que Majziewicz me diese trabajo, pero no puedo dejar este; perdería el año y medio que se me cuenta como práctica; ni pensarlo, no puedo… Mira allá, en el techo…

—¿Qué cosa?

—En el techo, arriba de la estufa.

—¿Qué?

—¿Qué ves?

—Nada.

—Si por lo menos pudiera golpearlo, pero no puedo. ¿Y por qué había de hacerlo? Él no se porta así por mala voluntad; de verdad yo le resulto insoportable; cuando me mira hasta se pone a temblar… Pero mejor fíjate en el techo. ¿De verdad no ves nada?

—¿Qué debo ver?

—Se parece a la flecha que vimos en el comedor, pero esta es mucho más clara.

No le respondí. Pasamos en silencio un minuto o dos, luego él volvió a hablar.

—Y es muy extraño porque ayer no estaba —volvió a hacerse el silencio; hacía calor; la cabeza me

pesaba sobre la almohada; me sentía débil; pero Fuks volvió a hablar como para aferrarse a sus propias palabras, que flotaban en la atmósfera de esa tarde—. Ayer no estaba esa flecha, ayer estuve observando en ese mismo lugar una araña; si hubiese estado me habría dado cuenta, ayer no estaba. Mira, la línea principal, la que forma el cuerpo de la flecha, eso no estaba; el resto, la punta, las rayas de la cola, de acuerdo, son viejas raspaduras, pero el cuerpo, lo que se dice el cuerpo… no estaba… —suspiró, se semiincorporó, se apoyó en un codo. El polvo bailaba en un rayo de luz que caía por un agujero de la cortina—. El cuerpo no estaba —lo oí levantarse de la cama y luego lo vi en calzoncillos, con el rostro hacia arriba, examinando el techo. Me extrañó su diligencia. Su convexidad. Fijó su rostro convexo en el techo y agregó—: *Fifty-fifty*. Puede ser y puede no ser. Solo Dios sabe. —Y volvió a su cama. Pero yo sabía que desde ahí seguiría observando y eso me molestaba.

Después de un momento oí que volvía a levantarse para examinar nuevamente el techo.

Habría podido olvidarse del asunto… pero no pensaba hacerlo.

—Esa línea del centro, el cuerpo mismo, ¿te das cuenta…? Me hace dudar, parece como si la hubieran hecho recientemente con una aguja. Parece un poco distinta. Y ayer no estaba… lo hubiera advertido… y está precisamente en la misma dirección que la flecha del techo del comedor.

Yo seguía acostado.

—Si es una flecha, entonces señala algo.

—Y si no es una flecha, entonces no señala nada —respondí.

El día anterior, a la hora de la cena, observando con mi obstinada curiosidad la mano de Ludwik —¡otra vez!—, había pasado mi mirada a la mano de Lena, que también estaba sobre la mesa, y entonces esa mano había parecido temblar, o bien se había encogido levemente, no estaba seguro, solo *fifty-fifty*… Fuks me desagradaba, incluso me ponía furioso, pues todo lo que hacía y decía provenía de Drozdowski, de la antipatía de aquel, del hecho de que no lo soportara, no lo tolerase, no lo… Bueno, quizá si yo mismo no hubiese tenido tantos problemas con mis padres en Varsovia, quizá entonces, pero una cosa junto a la otra, una cosa se nutría de la otra… Fuks volvió a hablar.

Estaba en calzoncillos en el centro del cuarto y hablaba. Propuso que investigáramos si la flecha señalaba algo; dijo que no perderíamos nada con averiguarlo; si nos convencíamos de que no señalaba nada, por lo menos estaríamos tranquilos, sabríamos que no era una flecha especialmente trazada por alguien, sino solo una ilusión; no había otra manera de convencernos si era o no una flecha. Lo escuché en silencio, pensando en la manera de rehusarme; él insistía débilmente, pero yo también me sentía débil y en general la debilidad lo abarca todo.

Le aconsejé que investigara solo, ya que eso le interesaba tanto; él empezó a decir que yo le era necesario para poder fijar la dirección exacta, pues había que salir, marcar la dirección en el corredor, en el jardín. Finalmente dijo que cuatro ojos veían más que dos. De pronto accedí e incluso me levanté inmediatamente de la cama, pues la idea de avanzar por una línea determinada, la idea de un movimiento penetrante, decidido, me pareció mucho más agradable que un vaso de agua helada.

Nos pusimos los pantalones.

La habitación se llenó inmediatamente de acciones decididas y precisas que, no obstante, por nacer del aburrimiento, de la haraganería, del capricho, tenían en sí cierta dosis de imbecilidad.

El problema no era sencillo.

La flecha no apuntaba a ningún objeto de nuestro cuarto, esto se advertía de inmediato.

Debíamos, pues, prolongarla a través de la pared, comprobar si no señalaba nada del corredor y, después, de la manera más exacta, trasladar esa línea al jardín. Esto exigía ciertas complicadas operaciones que en realidad Fuks no hubiese podido emprender sin mi ayuda. Salí al jardín y tomé un rastrillo de la bodega para señalar con su mango, sobre el césped, la línea que respondiera a la que Fuks me señalaba desde la ventana de la escalera con el palo de una escoba. Eran ya cerca de las cinco. La grava del jardín estaba calentísima; la hierba se había secado cerca de unos arbustos que no daban sombra alguna; esto en la parte inferior; arriba se veían los blancos cúmulos de unas nubes grandes, redondas, contra un azul despiadado. La casa nos observaba con sus dos hileras de ventanas, una en la planta baja, la otra en el piso superior, sus cristales brillaban…

¿Sería posible que alguno de aquellos cristales me mirase con ojos humanos? Todos dormían aún la siesta vespertina a juzgar por el silencio, pero no era imposible que tras el vidrio de alguna ventana nos estuvieran observando: ¿León?, ¿Bolita?, ¿Katasia?

Podíamos tener la seguridad de que quien nos observaba era la misma persona que había entrado en nuestro cuarto, posiblemente al amanecer, para grabar la línea que formaba la flecha, ¿pero para qué lo había hecho?, ¿para jugarnos una broma?, ¿para burlarse de nosotros?, ¿para darnos a entender algo? No,

eso no era lógico. Sí, claro; pero lo absurdo era un cuchillo de dos filos. Y Fuks y yo estábamos al otro lado de aquel absurdo y actuábamos y nos movíamos con una lógica absoluta, así que yo, entregado a tan laboriosas tareas, debía no obstante (si no quería que lo que hacíamos perdiera todo sentido) tomar en cuenta la posibilidad de una mirada que nos espiara tras los vidrios aquellos, tan intensa e hirientemente brillantes.

Tomaba pues eso en cuenta. Y la mirada de Fuks, que me veía desde arriba, me servía de ayuda. Me movía cuidadosamente, para no despertar sospechas. Rastrillé un poco el césped, y, como fatigado por el calor, lancé al suelo el rastrillo y como quien no quiere la cosa lo moví con el pie hasta colocarlo en la dirección deseada. Estas precauciones dieron a mi colaboración con Fuks una importancia mayor de la que me había propuesto. Actuaba como su esclavo. Por fin fijamos la dirección de la flecha, que conducía hasta el cuarto de herramientas, cerca del muro, allí donde terminaba el patio, parcialmente cubierto por ladrillos y escombros, patio que era prolongación del jardín.

Avanzábamos lentamente en esa dirección, apartándonos de la línea, como si nos dedicáramos a observar las flores, las matas, conversando, gesticulando a veces, mirando con mucho cuidado para ver si descubríamos algo significativo, de macizo en macizo, de una rama a una piedrecilla, con la mirada baja, absortos por la tierra que se nos presentaba cenicienta, amarilla, oscuramente enmohecida, monótona, complicada, soporífera, desértica y dura. Me sequé el sudor del rostro. Todo aquello no era sino pérdida de tiempo.

Llegamos hasta cerca del muro; ahí nos detuvimos sin saber qué hacer… dar los últimos diez pasos nos parecía algo molesto y demasiado difícil. Nuestra marcha por el jardín, bajo la mirada de los vidrios de las ventanas, había sido relativamente fácil —unas cuantas decenas de metros por una llanura—, pero al mismo tiempo ardua, por una oculta dificultad que la convertía en casi una ascensión alpinista, y he aquí ahora que esa dificultad despertada por una ascensión cada vez más vertical y vertiginosa aumentaba sensiblemente y era como si estuviéramos llegando a la cumbre de esa montaña. ¡Qué enorme altura! Fuks se puso en cuclillas fingiendo que observaba un gusano y así, como si siguiera al gusano, llegó hasta el muro; yo me alejé un poco y di unas vueltas cerca de ahí, para después unírmele de un modo aparentemente casual.

Estábamos en el fondo del patio, donde el muro hacía esquina con el cuarto de herramientas.

Hacía mucho calor. Algunas de las hierbas más exuberantes se mecían bajo el aire; en el suelo caminaba un escarabajo; junto al muro había excrementos de pájaros; hacía calor, pero un calor distinto, y el olor era también distinto, como a orina; soñé con una lejanía; esto se hallaba muy lejos; como si durante meses enteros hubiésemos caminado hacia un sitio que se hallase a cien mil millas de distancia, muy lejos; nos llegó un cálido olor a podredumbre; cerca de ahí había un montón de basura; en la parte baja del muro las lluvias habían formado un arroyuelo; veía unos terrones, piedrecillas, partes amarillentas… Y otra vez el calor, distinto, desconocido, sí, sí, llegar a ese rincón tan apartado era algo que se asociaba con aquella maleza oscura y fría donde había un pedazo de cartón y una lata… y además un gorrión…; debido seguramente a la distancia aquel lugar reaparecía en este patio y nuestra búsqueda en él pareció revivir.

Era una ardua tarea, pues incluso si ahí se ocultaba algo señalado por la flecha del techo de nuestra habitación, sería muy difícil encontrarlo entre toda esa mezcolanza, entre esas hierbas, pequeños detalles, entre basura y cosas que superaban por su cantidad a todo lo que pudiera haber en las paredes o en los techos. ¡Qué abrumadora abundancia de asociaciones, relaciones…! ¿Cuántas frases pueden formarse con las veinticuatro letras del alfabeto? ¿Cuántos significados podían extraerse de esos cientos de yerbajos, terrones y pequeños detalles? Inclusive del muro y de las tablas del cuarto brotaba el exceso y la abundancia. Me sentí fatigado. Me enderecé y miré la casa y el jardín, y esas grandes formas sintéticas, esos gigantescos mastodontes del mundo de las cosas, me devolvieron el orden. Me sentí más descansado. Quise regresar a casa. Se lo iba a decir a Fuks pero me detuve al ver su rostro clavado en un sitio.

Un poco más arriba de nuestras cabezas el muro carcomido tenía un agujero que parecía componerse de tres cuevas cada vez menores. En una de ellas había colgado algo. Un palito. Un pequeño palito de dos centímetros de longitud. Colgaba de un hilo blanco del mismo tamaño enganchado en una grieta del ladrillo.

Y nada más. Escudriñamos los alrededores. Nada. Miré hacia la casa que brillaba a través de los vidrios de las ventanas. Soplaba ya un airecillo fresco que anunciaba la llegada de la noche, un aliento que despertaba de su sueño bochornoso a las hojas y a la hierba. Temblaron las hojas de unos arbustos formados en hileras, pintados de cal y apoyados en unos soportes.

Volvimos a nuestra habitación.

Fuks se arrojó sobre la cama.

—Digas lo que quieras, la flecha señalaba algo —dijo cautelosamente.

Yo con no menos precaución le pregunté:

—¿A qué te refieres?

No obstante, era difícil fingir que no sabía de qué se trataba: un gorrión colgado, un palito colgado; ese ahorcamiento de un palito en el muro reflejaba el que habíamos descubierto dentro de la maleza; era algo estrambótico y por ello aumentó de golpe la intensidad del gorrión (revelando hasta qué punto se hallaba grabado en nuestras mentes a pesar de las apariencias de olvido). El palito y el gorrión intensificado por el palito.

Era difícil no pensar que alguien por medio de esa flecha nos había dirigido hacia el palito para que lo asociáramos con el gorrión… ¿Pero, por qué? ¿Para qué? ¿Se trataba de una broma? ¿Una tomadura de pelo? Alguien se reía a nuestra costa, se burlaba, se divertía… Me sentí inseguro, y Fuks también. Eso nos hizo ser todavía más cautelosos.

—No me atrevería a negar que alguien se está burlando de nosotros.

—¿Quién?

—Alguno de ellos… Uno que estuvo presente cuando conté lo del gorrión y cuando descubrimos la flecha en el cielo raso del comedor. Esa misma persona trazó una flecha en nuestra habitación. ¿Y adónde conducía esa flecha? A un palito colgado de un hilo.

Claro que era una broma. Una burla.

Pero, pese a todo, aquello carecía de lógica, ¿quién hubiese querido llevar a cabo una broma tan complicada? ¿Para qué? ¿Quién podía suponer que descubriríamos la flecha y nos interesaríamos tanto por ella? No, todo había sido una sencilla coincidencia; es decir, ese pequeño —muy pequeño— parecido entre el palito que colgaba de un hilo y el gorrión que colgaba de un alambre. De acuerdo, no todos los días se ven palitos colgados de hilos… pero ese palito podía colgar ahí por miles de motivos ajenos al gorrión. Habíamos exagerado su significado porque había aparecido justamente al final de nuestra búsqueda, como si fuera el resultado de ella; pero en realidad no era ningún resultado sino solo un palito colgado de un hilo… ¿Se trataba, pues, de una mera casualidad? Por supuesto… Pero, sin embargo, cierta inclinación a la integración, algo que parecía unirlo todo nebulosamente, se dejaba sentir en esa serie de acontecimientos: un gorrión ahorcado, un pollo ahorcado, una flecha en el comedor, otra flecha en nuestra habitación, un palito colgado de un hilo… En todo esto se sentía una intensa búsqueda de sentido, como en las charadas cuando las letras comienzan a acomodarse para convertirse en palabras. ¿Pero en qué palabras? Sí, pese a todo, parecía que aquellos elementos deseaban ordenarse de acuerdo a una idea… ¿Pero a qué idea?

¿Qué idea? ¿Idea de quién? Si se trataba de una idea, entonces, alguien, por fuerza, debía hallarse tras ella, ¿pero quién? ¿Quién hubiese querido? ¿Y si así fuera…? ¿O si Fuks se hubiera hecho una broma, digamos por aburrimiento…? Pero no… Fuks no lo hubiera hecho… ¡Poner tanto esfuerzo en una broma…! No, tampoco eso tenía sentido.

¿Entonces sería una simple coincidencia? Finalmente habría aceptado que todo había sido una simple coincidencia a no ser por otra anomalía que en cierto sentido tendía también a asociarse con esta anomalía… a no ser porque la rareza del palito se apoyaba también en otra cosa igualmente rara de la que prefería no hablar con Fuks.

Katasia.

Por lo visto también él había descubierto por lo menos uno de los rostros de la Esfinge.

Se hallaba sentado en la cama, con la cabeza inclinada, meciendo lentamente las piernas que le colgaban.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Cuando se tiene una boca tan amanerada —dijo pensativamente, y luego añadió con astucia—. Cada quién en lo suyo y con lo suyo —la frase le gustó, pues la repitió con convicción—. Te lo digo una vez más y debes creerme: cada quien en lo suyo y con lo suyo.

Y efectivamente… Su boca y el palito parecían emparentarse, así como la boca y el gorrión, aunque solo fuera por ser la boca tan extraña… ¿Pero qué conclusión podía obtenerse? ¿Debíamos pensar que Katasia se divertía en intrigas tan sofisticadas? Sería absurdo. Pero no obstante el parentesco existía… Y esos parentescos, esas asociaciones, se abrían ante mí como una cueva oscura, oscura pero atractiva, absorbente, pues tras la boca de Katasia se asomaba la boca entreabierta de Lena e incluso sufrí un fuerte impacto, pues, a pesar de todo, aquel palito —relacionado con el gorrión en medio de la maleza— era en cierto sentido el primer (¡pero qué pálido e impreciso!) signo objetivo que de alguna manera corroboraba mis pensamientos respecto a la boca de Lena y a su relación con la boca de Katasia. Era una analogía, débil, fantástica, pero hay que recordar que estaba en juego esa misma «relación» que tendía a conformar un orden determinado.

¿Acaso Fuks sabía algo de esa relación o asociación bucal entre Lena y Katasia? (¿presentía algo por el estilo?), ¿o era esto algo única y exclusivamente mío…?

No se lo hubiera preguntado por nada del mundo… Y no solo por vergüenza. No hubiese dado esto por nada del mundo a esa voz y a esos ojos saltones que tanto irritaban a Drozdowski. A mí me debilitaba, me ahogaba, me torturaba que él con Drozdowski y yo con mis padres. No quería que fuera ni mi amigo ni mi camarada. No quería. Y además la palabra «no» era en nuestras relaciones la palabra clave. No y no. Pero sin embargo, me excitó cuando dijo «Katasia». Casi me alegré de que otra persona y no yo exclusivamente, hubiera advertido también cierta posibilidad de unión entre la boca de Katasia, el palito y el pájaro.

—Katasia —dijo lentamente, con artera intención—. Katasia…

Pero era evidente que después de una breve euforia volvía la blancuzca palidez de su mirada. Drozdowski apareció en el horizonte y, ya solo para matar el tiempo, continuó con su torpe disertación:

—A mí en seguida su… lo que tiene en la boca me pareció… pero… de todos modos… mitad y mitad… ¿qué piensas?

TERCERO

Lo débil e inaprensible de toda la trama nos obligó a dar marcha atrás; nos pusimos de nuevo a trabajar, yo con mis libros y él con sus notas, pero la distracción no me abandonaba y crecía a medida que se acercaba la noche; la claridad de nuestra lámpara atravesaba las crecientes tinieblas de aquellos sitios, tras el camino, al fin del jardín. Y todavía una posibilidad más se nos presentó. ¿Quién podía asegurarnos que aparte de la flecha que habíamos descubierto no había otras señales ocultas en las paredes, o en otra parte, por ejemplo en la combinación de manchas que había sobre el lavabo y el pedazo de tronco que estaba en el armario, o en las hendiduras del suelo…? Si habíamos descifrado casualmente un signo, ¿cuántos otros nos podían pasar inadvertidos, ocultos en medio del orden natural de las cosas? De vez en cuando mi mirada se escapaba de las páginas impresas y se aventuraba en el interior de la habitación (escondiéndose de la mirada de Fuks que seguramente también vagaba de cuando en cuando). Pero esto no me preocupaba demasiado. La fantástica vaguedad de la historia del palito, vaguedad que se difundía cada vez más, no nos permitía hacer nada que no resultara tan efímero como ella.

De todos modos la realidad circundante se hallaba ya contagiada por la posibilidad de distintos significados y esto me separaba, me aislaba de todo; además me parecía cómico que algo como un palito hubiese logrado impresionarme tan profundamente.

Luego la cena, inevitable como la luna; otra vez Lena frente a mí. Antes de que bajásemos a cenar, Fuks me había advertido que sería mejor no hablar del asunto; y estaba en lo justo; se imponía la discreción si no queríamos ser considerados como un par de tontos lunáticos. Cenábamos. El señor León, comiendo unos rábanos, contó cómo hacía muchos años el director Krysinski, su jefe en el Banco, le había enseñado el arte que llamaba de la estrategia o «contraste», arte, que según opinaba, debía ser conocido al dedillo por toda persona que deseara llegar a ocupar un alto puesto.

El señor León imitó la apagada y gutural voz del difunto director Krysinski, cuando decía:

—León, toma en serio mis palabras, date cuenta de que todo en esta vida no es sino cuestión de estrategia, ¿comprendes? Si, por ejemplo, tienes necesidad de castigar a un empleado, ¿sabes lo que tienes que hacer al mismo tiempo? Vamos, por supuesto, debes tomar tu cigarrera y ofrecerle un cigarrillo. Es cuestión de estrategia, ¿comprendes? Si necesitas ser áspero y desagradable con un cliente, debes entonces dirigirle una sonrisa, si no a él, por lo menos a su secretaria. Sin esta estrategia, él puede volverse duro, encerrarse en sí mismo. Si, por el contrario, tienes que ser amable con un cliente, debes entonces de cuando en cuando soltar alguna palabra fuerte, debes hacer esto para evitar que el cliente se apague, porque si se apaga, si se endurece, entonces ya no puedes hacer nada. Oídme bien —continuó León con un dedo tremolante en el aire y con la servilleta anudada al cuello—, en cierta ocasión llegó en visita de inspección el presidente del Banco, entonces era yo director de una sucursal, así que lo recibí cordialmente, con grandes honores, pero durante la comida derramé sobre él por accidente media jarra de vino tinto. ¿Sabéis lo que me dijo? «Veo que pertenece usted a la escuela del director Krysinski».

Sonrió y tomó un rábano, le untó mantequilla, lo saló… y antes de llevárselo a la boca lo observó durante varios minutos con suma atención.

—¡Vaya, vaya!, si quisiera podría pasarme todo un año hablando del Banco; es difícil explicarlo todo, aclararlo; cuando me pongo a pensar ni siquiera yo mismo sé por dónde empezar; tantas cosas, tantos días,

tantas horas, Dios, Diosito, Diosito santo, meses, años, segundos; me llevaba muy mal con la secretaria del presidente; que Dios la tenga en su santa gloria, pero era una idiota y una lengua larga; en cierta ocasión le dijo al director que yo había escupido en el cesto de la basura, ¿se ha vuelto usted idiota?, le dije… pero ¿para qué hablar?, es mucho lo que podría contar, ¿cómo fue?, ¿por qué se enojó por el escupitajo?, ¿cuál fue el motivo?, ¿qué más?, esto es producto de meses, de años enteros… pero ¿quién podría recordarlo todo? ¿Y para qué hablarum y repetirum lo mismurum…? —se quedó pensativo un rato y luego añadió—: ¿Qué blusa llevaba entonces? No puedo recordar… ¿Cómo era? ¿Tal vez una blusa bordada…? —interrumpió sus pensamientos y exclamó alegremente—. ¡Qué cosas, bolitilla! ¡Si supieras!, bolbolbol, bolibolibol…

—Tienes torcido el cuello de la camisa —dijo doña Bolita y poniendo en la mesa el tarro que llevaba en las manos comenzó a arreglárselo.

—Treinta y siete años de vida matrimonial, señoritines míos, de un modo y otro, de todos modos, mis dulzores, ¿te acuerdas Bolitares?, nosotros en el Vístula, en el Vistulita azul un día de lluvia, bah, ¿para qué hablar?, ¿hace cuántos años?, dulces dulzones, te compré unos dulces, y había un portero, un portero, y el techo estaba agujereado, vaya, vaya, mamaya, ¿hace ya cuántos años?, en un café, ¿pero en qué café?, ¿en dónde?, se me ha escapado de la memoria, se me fueee, eee, eee. No puedo recordarlo… Treinta y siete años… Muchísimo tiempo… Bah… —se alegró y luego permaneció en silencio, se encerró en sí mismo, estiró una mano, tomó un pedazo de pan y lentamente hizo una pelotita, la observó en silencio y luego comenzó a tararear—. ¡Tiru-liru-lá! ¡Tiru-liru-lá!

Tomó una rebanada de pan y le recortó los bordes para hacerla cuadrada, le untó un poco de mantequilla, alisó la mantequilla con el cuchillo, la contempló, la roció de sal y se la llevó a la boca. Se la comió. Y parecía corroborar que comía. Miré la flecha que parecía haberse diluido en el techo, evaporado. ¡Qué iba a ser una flecha! ¿Cómo pudimos haber imaginado que aquello era una flecha? Miré la mesa y el mantel. Hay que confesar que las posibilidades de la mirada son limitadas. En el mantel descansaba la mano de Lena, relajada, pequeña, color café, cálidamente helada, unida a través de la muñeca a otras blancuras del brazo (que más bien solo imaginaba, pues hasta allá no llegaba mi mirada). Esa mano estaba silenciosamente inmóvil, pero mirándola atentamente se advertían en ella ciertas convulsiones, por ejemplo un temblor en la base del cuarto dedo, o bien un roce de dos de ellos, del tercero y el cuarto, más bien embriones de movimiento, pero a veces lograban convertirse en movimiento verdadero, en un tocar el mantel con el dedo índice, en un rozar uno de sus flecos con la uña…, pero esto era tan distante a la misma Lena que la hacía parecer como una gran nación llena de movimientos internos, incontrolables, regidos seguramente por las leyes de la estadística… pero entre todos esos movimientos había uno en especial, un lento cerrarse de la mano, un encoger perezosamente los dedos hacia la palma, un movimiento recogido, íntimo… yo ya lo había advertido antes… ¿pero tenía ese movimiento algo que ver conmigo…? ¡Quién podría saberlo!

Y era interesante que generalmente esa acción fuera acompañada de una caída de ojos (que yo casi no veía); ni siquiera una vez los había levantado cuando hacía eso. La mano de su esposo, esa monstruosidad ero-noero-eróticamente-noerótica, esa rareza plena de erotismo obligatorio «debido a ella», en relación con su manita, la mano de su esposo, que por otra parte era bastante correcta… también ahí, sobre el mantel, muy cerca… Por supuesto esas contracciones de la mano podían estar relacionadas con la mano de su esposo, pero también podían estar en una pequeña-pequeñísima relación con mi mirada, que salía de mis párpados entrecerrados; aunque hay que confesar que la probabilidad era casi mínima, una entre millones; pero esa hipótesis, pese a toda su fragilidad, era explosiva; como una chispa que despierta un incendio o un suspiro que provoca un huracán… ¡quién podría saberlo!, ella podía incluso odiar a ese hombre a quien yo no me atrevía a mirar cara a cara, pues tenía miedo, a quien yo solo recorría periféricamente y que era no sé cómo, igual a ella… porque si, por ejemplo, debido a mi mirada ella se entregase a esas contracciones de mano al lado de su esposo… bueno, podría ser así (ese pecadillo podía ir junto a su inocencia y pureza) se convertiría en tal caso en un grado más alto de la perversión. ¡Oh, salvaje potencia de los pensamientos débiles! ¡Oh, aliento explosivo de lo amorfo! La cena estaba en su apogeo, Ludwik recordó algo, tomó su agenda, Fuks hablaba sin ton ni son, le decía a León: —¿Entonces resultó que ella era una arpía? —o bien —: ¡Vaya, vaya, así que tantos años en el Banco…!

León, con el ceño fruncido, con su cara de hombre calvo que usa binóculos, contaba el qué, el cómo y el porqué…

—Imagíneselo, ustedito… No, ella no usaba papel secante… había allí una tabla…

Y Fuks lo escuchaba para no pensar en Drozdowski.

Entre tanto yo pensaba: «¿y si fuera yo la causa de que se acaricie?», pero sabía que esto carecía de

fundamento; mas ¿qué sucede?, un temblor, un choque, un cataclismo, con un repentino salto de su gordura, Bolita se metió bajo la mesa, sí, estaba bajo la mesa que durante unos momentos saltó enloquecida a causa de Bolita. ¿Qué pasaba? Era un gato. Lo sacó de debajo de la mesa. Un gato con un ratón en la boca.

Después de diversas pompas, chorros, explosiones de palabras hervidas en el violento caldero de la catarata, las aguas de nuestro estar sentados a la mesa, las aguas de ese río susurrante y fluyente, volvieron a su cauce. El gato se echó en un rincón y nuevamente existió la mesa, el mantel, la lámpara, los vasos, Bolita alisó unas arrugas de su servilleta, León con el dedo en alto anunció una nueva anécdota, Fuks se movió, la puerta se abrió, Katasia.

Bolita le dijo a Lena:

—Pásame la ensaladera.

La nada, la eternidad, el no ser, la tranquilidad. Yo vuelvo a: lo ama, lo odia, decepcionada, encantada, feliz, infeliz, pero podía ser que todo eso fuese posible al mismo tiempo, aunque seguramente no se tratara de nada de eso, y todo por la sencilla razón de que su mano era demasiado pequeña, no era una mano, sino una manita, así que qué podía suceder con esa manita, nada, ella era… era… poderosa en sus efectos; pero en sí misma no era nada… un remolino… un remolino… remolino… cerillas, anteojos, cerrojo, canasto, bizcochos… bizcochos… para obligarme a no mirar de frente sino de lado, indirectamente, donde estaban las manos, las mangas, los brazos, el cuello, siempre en la periferia y solo muy de vez en cuando frente a frente, en momentos excepcionales, cuando me lo permitía un pretexto, ¿y qué se puede saber en tales condiciones? Aunque pudiera ver a mi antojo tampoco pasaría nada… ja, ja, ja, qué risa, yo me río, el chiste, el chiste de León, Bolita chilla, Fuks se retuerce… León, con el dedo estirado grita «¡Palabra de honor!»… Ella también ríe, pero solo para adornar con su risa la risa general, ella hace todo solo para… para adornar… pero aunque pudiera mirarla a mi antojo tampoco sabría nada, no, no sabría, porque entre ellos todo podía ocurrir…

—Necesito un hilo y un palito.

¿Qué sucedía? Fuks se dirigía a mí. Le respondí:

—¿Para qué?

—Olvidé traer mi compás… maldita sea… y tengo que trazar un círculo, necesito hacer unos dibujos. Si tuviera un palito y un hilo me las arreglaría… un palito pequeño y un pedacito cualquiera de hilo.

—Creo que tengo un compás en mi cuarto, puedo prestárselo —dijo Ludwik amablemente. Fuks le dio las gracias (la botella y el corcho, ese pedazo de corcho), sí, muy bien, comprendo, muy inteligente, muy bien…

Fuks había dicho aquello para informarle en secreto al eventual bromista que habíamos descubierto la flecha en el techo y el palito colgado del hilo. Lo dijo por si las dudas… si efectivamente alguien se entretenía despertando nuestro interés por medio de diversos signos era mejor que supiera que los habíamos descubierto… y que esperábamos su continuación. La probabilidad era mínima, pero no costaba nada decir esas cuantas palabras. En seguida observé a todos a la luz de esa posibilidad —la de que el delincuente estuviera entre ellos— y al mismo tiempo me vinieron a la memoria el palito y el pájaro, el pájaro en la maleza y el palito al fondo del jardín, en su pequeña cueva. Entre el pájaro y el palito me sentí como en medio de dos polos y la reunión de quienes a la luz de la lámpara estábamos sentados a la mesa se me presentó como una función particular de aquella relación, función que existía en relación al pájaro y al palito, cosa que no me disgustaba, pues esta extravagancia abría las puertas a otra extravagancia que me torturaba y fascinaba al mismo tiempo. ¡Dios mío! Si esto sucedía en relación al pájaro y al palito quizá entonces lograría por fin enterarme de lo que sucedía con las bocas. (¿Por qué? ¿Cómo? ¡Qué absurdo!). El concentrar tanto la atención me volvía distraído… y a esto también me entregaba, pues me permitía estar ahí y en otro lado al mismo tiempo, me hacía sentir libre… El aumento de la perversión de Katasia, su ir de un lado a otro, ora más cerca, ora más lejos, junto a Lena, tras Lena, fue saludado por mí con una especie de sordo «ahhh» interno, como si me estuviera ahogando. Esa apenas visible perversión accesoria de sus labios degenerados se me ligaba ahora con mayor intensidad —en verdad muy intensamente— con la boca —normal y atractiva— entrecerrada de quien estaba frente a mí. Y esa combinación, que se debilitaba e intensificaba en relación a su configuración, conducía a contradicciones tales como por ejemplo virginidad perversa, timidez brutal, boca entrecerrada y abiertísima, vergüenza impúdica, fuego helado, embriaguez sobria…

—Usted, suegro, no entiende esto.

—¿Qué cosa no entiendo? ¿Qué…?

—La organización.

—¿Qué organización? ¿Pero de qué clase de organización estás hablando?

—La organización racional de la sociedad y del mundo.

Por encima de la mesa León dirigió con ademán amenazante su calvicie hacia Ludwik.

—¿Qué quieres organizar y cómo quieres organizarlo?

—Científicamente.

—¡Científicamente! —con los ojos, con sus *pince-nez*, con sus arrugas, con la cabeza entera le envió una carga de piedad y bajó el tono de voz hasta convertirla casi en un murmullo—. ¡Muchachón! —le dijo confidencialmente—. ¿Pero es que tienes acaso hueca la cabeza? ¡Organizar! Tú sueñas y entresueñas que todo es cuestión de plim plam, que todo se agarra con una sola mano y listo, ¿no es así?

Y le pasó frente al rostro los dedos salvajemente contraídos, que luego extendió para soplar en ellos.

—Fiuuu, puffff. Se acabó. Fiii, pummm, pummm, pummm, papapapa, eeee… ¿entiendes?… púa, púa, púa, ¿y qué?, ¿qué ocurre?, ¿qué quieres?, ¿qué?, ¿quéee…?

Bien, se acabó… Se fue… Ya no está… ¿Te diste cuenta?

Fijó la mirada en la ensaladera.

—No puedo discutir estas cosas con usted, suegro.

—¿No? ¡Ah, qué interesante! ¿Y puedes informarme por qué no puedes discutirlas conmigo?

—Porque no está usted preparado.

—¿Cómo?

—Preparado científicamente.

—Cientificoso —dijo León lentamente—, te lo suplico, cuéntale a mi invernalmente-virginal seno de qué manera quieres con tu preparación científica or-ga-ni-zar, de qué manera, me gustaría saberlo, te pregunto, cómo, de qué modo tú eso con aquello y lo de más allá, te estoy preguntando, con qué y para qué y con qué fin y adónde, cómo quieres, dímelo, cómo una cosa más otra y aquello más aquello y todo lo de más allá, con qué motivo, cómo —se detuvo y se quedó mirando en silencio a Ludwik, quien se sirvió un poco de patatas en su plato; esto volvió a arrancar a León de su silencio—. ¡Qué puedes tú saber! —exclamó amargamente—. ¡Estudios! Yo no he estudiado nada, pero durante muchos años no he hecho otra cosa sino pensar… y sigo pensando, pensando… desde que dejé el Banco no he hecho otra cosa sino eso… pensar, tengo la cabeza a punto de estallar de tantos pensamientos. Y tú, ¿qué?, ¿cómo?, ¿por qué…? Mejor cállate, cállate…

León comió una hoja de lechuga y pareció desinflarse, volvió la tranquilidad, Katasia cerró la alacena, Fuks preguntó cuántos grados había de temperatura, oh, un calor infernal, Bolita le pasaba a Katasia los trastos, el rey sueco, la península escandinava, e inmediatamente después la tuberculosis, las inyecciones. La mesa estaba menos cargada de cosas; sobre ella quedaban solamente las tazas que tenían café o té, el canastillo del pan y varias servilletas ya dobladas; solo una —la de León— estaba desplegada.

Empecé a tomar mi té, sueño, nadie se movía, todos habían alejado de la mesa las sillas y estaban cómodamente sentados. Ludwik tomó el periódico. Bolita estaba inmóvil. A veces le sucedía quedarse así en una inmovilidad totalmente vacía, inexpresiva, que terminaba con un salto repentino, como el ruido del agua cuando se le tira una piedra.

En una mano León tenía una verruga con varios pelos en derredor. Precisamente en ese momento la observaba, tomó un palillo de dientes y enredó en él los pelos, les roció un poco de sal que recogió del mantel y se quedó observando todo aquello. Luego sonrió.

Tiru-liru-lá. Tiru-liru-lá.

La mano de Lena apareció en el mantel, junto a la taza. Había un gran desorden de acontecimientos, de pequeños hechos continuos, como el croar de las ranas en un estanque, como un enjambre de mosquitos, como un enjambre de estrellas, todo aquello era como una nebulosa que también a mí me contenía, me tocaba, volaba conmigo, el techo con penínsulas y archipiélagos, con pequeños puntos y manchas de humedad, hasta la monótona blancura que había sobre la ventana… una riqueza de detalles que quizá se parecía un poco a los palitos y terrones y demás cosas que nos preocupaban a mí y a Fuks… y quizá esto también se relacionaba con los detalles de León… ¡qué sé yo!, quizá solo pensaba así porque me concentraba en los detalles, me desmembraba… ¡oh, sí, me sentía totalmente desmembrado!

Katasia le pasó a Lena el cenicero.

Sentí el impacto de algo estirado y frío y deforme, labios, pum, la boca, fuera, largo de aquí, la redecilla metálica con la pierna todo junto apretado y el silencio, un gran silencio, cueva, nada… y de todo aquel caos, de aquella confusión (Katasia se había ya retirado) surgió una constelación bucal que brillaba intensamente, cada vez con mayor claridad. Y sin dejar el menor lugar a las dudas: ¡los labios de una se relacionaban con los labios de la otra!

Bajé los ojos, volví a mirar únicamente la mano en el mantel, con dobleboca y cuatrolabios, siempre doble, inocentemente perversa, limpia y viscosa, clavé los ojos en aquella mano en espera de que algo sucediera y, entonces, de pronto, toda la mesa se llenó de manos, ¿qué sucedía?, las manos de León, las manos de Fuks, las manos de Ludwik, las manos de Bolita, tantas manos en el aire… ¡Ah, era una avispa! En el comedor volaba una avispa. Cuando al fin salió, aquel mundo de manos se tranquilizó.

Otra vez el reflujo, volvió la calma, yo pensaba en las manos, ¿qué había sucedido?

León le dijo a Lena:

—¡Múltiple aventura!

—¿Qué?

—Múltiple aventura, pásale a tu padre una materia inflamable ya encendida —(lo que le pedía era una cerilla). La solía llamar «Múltiple aventura» o, a veces, «Lindillo asnillo», también «Maravillilla chiquitilla», o de muchas otras maneras.

Bolita preparaba una infusión de hojas, Ludwik leía, Fuks tomaba su taza de té, Ludwik dejó a un lado el periódico, León miraba a su alrededor y yo meditaba tratando de averiguar si las manos se habían echado a volar —a tremolar, a danzar— por causa de la avispa o bien debido a la otra mano que había sobre la mesa… porque formalmente era indudable que las manos habían saltado al aire con motivo de la avispa… ¡pero quién podía saber si la avispa no había sido únicamente un pretexto para mover las manos por obra y gracia de la mano de Lena…! Un doble sentido… Y quizá esa duplicidad se relacionaba (¡quién hubiera podido estar seguro…!) con la duplicidad de las bocas de Katasia y de Lena… o con la duplicidad gorrión-palito… Yo divagaba. Me perdía en las periferias. A la luz de la lámpara sentía la oscuridad de la maleza al otro lado del camino. Dormir. El corcho en la botella. El pedazo de corcho pegado al cuello de esa botella hacía todo lo posible por destacarse y pasar a un primer plano…

CUARTO

El siguiente día fue un día distraído, seco y reluciente; en su luminosidad no se podía concentrar la atención; por el azul del cielo rodaban unas nubes redondas, blandas e inmaculadas. Me sumergí en mis cuadernos, pues después de los excesos del día anterior me sentía lleno de severidad y repulsión hacia las cosas raras, pleno de ascetismo. ¿Ir a ver el palito? ¿Comprobar si había algo nuevo, sobre todo después de la discreta alusión que había hecho Fuks el día anterior durante la cena, dando a entender que habíamos descubierto el hilo y el palito…? Me contenía cierta aversión hacia esta historia, que era monstruosa como un feto abortado. Hundí la cabeza entre las manos y me puse a estudiar; sabía que Fuks se encargaría de ir a ver el palito, aunque ni siquiera hacía la prueba de hablar conmigo del asunto pues ya habíamos agotado el tema, pero sabía que iría allá, al muro, que iría por mera pereza. Me concentré en mis cuadernos y él comenzó a caminar por el cuarto hasta que por fin saltó. Cuando volvió tomamos como siempre en nuestro cuarto el almuerzo (nos lo había llevado Katasia), pero se abstuvo de hacer cualquier comentario… Por fin, cerca ya de las cuatro, después de la siesta, me dijo desde su cama:

—Ven, te voy a enseñar algo.

No le respondí, sentía deseos de humillarlo; la falta de respuesta era la más hiriente respuesta. Calló humillado, no se atrevía a insistir, pero los minutos pasaban; empecé a afeitarme y por fin le pregunté:

—¿Hay algo nuevo?

—Sí y no —respondió. Después, cuando terminé de afeitarme, añadió—: Ven, quiero enseñarte lo que vi.

Salimos, después de tomar las acostumbradas precauciones respecto a la casa, que nos observaba por los vidrios de sus ventanas. Llegamos hasta el palito. En el aire se sentía un olor a muro recalentado y a orina o a manzanas; a un lado estaba un arroyuelo de aguas sucias y había también unas hojas de hierba reseca… era lo distante, lo lejano, una vida aparte en el silencio caluroso, un rumor. El palito seguía colgado del hilo, tal como lo habíamos dejado.

—Mira eso —dijo, señalándome un montón de cachivaches que había junto a la puerta abierta del cuarto de instrumentos—. ¿Ves algo?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Nada.

Estaba frente a mí, aburriéndome y aburriéndose.

—Fíjate en esa vara.

—¿Qué tiene?

—¿La viste ayer?

—No me acuerdo.

—¿Estaba exactamente igual? ¿No ha cambiado de posición?

Me aburría, y él mismo no se hacía ilusiones al respecto. Tenía el fatalismo de un hombre que aburre a todo el mundo, se hallaba junto al muro y todo era absolutamente estéril, vacuo. Volvió a insistir:

—Trata de acordarte…

Pero yo sabía que insistía por aburrimiento y eso me aburría todavía más. Una hormiga amarilla caminaba por esa vara rota. En la parte superior del muro los tallos de unas hierbas se dibujaban limpiamente contra el cielo, pero yo no lograba acordarme, ¡cómo iba a acordarme!, aquella vara podía o no podía haber cambiado de posición… Una florecilla amarilla.

Pero él no se daba por vencido. No me dejaba en paz. Lo molesto era que en aquel alejado sitio el vacío de nuestro tedio se unía al vacío de aquellos falsos signos, de aquellas huellas que no eran huellas, se unía a toda esa estupidez; dos vacíos y en medio de ellos nosotros. Bostecé. Fuks dijo:

—Mira lo que señala esa vara.

—¿Qué?

—El cuarto de Katasia.

Sí, la vara señalaba directamente hacia su cuarto, que estaba junto a la cocina, en una casucha construida al lado de la casa.

—Ajá.

—Precisamente. Si la vara no ha cambiado de posición, entonces, de cualquier manera, no importa, el asunto carece de trascendencia. Pero si alguien la movió, lo hizo para señalarnos el cuarto de Katasia… Alguien, ¿te das cuenta?, alguien que debido a lo que dije anoche a la hora de la cena sobre el palito y el hilo advirtió que ya estábamos sobre la pista; esa misma persona vino aquí por la noche y colocó la vara de tal manera que apuntase hacia el cuarto de Katasia. Es una especie de nueva flecha. Sabía que vendríamos otra vez para comprobar si había una nueva señal.

—¿Pero cómo sabes que alguien movió la vara?

—No estoy seguro. Pero tengo mis sospechas. Sobre el serrín hay algunas huellas… Y fíjate en esas tres piedras… y en esas tres ruedas… y en esas tres hojas de hierba… y en esos tres botones que parecen ser de una silla de montar… ¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—Forman una serie de triángulos que apuntan todos hacia la vara, como si alguien hubiera querido llamar nuestra atención hacia ella… ¿No adviertes cómo crean una especie de ritmo que se dirige a la vara? Por lo menos a mí así me lo parece… ¿Qué opinas tú?

Aparté los ojos de la hormiga amarilla que aparecía una y otra vez entre unas correas dirigiéndose ya a la derecha ya a la izquierda, ya hacia atrás, ya hacia adelante; yo casi no escuchaba a Fuks, apenas si oía una que otra palabra, algo idiota, nada, nada más nada, solo humillación, toda nuestra locura, nuestra estupidez, nuestra tontería se hallaba allí, junto a ese muro, sobre ese montón de escombros y desperdicios. Además estaba aquella cara pelirroja, despreciada, de ojos saltones. Volví a argumentar que nadie hubiese tenido ganas de hacer eso, ¿quién hubiera querido fabricar señales tan nimias, casi invisibles?, ¿quién hubiese podido prever que nosotros íbamos a advertir que la vara había sido movida…? Nadie que estuviera en sus cinco sentidos…

Fuks me interrumpió:

—¿Pero quién te ha dicho que esa persona tiene que estar en sus cinco sentidos? Por otra parte, ¿cómo sabes cuántos signos nos deja? Es muy posible que nosotros solo hayamos descubierto uno entre muchos… —señaló con la mano la casa y el jardín—. Es posible que aquí todo esté lleno de señales…

Seguimos en ese sitio —terrones, telarañas—, pero ya con la conciencia de que no dejaríamos aquel asunto por la paz. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Tomé en la mano un pedazo de ladrillo, lo observé de cerca, lo dejé a un lado y exclamé: —Bueno, ¿y entonces qué? ¿Pretendes que vayamos adonde nos señala esta vara?

Sonrió tímidamente.

—No podemos hacer otra cosa. Tú mismo lo sabes. Para tranquilizarnos. Mañana es domingo. Es su día libre. Tenemos que revisar su cuarto, a lo mejor encontramos algo allí… Si no, por lo menos, quedaremos tranquilos.

Clavé los ojos en los escombros y él hizo lo mismo. Yo quería leer en ellos algo así como un mínimo y perverso salto de labios. Y efectivamente, me pareció que los escombros, las refacciones de automóvil, las correas, la basura, empezaban a vibrar en aquella atmósfera de un latente escurrimiento, de una incipiente perversión… lo mismo que el cenicero, la red metálica de la cama, la boca entreabierta y entrecerrada… Todo bullía, se agitaba, aludiendo a Lena, y esto me asustaba, pues pensaba cómo íbamos otra vez a actuar y a realizar nuestras acciones… haciendo participar a esa vara, y yo me acercaría ahora a esa boca a través de los escombros, cosa que me fascinaba, pues pensaba, ah, empezaremos a actuar, a través de nuestros actos llegaremos al misterio, bah, bah, entraremos en el cuarto de Katasia, lo revisaremos, veremos, comprobaremos.

¡Comprobar! ¡Oh, acción esclarecedora! ¡Oh acción que todo lo oscurece, que conduce hacia la noche, hacia la quimera!

Sí, pese a todo me sentí mejor. Nuestra marcha por la vereda cubierta de grava fue como el regreso de dos detectives. La elaboración detallada de nuestros planes me permitió sobrevivir con honor hasta el día siguiente. La cena transcurrió tranquilamente, mi radio de visión se limitaba cada vez más al mantel, sobre el que reposaba la mano de Lena… ese día mucho más tranquila, sin temblores visibles (pero eso podía ser precisamente una prueba de que había sido ella quien había movido la vara)… y otras manos, por ejemplo la de León, perezosa, o la de Ludwik, erótico-noerótica, y la de Bolita, como una patata sobre una remolacha, un puño que salía de un brazo de mujer regordeta, brazo grasoso, lo que creaba una sensación desagradable que aumentaba silenciosamente y se volvía aún más desagradable cerca del codo, donde la piel roja y descascarada se convertía en pequeñas bahías moradas y grises que eran el vestíbulo de otros recovecos. Combinaciones complicadas, fatigosas, combinaciones de manos parecidas a las combinaciones del techo, de las paredes… de todas partes… La mano de León cesó de tamborilear, con los dedos de la mano derecha tomó un dedo de la mano izquierda y lo sostuvo, observándolo con una atención que se manifestaba a través de una sonrisa soñadora. Y por supuesto, allá arriba, sobre las manos, la conversación continuaba, pero apenas si me llegaba una que otra frase; abordaban diferentes temas y en cierto momento Ludwik le dijo a su suegro:

—Imagínese usted diez soldados en fila india, uno tras otro, según usted, ¿cuánto tiempo sería necesario para agotar todas las combinaciones posibles en la formación de esos soldados, poniendo, por ejemplo, al tercero en el lugar del primero y así por el estilo, siempre y cuando se efectuara solo un cambio por día?

León meditó un rato:

—¿Tres mesezuelos?

Ludwik respondió:

—Diez mil años. Ya ha sido calculado.

—¡Muchacho! —dijo León—, ¡muchacho, muchacho!

Guardó silencio. Estaba en guardia. Parecía que la palabra «combinación» utilizada por Ludwik estaba en relación con las «combinaciones» que a mí me ocupaban; podía parecer una casualidad bastante singular el que Ludwik hubiese mencionado las combinaciones de soldados precisamente en el momento en que yo me sumergía en otras combinaciones. ¿Acaso no parecía aquello casi formular en voz alta lo que a mí me preocupaba? Oh, ese casi «casi». ¡Cuántas veces se me había presentado ese «casi»!

Pero hay que tomar en consideración que la historia de los soldados me impresionaba porque se relacionaba con mis preocupaciones. Por eso la separé y la rescaté de las muchas otras cosas de las que allí se hablaba. Así esa coincidencia era en parte (oh, en parte) provocada por mí. Y precisamente eso era lo difícil, terrible y confuso, pues yo nunca podía saber en qué grado era yo mismo el autor de las combinaciones que se combinaban a mi alrededor. Ah, el asesino vuelve siempre al lugar del crimen. Si se piensa en la enorme cantidad de sonidos y formas que se nos presentan a cada instante de nuestra existencia… un enjambre, una multitud, un torrente… entonces no hay nada más sencillo que combinar. ¡Combinar! Esta palabra me sorprendió por un instante, como si hubiese encontrado un animal salvaje en medio de un bosque, pero poco después se perdió en el tumulto de esas siete personas que hablaban y comían sentadas a la mesa; la cena seguía su curso normal; Katasia le pasó el cenicero a Lena…

«Tendremos que aclarar todo esto, investigarlo, llegar al fondo de las cosas…». Pero no creía que la inspección del cuarto de Katasia aclarara nada, solo que ese proyecto nuestro para el día siguiente permitiría soportar un poco mejor esa extraña dependencia interbucal, esa dependencia de ciudades, de estrellas… A fin de cuentas qué hay de extraño en que una boca me llevase a la otra. Continuamente, sin interrupción, cada cosa me llevaba a otra cosa, tras cada objeto se ocultaba otro objeto, tras la mano de Lena estaba la mano de Ludwik, tras una taza había un vaso, tras una raya en el techo se veía una isla; el mundo era en realidad una especie de biombo y no se presentaba de otra manera sino enviándome cada vez más lejos. Los objetos jugaban conmigo como si yo fuera una pelota.

De pronto se oyó un golpe.

Fue como el sonido de dos trozos de madera, un sonido corto y seco, débil; aunque había sido un golpe singular, tan singular que se había destacado entre todas las voces.

¿Quién había golpeado? ¿Qué cosa había sido golpeada? Quedé inmóvil. Algo así como «Ya empezó» me pasó por la cabeza; no sabía qué hacer, ¡pronto, fantasma, sal de una vez…! Pero el sonido se perdió en el tiempo y tras él no sucedió nada. Quizá había sido el ruido de una silla… algo sin importancia…

Algo sin importancia. El día siguiente fue domingo, día que traía consigo una novedad para nuestra vida habitual; es verdad que como todos los días me despertó Katasia y se quedó un momento inclinada sobre

mí, por pura simpatía, pero de la limpieza de la habitación se ocupó la misma doña María, o sea Bolita, quien rodando de un lado a otro con el paño de limpiar en las manos nos contó que en Drohobycz había rentado «la planta baja de una villa muy bonita con todas las comodidades» donde alquilaba cuartos con comidas o sin ellas, después vivió en Pultusk seis años «en un apartamiento muy cómodo en un tercer piso», pero en ocasiones además de los inquilinos permanentes les daba de comer hasta a seis abonados de «la localidad», la mayor parte de las veces gente entrada en años, con distintas enfermedades, y así a uno había que darle puré, a otro sopa, cuidar que alguien no comiera nada que pudiera producirle acidez, hasta que me dije a mí misma, no, así no puedo seguir, basta, no puedo, y se lo dije a aquellos viejos, y había que ver su desesperación, querida señora, quién irá a cuidarnos ahora, y yo les dije ¿se dan cuenta?, yo me preocupo demasiado, me mato por ustedes, y para qué, por qué matarme, sobre todo que siempre he tenido que atender a León, no tienen ustedes idea, hacerle esto, lo otro, siempre algo, de verdad no sé qué haría este hombre sin mí, durante toda la vida le he llevado el café a la cama, toda la vida, por suerte yo soy así por naturaleza, no soporto la pereza, desde que amanece hasta que anochece, desde que anochece hasta que amanece, aunque cuando hay que divertirse también sé hacerlo, o ir de visita, o recibir invitados, sabe usted, una tía de León está casada con el conde Koziebrodzki, sí, y cuando me casé con León su familia no estuvo de acuerdo, y el mismo León le tenía pánico a su tía la condesa y durante dos años no me quiso presentar con ella, yo le decía: León no tengas miedo, ya me encargaré de poner en orden a tu tía, y en una ocasión leí en el periódico que iba a celebrarse un baile de caridad y que en la comisión organizadora se hallaba la condesa Koziebrodzka, no le dije nada a León, solo le informé de que iríamos a un baile y puedo decirle a usted que durante dos semanas me preparé en secreto, dos costureras, una peluquera, masajes, incluso me hice la pedicura para darme valor, le pedí a Tela que me prestara sus joyas y cuando León me vio por poco se desmaya, yo me quedé impertérrita, entramos en el salón, la orquesta tocaba, yo tomé a León del brazo y le conduje directamente al sitio donde estaba la condesa, y entonces, ¿sabe usted lo que me hizo ella? Se volvió de espaldas. Me humilló. Por eso le dije a León: León tu tía es una déspota, y le lancé un escupitajo, y él, sabe usted, no dijo ni siquiera esta boca es mía, él es así, habla y habla, pero cuando se necesita que diga algo se queda callado y empieza a sacarle la vuelta al asunto; pero después, cuando vivíamos en Kielce y yo hacía confituras, más de una persona importante iba a visitarnos, me encargaban las confituras con meses de anticipación…

Guardó silencio, limpió el polvo; seguía tan callada como si no hubiese abierto la boca para nada. Por fin Fuks le preguntó:

—¿Y qué ocurrió después?

Entonces contó que uno de los inquilinos que había tenido pulmonía en Pultusk era tuberculoso y había que darle crema tres veces al día, lo que era una asquerosidad… Y se marchó.

¿Qué significaba todo eso? ¿Tenía algún sentido? ¿Qué se ocultaba en el fondo? ¿Y aquel vaso? ¿Por qué me había fijado el día anterior en un vaso del salón, cerca de la ventana, sobre una mesa, junto con carretes de hilo que había al lado? ¿Por qué advertí aquello al pasar? ¿Es que aquello merecía la atención? ¿No sería mejor volver a la planta baja y mirar otra vez para comprobar? Seguramente Fuks también en secreto comprobaba algo, investigaba, observaba y meditaba; él también se veía totalmente hecho trizas. Fuks, sí… pero él no tenía ni la centésima parte de mis motivos…

Lena era el cuerpo y alma de toda esta estupidez.

No podía dejar de pensar en que detrás de todo se hallaba oculta Lena, que tendía hacia mí, tensa en un deseo íntimo, secreto… Casi podía verla vagar por la casa, dibujar en los techos, mover la vara, colgar el palito, conformar figuras con los objetos, deslizarse a lo largo de las paredes, clandestinamente… Lena… Lena… avanzando hacia mí… implorando tal vez mi ayuda. ¡Tonterías! Sí, tonterías, pero por otra parte ¿era posible que aquellas dos anomalías —la relación de las bocas y aquellos signos— no tuviesen nada en común? Sería absurdo. Sí, absurdo. Pero también podía ser totalmente un producto de mi imaginación, algo que me absorbía tanto como esa relación entre los labios de Lena y los de Katasia. Cenamos solamente con Bolita, pues Lena y su esposo habían ido a visitar a unos amigos, León había ido a jugar al *bridge* y Katasia, que tenía libres los domingos, había salido de la casa tan pronto como terminó el almuerzo.

La cena fue condimentada por la ininterrumpida voz de Bolita. Por lo visto la verborrea la acometía solo cuando no estaba León. Nos habló de que si los inquilinos, con los inquilinos, toda la vida, ustedes no tienen idea, había que darle de comer a uno, al otro entregarle la ropa limpia y a otro más ponerle una lavativa y todavía encender la estufa, la estufa. Yo apenas la oía…

—Unas mujeres de mala nota… una botella detrás de la cama, se estaba muriendo pero seguía con las botellas… le dije y él comenzó a hacer muecas y muecas hasta que al fin se puso la bufanda… cuántas dificultades, cuánto trabajo, y una no es de piedra… tanta maldad que mejor es no contarlo… tanta

porquería, debe haber sido una maldición de Dios… —durante la cena sus ojillos seguían nuestros movimientos, su busto se apoyaba sobre la mesa y en los codos su piel descascarada se volvía de un morado naranja, así como en el techo los desconchamientos de la bahía mayor se convertían en un pálido eczema amarillento—… Si no fuera por eso se habrían muerto… a veces cuando se quejaba en la noche… pero entonces trasladaron a León y alquilamos otra casa —se parecía al techo; tras la oreja tenía algo parecido a un grano endurecido, después comenzaba el bosque, la cabellera, al principio dos o tres pelos, después el bosque es eso, los cabellos negricanos, rizados, hirsutos, enredados, a veces ondulados, a veces unos mechones, después otra vez un lote de pelo hirsuto, una caída, de pronto la piel del cuello muy delicada, blanca, e, inmediatamente después, una grieta hecha como por una uña y un sitio rojizo, como una mancha sobre el brazo, al borde de la blusa empezaba la vejez, lo gastado, lo que se pudría bajo la blusa y que ahí, bajo esa blusa, se alargaba en busca de otros granos, de otras aventuras… Se parecía al techo…— Cuando vivíamos en Drohobycz… primero las anginas, después el reumatismo, una enfermedad del hígado…

Era como el techo, inabarcable, inagotable, inconmensurable en sus islas, archipiélagos, territorios… Después de terminada la cena esperamos a que se fuese a dormir y a eso de las diez comenzamos a actuar.

¿Y qué fue lo que provocó nuestra acción?

Forzar la puerta del cuarto de Katasia no nos produjo mayor dificultad; sabíamos que dejaba siempre la llave sobre una ventana cubierta de hiedra. La dificultad residía en que no teníamos ninguna garantía de que la persona que nos había señalado aquel cuarto —si es que alguien nos lo había señalado— no se hubiera escondido para observarnos… incluso no sabíamos si saldría de su escondite para denunciarnos y armar un escándalo.

¿Cómo saberlo? Durante un largo rato paseamos cerca de la cocina para ver si nadie nos espiaba; pero la casa, las ventanas, el jardín, yacían tranquilamente en la noche llena de nubes espesas y extendidas que paseaban por el cielo y entre las cuales se asomaba la hoz de la luna, que también parecía estar en movimiento. Los perros se correteaban entre unos arbustos. Teníamos miedo al ridículo. Fuks me enseñó una cajita que tenía en la mano.

—¿Qué traes?

—Una rana. Una rana viva. La atrapé hoy mismo.

—¿Para qué la quieres?

—Si alguien nos sorprende diremos que entramos en el cuarto de Katasia con el fin de ponerle esta rana en la cama… que solo tratábamos de hacerle una broma.

Su rostro pálido-pelirrojo-pisciforme, despreciado por Drozdowski. A decir verdad el subterfugio de la rana era una idea muy buena. Y además hay que confesar que no estaba fuera de lugar su escurridiza piel cerca de lo escurridizo de Katasia… Esto incluso me extrañó, me tranquilizó… sobre todo que la rana tampoco era muy ajena al gorrión… el gorrión y la rana… la rana y el gorrión… ¿es que tras eso también se ocultaba algo? ¿Es que eso no significaba nada? Fuks me dijo:

—Vamos a ver cómo está el gorrión. De cualquier manera tenemos que esperar.

Fuimos. Bajo los árboles, en la maleza, estaba la conocida oscuridad, y además un aroma conocido, nos acercamos a ese sitio familiar, pero la mirada inútilmente chocaba contra la negrura, más bien contra una pluralidad de negruras distintas que todo lo oscurecían. Había allí cuevas negras que se hundían junto a otros huecos; esferas, capas, todo envenenado por una existencia a medias. Todo eso se mezclaba y confundía en una especie de mixtura que frenaba y oponía resistencias. Yo tenía una linterna, pero no quería utilizarla. El gorrión debía estar frente a nosotros, a dos pasos, veíamos el sitio, pero no podíamos aislarlo con la mirada que se hallaba devorada por la oscuridad, tan reacia a la entrega. Por fin… se dibujó como el centro de una forma, como un núcleo oscuro no mayor que una perseguía colgado…

—Ahí está.

En la silenciosa oscuridad pudimos oír la rana que llevábamos… pero no porque lanzase ningún ruido, sino porque su existencia se hacía sentir, provocada por la existencia del gorrión. Estábamos con la rana… ella estaba allí, junto a nosotros, ante el gorrión, emparentada con él en un círculo gorrión-ránico, y a mí aquello me conducía al escurrimiento labial… y el terceto gorrión-rana-Katasia me atraía hacia la bóveda de su boca y esa cueva de negra maleza formó la cueva de su cavidad bucal, con el amanerado gesto de sus labios que parecían ir de huida. El deseo. La obscenidad. Estaba sin movimiento; Fuks se alejaba ya de la maleza…

—Nada nuevo —murmuró.

Y cuando volvimos a salir al camino, la noche con el cielo, con la luna, con un montón de nubes de bordes plateados, se volvió más clara. ¡Entrar en acción! Ardía en mí un loco deseo de actuar, de respirar ese aire purificador. Me hallaba dispuesto a todo.

Pero nuestra acción era bastante pobre, Dios mío. Dos conspiradores y una rana seguían la dirección marcada por una vara. Una vez más abarcamos con la mirada la escena: la casa y los débilmente trazados troncos de arbustos encalados, y la espesura de los árboles más altos al fondo y el enorme espacio del jardín. Busqué a tientas la llave sobre la ventana, entre la hiedra, y después de meterla en la cerradura levanté un poco la puerta para evitar que rechinaran los goznes. La rana en la caja perdió importancia, pasó a un plano distante. Cuando se abrió la puerta la oscuridad de ese cuarto, pequeño, bajo, lleno de amargo y bochornoso aroma que no era de lavadero, ni de pan, ni de hierba, esa oscuridad Katásica me excitó; su boca deforme había entrado en mí, absorbentemente, y debía tener cuidado para que Fuks no advirtiera la irregularidad de mi respiración.

Fuks tomó la linterna y la rana y entró y yo me quedé ante la puerta entreabierta, haciendo guardia.

La apagada luz de la lámpara, envuelta en un pañuelo, avanzaba por la cama, el armario, la mesa de noche, el cesto, el anaquel, destacando uno tras otro distintos lugares, rincones, fragmentos, ropas de cama, paños, un peine roto, un espejito, un plato con unas monedas, un jabón grisáceo, objetos y objetos que se sucedían continuamente, como en un filme, y afuera del cuarto unas nubes seguían a otras y yo junto a esa puerta me hallaba entre los dos desfiles: el de los objetos y el de las nubes. Y pese a que cada una de las cosas que había en el cuarto era de ella, de Katasia, solo en conjunto lograban dar una imagen de ella, formando un sucedáneo de su presencia, de su presencia secundaria que yo violaba a través de Fuks, sirviéndome de su linterna, aunque yo mismo estuviese aparte, en actitud de vigilante. Pero yo violaba aquello lentamente. La mancha de luz —que se desplazaba, que saltaba— se detenía a veces sobre algo, como meditabunda, para en seguida volver a buscar, a curiosear, a husmear, a moverse con torpeza buscando algo sucio. Eso era lo que buscábamos, habíamos ido decididamente a eso. ¡Algo sucio! ¡Sucio!

Y la rana seguía metida en la caja que Fuks había dejado sobre la mesa.

Pobreza de sirvienta, pobreza de un peine sucio y desdentado, de un espejillo roto, de una pequeña toalla todavía húmeda; objetos de criada comprados en la ciudad pero sin embargo campesinos, sencillos, objetos que tocábamos nosotros con el fin de llegar a cierta maldad escurridizamente retorcida que en ese sitio, en esa bóveda que era casi la de su boca, se ocultaba borrando tras sí toda huella… Casi tocábamos esa maldad, esa corrupción, esa perversión. Debía anidarse ahí mismo, estar cerca. De pronto la linterna descubrió en un rincón tras el armario una gran fotografía y de su marco surgió el rostro de Katasia… con la boca aún sin ningún defecto. ¡Qué extraño!

¡Una boca sencilla y pura, limpiamente campesina!

Sobre un rostro mucho más joven, más redondo. Katasia vestida con ropas de fiesta, con un escote dominguero, sentada en una banca, bajo una palmera tras de la cual se veía la proa de una lancha, Katasia tomada de la mano por un hombre grueso, de espeso bigote, de cuello de pajarita… Katasia sonreía amablemente…

Si nos hubiésemos despertado en la noche habríamos podido jurar que la ventana estaba a nuestro lado derecho y la puerta tras nuestras cabezas; basta una sola señal de orientación, la claridad de la ventana, el tictac del reloj, para que inmediatamente, de manera definitiva, todo se nos amueble en la cabeza tal como debe ser. ¿Pero qué más?

La realidad se nos presentaba con la velocidad del rayo; todo volvía a sus normas, como si hubiera sido llamado al orden. Katasia era una respetable señora que se había herido el labio superior en un accidente automovilístico y nosotros éramos un par de lunáticos…

Miré, confuso, a Fuks. Él, pese a todo, no interrumpía su búsqueda; su linterna había vuelto a su operación de escudriñaje, vimos unas cuentas sobre la mesa, unas medias, imágenes de santos, Cristo y la Virgen María, frente a esta un ramo de flores, pero ¿qué estábamos sacando en claro con esa búsqueda? Ya solo hacíamos aquello para no quedar en ridículo.

—Prepárate —le dije—. Vámonos de aquí.

Toda posibilidad de encontrar algo sucio se había disipado por obra y gracia de los objetos iluminados; en cambio, el mismo hecho de iluminar se había vuelto sucio; el tocar, el husmear, había tomado un carácter suicida; en aquel cuartucho nosotros éramos como dos monos lujuriosos. Con una sonrisa inconsciente Fuks respondió a mi mirada y siguió vagando por el cuarto con la linterna, era evidente que tenía la cabeza totalmente vacía: nada; nada; nada; parecía a quien se da cuenta de que ha perdido todo lo que tenía y sin embargo, pese a todo, sigue avanzando… Y su fracaso con Drozdowski se relacionaba con este fracaso, todo se había vuelto un solo único fracaso… Con sonrisa ya lujuriosa, de burdel, observaba los listones de Katasia, sus algodones, sus medias sucias, sus anaqueles, sus cortinas; desde la oscuridad yo lo miraba hacer esto… ya únicamente por venganza, para no quedar mal, vengándose a fuerza de lujuria debido a que ella había dejado de ser lujuriosa. Husmear… la mancha de luz que danza sobre el peine,

sobre un tacón… ¡pero inútilmente! ¡Sin ningún resultado! Todo eso carecía de sentido y se deshacía lentamente, como un paquete al que se le hubiera desatado el cordel, los objetos se habían vuelto indiferentes, nuestra sensualidad agonizaba. Y estaba acercándose ya el terrible instante en que no sabríamos qué hacer.

Entonces advertí algo.

Era algo que bien podía ser nada, pero también podía ser más que nada. Seguramente carecía de importancia… pero no obstante… ¡quién podía saberlo…!

Fuks había iluminado una aguja que se caracterizaba solo por estar clavada en la mesa.

Lo que no hubiese tenido la menor importancia si antes no hubiera advertido algo más extraño, o sea una plumilla clavada en una cáscara de limón. Por eso, cuando Fuks comenzó a tocar la aguja que estaba ahí clavada, lo tomé de la mano y guie la linterna hacia donde estaba la plumilla para devolver a nuestra presencia en ese sitio la apariencia de que buscábamos algo.

Pero entonces la linterna empezó a moverse con rapidez y un momento después dio con otra cosa, o sea con una lima de uñas que había sobre la cómoda. Esa lima estaba clavada en una cajita de cartón. Yo antes no había advertido la lima; pero ahora la linterna me la mostraba; como diciendo: «¿qué piensas de esto?».

Lima… plumilla… aguja… la linterna era ya como un sabueso que hubiese olfateado la pista, saltaba de un objeto a otro y así descubrimos otras dos cosas más clavadas: dos alfileres en un pedazo de cartón. No era mucho, pero en nuestra miseria aquellos hallazgos daban un nuevo sentido a nuestras acciones; la linterna trabajaba saltando de un sitio a otro, buscando… y he ahí algo más… un clavo incrustado en la pared, pero curiosamente solo a unos cuantos centímetros del suelo. Pero en realidad la extrañeza de aquel clavo no era suficiente; era en cierta forma un abuso de nuestra parte haberlo iluminado así… Y nada más… nada… seguíamos buscando, pero la búsqueda se había agotado, en la bochornosa bóveda de aquel cuarto se efectuaba una descomposición… finalmente la linterna se detuvo… ¿Qué más…? Habíamos terminado…

Fuks abrió la puerta y nos apresuramos a salir. Un instante antes de abandonar el cuarto iluminó por un momento una vez más la boca de Katasia. Me apoyé en la ventana y sentí en la mano un martillo y dije en voz baja: «martillo», seguramente porque el martillo se relacionaba con el clavo incrustado en la pared. Nada importante. Vámonos.

Cerramos la puerta, dejamos la llave en su lugar; arriba en el cielo había mucho viento, soplaba bajo la cúpula de las nubes que pasaban ligeramente. Y Fuks inútil, despreciado, desagradable, ¿para qué estar con él?, yo mismo tenía la culpa, no importaba, la casa se erguía frente a nosotros, al otro lado del camino los abetos también se erguían, los arbustos del jardín se erguían; parecía un baile cuando la orquesta deja de tocar y las parejas se quedan de pie; era algo estúpido.

¿Pero qué hacer? ¿Regresar a dormir? Me sentía en un estado de total destrucción y debilidad. Incluso había dejado de tener sentimientos.

Fuks se volvió hacia mí para decirme algo, pero de pronto la tranquilidad se hizo añicos debido a unos golpes intensos y sonoros.

Me quedé inmóvil. Los golpes venían de atrás de la casa, del lado que daba al camino; de allá venían esos rabiosos golpes dados por alguien. ¡Eran como golpes de martillo!

Furiosos martillazos, pesados, metálicos, uno tras otro, bum, bum, bum, enérgicamente, con todas las fuerzas. Aquel ruido metálico en la noche silenciosa era tan sorprendente que casi parecía de otro mundo… ¿Se dirigía contra nosotros? Nos pegamos a la pared como si aquellos martillazos, reñidos con el ambiente, estuvieran forzosamente dirigidos contra nosotros.

Los golpes no cesaban. Me asomé y tomé a Fuks de una manga. Era doña Mariquita.

¡Doña Bolita! Metida en una bata de casa de amplias mangas. Entre esas mangas agitadas por el viento, resollante, golpeante, elevando un martillo, o un hacha, con la cabeza enloquecida, golpeaba el tronco de un árbol. ¿Clavaba algo? ¿Qué cosa clavaba?

¿Pero por qué esa actitud desesperada, furiosa al clavar… que… que… que nosotros habíamos dejado en el cuarto de Katasia…? ¡Ahora se enloquecía gigantescamente y el ruido del metal surgía victoriosamente!

El martillo que había tocado con el codo cuando salíamos del cuartucho se volvía ahora enorme; los alfileres, agujas, plumillas y clavos alcanzaban su punto máximo de existencia por aquella furia repentina. Al pensar en ello quise alejar de mí aquella estúpida idea, ¡fuera!, pero en ese mismo instante otros golpes, golpes estruendosos, salieron… del interior de la casa… Del piso superior; eran golpes más rápidos, más tupidos, que acompañaban a aquellos martillazos como si fueran su eco, corroborando el acto de clavar, haciéndome saltar el cerebro; la noche estaba colmada de pánico, de locura, se había vuelto como un sismo. ¿Provenían los golpes del cuarto de Lena? Dejé a Fuks y entré corriendo en la casa, subí las escaleras a

saltos… ¿Sería Lena?

Pero cuando subí las escaleras todo repentinamente se sumió en el silencio. Al llegar al piso superior me detuve sofocado, pues el ruido que me hacía correr había cesado.

Silencio. Tuve incluso la idea, absolutamente tranquilo, de calmarme y dirigirme a nuestra habitación. Pero la puerta del cuarto de Lena, la tercera en el corredor, estaba frente a mí y en mi interior oía aún los golpes, el claveteo, el estruendo, el martillo, el otro martillo más pequeño, las agujas, los clavos, clavar, clavar, abrirme paso hacia Lena, llegar a ella… y como resultado me lancé contra su puerta y con los puños cerrados empecé a golpear y a golpear. Con todas mis fuerzas.

Silencio.

Se me ocurrió que si me abrían la puerta debía yo gritar «¡ladrones!», para justificarme de algún modo. Pero no ocurrió nada. Volvió la calma; no se oía nada, nada, nada, me alejé sin hacer ruido y rápidamente descendí la escalera. Pero abajo también reinaba la calma. El vacío. No había nadie. Ni Fuks ni Bolita. Era fácil de explicar el que no hubiesen abierto la puerta en el cuarto de Lena, simplemente no estaban allí, aún no habían vuelto a la casa, los golpes no habían salido de aquella habitación. ¿Pero dónde estaba Fuks? ¿Y Bolita?

Pegado a la pared para que nadie me pudiera ver desde las ventanas, di la vuelta a la casa. La furia había desaparecido sin dejar huella; los árboles, la vereda, la grava bajo la luna que se desplazaba en el cielo… y nada más. Eso era todo. ¿Dónde estaría Fuks?

Sentía que las lágrimas me afluían a los ojos; faltaba poco para que me sentara y me pusiera a llorar.

Mas en ese instante vi que en el piso superior había una ventana iluminada, la del cuarto de ellos, de Lena y de Ludwik.

¡Cáspita! ¿Así que estaban allí y que habían oído mis golpes? ¿Por qué entonces no habían abierto? ¿Qué hacer? Nuevamente me encontraba sin saber qué hacer; nada; no sabía qué actitud tomar. ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Regresar a nuestra habitación, desvestirme y acostarme a dormir? ¿Esconderme en algún sitio? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Llorar? Su ventana tenía las cortinas descorridas, se veía la luz… y… y… precisamente frente al cuarto, al otro lado de la cerca, había un abeto de grandes ramas y fronda muy espesa…

Si me trepara a él podría ver algo… Esta idea era bastante salvaje, pero su salvajismo se ligaba al salvajismo de lo que acababa de ocurrir… Por otra parte, ¿qué más hubiera yo podido hacer?

El estruendo, el caos de lo que había pasado, me facilitaba la realización de esa idea que tenía ante mí igual que ese árbol y que era lo único que poseía. Salí a la carretera, trepé por el tronco del abeto, empecé a ascender trabajosamente por aquel ser áspero e hiriente. ¡Abrirme paso hacia Lena…! Llegar a Lena… los ecos de aquellos golpes resonaban en mí y otra vez volvía a desear abrirme paso… Y todo aquello, el cuarto de Katasia, la fotografía, los alfileres, los golpes de Bolita, todo cedió ante ese único y primordial deseo de abrirme paso hacia Lena. Subí cuidadosamente, de una rama a otra, cada vez más arriba.

No era fácil, eso tomaba mucho tiempo y la curiosidad se volvía febril: verla, verla… junto a él… ¿qué es lo que vería…? Después de esos golpes, de ese martilleo, ¿qué cosa vería? Volvió a vibrar en mí el reciente temblor con que había estado ante su puerta, pero más intensamente, ¿qué iría yo a ver? Podía ya ver el cielo raso y la parte superior de una pared; podía ver también la lámpara.

Y por fin vi.

Quedé aniquilado.

Él le enseñaba una tetera.

Una tetera.

Ella estaba sentada en una silla, junto a la mesa, con una toalla de baño sobre los hombros a guisa de chal. Él estaba de pie, en camiseta, y le mostraba una tetera que tenía en la mano. Ella miró la tetera. Dijo algo. Él respondió.

Una tetera.

Estaba preparado para todo. Para todo menos para ver una tetera. Hay una gota que hace derramar el vaso, algo que resulta ya «demasiado». Existe algo así como un exceso de realidad, una abundancia que ya no se puede soportar. Después de tantos objetos que no soy capaz de enumerar: agujas, ranas, gorrión, palito, vara, puntilla, cáscara, cartón, etcétera, etcétera, chimenea, corcho, ranura, canalón, mano, pelotitas de miga, etcétera, etcétera, terrones, red, alambre, cama, piedrecillas, mondadientes, pollo, eczemas, bahías, islas, agujas, y así por el estilo, sin parar, hasta el aburrimiento, hasta el hastío, y ahora esa tetera, sin venir a cuenta, sin que tuviera nada que hacer, como algo extra, gratuito, como un lujo del desorden, como un donativo, un presente del caos. Basta. Se me cerró la garganta. No podía tragar eso. No podía. Basta ya. Volver. A la casa.

Se quitó la toalla de encima. Estaba sin blusa. Me impresionó la desnudez de sus pechos y brazos. Con esa desnudez de la parte superior empezó a quitarse las medias, su esposo volvió a decir algo y ella le respondió, se quitó la otra media, él apoyó un pie en la silla y se desató el zapato. Pospuse mi retirada; pensé que ahora sabría cómo era, cómo era cuando estaba a solas con él, desnuda, ¿era degenerada, perversa, sucia, untuosa, sensual, casta, tierna, pura, fiel, fresca, graciosa o coqueta? ¿Quizá era sencillamente fácil? ¿O profunda? ¿O acaso terca, desencantada, hastiada, indiferente, cálida, astuta, mala, angelical, tímida, desvergonzada, rapaz? ¡Por fin iba a saberlo! Ya mostraba los muslos; un momento más solamente e iba a saberlo; por fin me enteraría, por fin vería yo algo…

La tetera.

Ludwik tomó la tetera, la puso sobre un anaquel y se dirigió hacia la puerta.

Apagó la luz.

Agucé la mirada, pero no vi nada; con ojos ciegos, clavados en la oscuridad de esa cueva, intentaba ver algo. ¿Qué estarían haciendo? ¿Qué hacían? ¿Y cómo lo hacían?

Ahora todo era posible allá. No había gesto o caricia imposible, la oscuridad era realmente indescifrable; se revolcaba, o no se revolcaba, o se avergonzaba, o amaba, o nada de nada, o cualquier otra cosa, actos de infamia, de horror, nunca sabré nada.

Empecé a bajar del árbol y al descender pensé largamente que si Lena fuera una niña de ojos muy azules podría ser igualmente un monstruo, solo que un monstruo infantil de ojos muy azules. Por lo tanto, ¿qué es lo que se nos permite saber?

Nunca sabré nada sobre ella.

Salté a tierra, me sacudí la ropa y me dirigí lentamente hacia la casa. En el cielo continuaban las carreras, rebaños enteros corrían enfurecidos; la blancura de sus iluminadas orillas, la negrura de sus núcleos, todo corría bajo la luna, que también corría, salía, se sumergía, oscurecía, se apagaba y volvía a salir del todo inmaculada; los cielos estaban preñados de dos movimientos contrarios, encarrerados, silenciosos. Y yo al caminar pensaba si no sería mejor mandar todo al diablo, arrojar ese lastre, decir «no juego», porque a fin de cuentas el labio de Katasia era un defecto puramente accidental, como lo demostraba la fotografía. ¿Qué sentido podía entonces tener todo aquello?

Y para colmo de males estaba la tetera…

¿Qué objeto tenía esa relación de bocas, de la boca de Lena y la boca de Katasia? No volvería a inmiscuirme en esa relación. Abandonaría todo.

Me hallaba cerca del porche. En la balaustrada estaba echado Dawidek, el gato de Lena.

Al verme se levantó y arqueó el lomo para que yo lo acariciara. Lo agarré por el cuello y empecé a ahorcarlo con todas las fuerzas de que era capaz; como un relámpago me pasó por la mente el sentido de lo que hacía, pero era ya demasiado tarde, ya no había remedio. Apreté las manos con todas mis fuerzas. Lo ahorqué, quedó muerto.

¿Pero qué hacer, qué otra cosa podía hacer? Me hallaba en el porche con un gato ahorcado. Había que hacer algo con ese gato, ponerle en algún sitio, ocultarlo. No tenía la menor idea sobre dónde sería posible esconderlo. ¿Sería mejor enterrarlo? ¡Pero quién sería capaz de ponerse a cavar a esas horas de la noche! Podía tirarlo a la carretera para que pensaran que un carro lo había atropellado. ¿O tal vez sería mejor echarlo entre la maleza, allí donde estaba el gorrión? Pensaba intensamente, el gato era un peso para mí, no podía decidirme, había un gran silencio; en ese momento vi una cuerda bastante resistente con la que estaba atado un arbusto —uno de aquellos arbustos blanqueados por la cal— al palo que le servía de apoyo; desaté la cuerda, hice un nudo corredizo y miré a mi derredor para asegurarme de que nadie me veía (la casa dormía, nadie hubiera creído que no hacía mucho había existido tal estruendo); recordé que en el muro había un gancho que servía no sé para qué, quizá para colgar ropa; llevé al gato a ese sitio y no muy lejos, a unos veinte metros del porche, lo colgué del gancho. Estaba colgado como el gorrión, como el palito. Formaba con ellos un trío. ¿Qué más? Estaba muerto de cansancio, pero temía volver a la habitación, pues Fuks podía estar despierto todavía y seguramente me haría algunas preguntas… Pero en cuanto abrí la puerta, sin hacer ruido, vi que dormía profundamente. Yo también caí dormido.

QUINTO

Katasia estaba inclinada sobre mí y decía que era una canallada, que habían ahorcado a Dawidek, habían ahorcado a Dawidek de un gancho en el jardín, quién podía haberlo ahorcado, Dios mío, qué gran maldad, ahorcar al gato de Lena. Esto me despertó violentamente. El gato estaba ahorcado. Yo lo había ahorcado. Con inseguridad dirigí la mirada a la cama de Fuks; no había nadie en ella; por lo visto él estaba ya junto al gato; esto me permitía quedarme un rato a solas para darme bien a bien cuenta de lo que sucedía…

Este acontecimiento me sorprendió como si no hubiese sido yo quien hubiera ahorcado al gato. Salir directamente del sueño para encontrarse con algo tan increíble. ¿Por qué diablos lo había ahorcado? Recordé entonces que en el momento en que lo ahorcaba había experimentado la sensación de estar abriéndome paso hacia Lena, la misma que había sentido antes, al golpear en su puerta. Sí, me había estado abriendo paso hacia ella ahorcando a su gato consentido. ¡Con la furia de no poder hacerlo de otra manera! ¿Pero para qué lo había colgado del gancho? ¡Qué ligereza! ¡Qué torpeza! Y lo que era más, al analizar aquella torpeza, a medio vestir, con una sonrisa de indecisión en mitad de la cara rígida que contemplaba yo en el espejo, experimenté tanta satisfacción como confusión, como si todo hubiera sido solo una broma. E incluso llegué a murmurar con placer y alegría «está colgado». ¿Qué hacer? ¿Cómo evitar sospechas? Seguramente en la planta baja ellos discutían ya todas las posibilidades. ¿Me habría visto alguien?

Ahorqué al gato.

Este hecho me trastornaba. El gato estaba ahorcado y colgaba de un gancho y a mí no me quedaba más remedio que bajar y fingir que no estaba enterado de nada. ¿Pero por qué lo había ahorcado? Influían tantas cosas, se sumaban tantos problemas, Lena, Katasia, las señales, los golpes, etcétera, o aunque fuera la rana, o el cenicero, etcétera, me perdía en el desorden e incluso pensaba que tal vez era por culpa de la tetera, tal vez lo había matado debido a aquel exceso, como algo superfluo, adicional, o sea que aquel ahorcamiento no era tan gratuito como la tetera. No, no era cierto. La tetera no podía ser culpable de que yo hubiese ahorcado al gato. ¿Entonces por qué lo había hecho? ¿Con qué se relacionaba aquel gato? No tenía tiempo para averiguarlo, había que bajar y hacerle frente a la situación que ya sin este hecho era extraordinaria, tan llena como estaba de las distintas locuras que habían ocurrido la noche anterior…

Bajé la escalera. En la casa no había nadie, me imaginé que estarían en el jardín. Pero antes de hacer mi aparición por la puerta del porche, miré a través de la ventana haciendo a un lado la cortina. El muro. En el muro había un gato muerto. Pendiente de un gancho. Frente al muro había varias personas, entre ellas Lena; desde lejos estas personas se veían más pequeñas y parecían un símbolo. Mi aparición en el porche no fue fácil, fue algo así como un salto hacia lo desconocido… ¿Y si alguien me hubiera visto? ¿Qué pasaría si un momento después tuviese que balbucir, inconsciente por la vergüenza? Caminaba lentamente por la vereda cubierta de grava; el cielo parecía una salsa; el sol estaba como diluido en un líquido blancuzco; otra vez hacía mucho calor, ¡qué verano! Me acercaba y el gato se veía cada vez más claramente; la lengua le salía a un lado del hociquito, los ojos se le saltaban de las órbitas… estaba colgado. Pensé que sería mejor si eso no fuera un gato, los gatos son horribles ya de por sí, en ellos la suavidad, lo mullido, se encuentra enclavado en furiosos maullidos, en arañazos, en chillidos horribles, sí chillidos, los gatos sirven para las caricias, pero también para las torturas, son gatitos, pero también son gatazos… Avanzaba lentamente para ganar tiempo, pues a la luz del día me sorprendía mi acto nocturno, que en la noche era poco visible y se

hallaba además incrustado en medio de otras rarezas. Por otra parte parecía que la lentitud se había apoderado de todos; ellos también apenas si se movían; Fuks inclinado escudriñaba el muro y la tierra que había frente a él, cosa que me hizo mucha gracia. Pero me sorprendió la belleza de Lena, repentina, increíble, y pensé asustado: «Oh, cómo se ha vuelto bella después de lo que pasó anoche».

Con las manos en los bolsillos, León me preguntó:

—¿Qué piensa usted de esto?

Un mechón de cabellos envaselinados se levantaba sobre su calvicie, como el piloto de un barco.

Respiré al fin. No sabían que había sido yo. Nadie, pues, me había visto.

Me dirigí a Lena:

—Debe haber sido un golpe para usted.

La miré. Llevaba una blusa ligera color café, una falda azul marino; arrebujada en sí misma, con los labios tersos, los brazos a lo largo del cuerpo, como si fuera un recluta… y sus manos, sus pies, su naricilla, sus orejas, se veían pequeñas, delicadas. Esto al principio me irritó. Yo acababa de matar a su gato, lo había hecho de la manera más brutal, más vulgar, y no obstante sus piececitos seguían siendo delicados.

Pero mi rabia se transformó en placer, pues ella —traten, por favor, de comprenderme— era demasiado delicada frente al gato y por esa razón se avergonzaba, sí, yo estaba seguro, se avergonzaba del gato. ¡Ah! Era demasiado delicada, un poco más pequeña de lo que debía ser; servía para el amor, pero para nada más, y por eso se avergonzaba del gato… porque sabía que todo lo que a ella se refiriera, fuese lo que fuese, tenía que tener un sentido amoroso… y aunque no sabía quién se ocultaba tras esto se avergonzaba del gato porque era suyo y porque se refería a ella…

Pero su gato era también mi gato, yo lo había ahorcado… Nos pertenecía a los dos.

¿Debía complacerme o vomitar?

Lena preguntó:

—¿No sabe usted nada? Es decir, ¿quién fue? ¿Cómo? ¿Por azar no vio usted nada?

No, no había visto nada, el día anterior había paseado hasta muy tarde, volví a la casa bastante después de la medianoche, entré directamente por el porche, no tenía la menor idea si ya entonces estaba colgado el gato… a medida que decía estas mentiras me sentía satisfecho de estar mintiendo, de no estar ya con ellos sino en su contra, del otro lado.

Como si el gato me hubiese llevado del anverso al reverso de la medalla, hacia el círculo donde se producían los misterios, hacia el mundo de los jeroglíficos. No, ya no estaba con ellos. Me daban ganas de reír viendo a Fuks que buscaba diligentemente alguna huella junto al muro mientras oía mis mentiras.

Yo sabía cuál era el misterio del gato. Yo era el verdugo.

—Ahorcarlo. Ahorcar a un pobre gato —gritó con furia Bolita y se detuvo como si algo le hubiera pasado.

Katasia salió de la cocina y se dirigió hacia nosotros, atravesando el jardín. Su «amanerada» boca se acercaba hacia el hocico del gato; sentí que ella al avanzar adivinaba que tenía algo cercano a ese hocico y esto me provocó una repentina satisfacción, como si gracias a esto mi gato hubiera puesto las patas más firmemente de aquel lado. Sus labios se acercaban al gato; se disiparon todas mis dudas respecto a su inocente fotografía; se acercaba con su mueca resbaladiza, alargada y perversa, con una extraña semejanza en la perversión… y una especie de helado temblor nocturno me recorrió la columna vertebral. Pero al mismo tiempo no separaba mi mirada de Lena. Y qué sorpresa, qué choque misterioso, quizá incluso lleno de entusiasmo, qué conmoción al descubrir que la vergüenza de Lena crecía al ver cómo aquella perversión labial se acercaba al gato. La vergüenza tiene una extraña naturaleza que gusta de llevar la contraria, de estar en la oposición, defendiéndose así ante algo que lleva ese algo a su esfera más íntima y personal… De esa manera Lena, al avergonzarse del gato y de la boca junto al gato, incorporaba esto al secreto de su intimidad. Gracias a su vergüenza el gato se unió a la boca como un piñón que se ajustase a otro. Pero a mi silencioso grito triunfal se mezcló un lamento: ¿cómo era posible que esa belleza joven e ingenua pudiera absorber tanta ignominia… y confirmar con su vergüenza las cosas que yo pensaba? Katasia tenía en las manos una caja… la caja de la rana… Por lo visto Fuks la había olvidado al salir.

—Encontré esto en mi cuarto, en el parapeto de la ventana.

—¿Qué hay en esa caja? —preguntó León.

Katasia descorrió un poco la tapa.

—Una rana.

León agitó los brazos, pero Fuks intervino entonces con una energía insospechada.

—Perdón —dijo, quitándole la caja a Katasia—. Dejemos esto para más tarde. Esto va a aclararse. Por lo pronto me gustaría que fuésemos todos al comedor. Quisiera decirles algo. Dejemos al gato donde está; yo

después volveré para examinarle con más calma.

¿Acaso aquel asno quería hacerse el detective?

Nos dirigimos lentamente hacia la casa. Yo, doña Bolita —que guardaba silencio, molesta, ofendida—, León destrozado, con un mechón de pelos parados. Ludwik no estaba, trabajaba en su oficina hasta la tarde. Katasia volvió a la cocina.

—Señoras y señores —dijo Fuks ya en el comedor—, debemos ser sinceros. Hay que confesar que aquí pasa algo raro.

Drozdowski. Todo con el fin de olvidarse de Drozdowski. Pero era evidente que estaba decidido a seguir su papel y que ya no retrocedería.

—Algo sucede. Witold y yo nos dimos cuenta desde el momento en que llegamos, pero no queríamos decir nada porque no estábamos seguros, eran solo impresiones… Pero ahora todos estamos obligados a ser sinceros.

—Precisamente —empezó a decir León.

—Permítame usted —le interrumpió Fuks, y les recordó cómo el primer día, al dirigirnos a esta casa, habíamos encontrado un gorrión ahorcado… fenómeno que indudablemente daba en qué pensar. Dijo también cómo más tarde habíamos descubierto algo así como una flecha en el cielo raso de nuestra habitación—. Flecha o no flecha, podía ser una ilusión; sobre todo que la noche anterior también habíamos visto una flecha, aquí en el techo como ustedes recordarán… flecha o rastrillo… el hecho era que no se podía excluir la autosugestión. Pero nosotros, por pura curiosidad, adviértanlo bien, únicamente en son de juego, decidimos investigar.

Describió nuestro descubrimiento, la posición del palito, el hueco en el muro, y cerró los ojos…

—Hmmm… pongámonos de acuerdo… un gorrión ahorcado… un palito colgado… parece que hay algo en todo esto… Si por lo menos no hubiera estado en el sitio señalado precisamente por la flecha.

De pronto me alegré al pensar en el gato, que pendía como el palito, como el gorrión.

Me alegró esa armonía. León se incorporó, quería ir a ver el palito, pero Fuks lo contuvo.

—Espere un momento. Antes quiero contarles todo.

Pero el relato se hilaba entre grandes dificultades, complicado por una red de diversas suposiciones y analogías; me di cuenta de que Fuks perdía terreno, incluso en determinado momento se rio de sí mismo y de mí, se volvió a poner serio, con el cansancio de un peregrino empezó a hablar de aquella vara, que, según dijo, señalaba…

—Señoras y señores, ¿qué perdíamos con comprobar? Si habíamos seguido la flecha podíamos también seguir la indicación de aquella vara. Solamente por eso… por comprobar. Por lo que pudiera ocurrir. No porque desconfiáramos de Katasia, sino solamente con el fin de comprobar. Y para protegernos llevamos una rana metida en una cajita, para que en el caso de que alguien nos sorprendiera poder decir que habíamos querido jugar una broma. Pero al salir me olvidé de ella y por eso la encontró Katasia.

—¡Una rana! —exclamó Bolita.

Fuks les habló del cateo, les dijo que durante largo rato habíamos investigado e investigado sin el menor resultado, sin descubrir nada, nada, pero imagínense ustedes que al fin descubrimos un pequeño detalle, mínimo, eso es cierto, totalmente carente de importancia si ustedes quieren, pero que se repetía más de lo normal, ustedes mismos saben que cuando algo se repite más de lo usual… Pero juzguen por sí mismos, yo simplemente enumeraré lo que encontramos…

Y empezó a recitar, débilmente, sin convicción: Una aguja clavada en la mesa.

Una puntilla clavada en la cáscara de un limón.

Una lima de uñas clavada en una cajita.

Un alfiler clavado en un cartón.

Un segundo alfiler clavado en un cartón.

Un clavo clavado en la pared, cerca del piso.

¡Oh, cómo lo fatigó aquella letanía! Cansado, hastiado, tomó un poco de aire, se frotó los ojos saltones y se detuvo, como un peregrino que de golpe pierde la fe; León cruzó las piernas y aquel gesto cobró inmediatamente un aire de impaciencia. Fuks se sobresaltó. En general era muy inseguro. Drozdowski lo había vuelto así. Volví a sentirme furioso por figurar a su lado, yo, que, además, tenía problemas en Varsovia con mi familia, problemas revulsivos, desagradables; ni modo, mala suerte…

—¡Agujas, cáscaras…! —farfulló León. No terminó la frase, pero eso bastaba: ¡agujas, cáscaras, estupideces, basura solamente! Y nosotros en medio de todo ello como dos pordioseros.

—Espere un momento —gritó Fuks—. Lo divertido está en que cuando salimos de allí la señora —señaló a Bolita— también clavaba algo. ¡Con un martillo! En el tronco que está dentro del zaguán. Con todas sus

fuerzas.

Miró hacia un lado y se arregló la corbata.

—¿Yo clavaba?

—Sí, usted.

—Bueno, ¿y qué hay con ello?

—¿Cómo? Recuerde, todas aquellas cosas clavadas y usted que también clavaba algo.

—Yo no clavaba nada, solamente golpeaba.

Doña María extraía cada palabra de sus reservas de paciencia sufrida e infinita.

—Lena, hijita, explícale, por qué golpeaba ese tronco.

Su voz era impersonal, pétrea, y en su mirada se veía escrito un lema: «Resistiré».

Lena se hundió en sí misma —pero aquel constituyó más una apariencia de movimiento que un verdadero movimiento— como un caracol o como ciertas plantas, como todo lo que retrocede o se encierra ante el roce de unas manos.

Tragó saliva.

—Di la verdad, Lena.

—Bueno, a veces mamá… bueno, cuando le viene una crisis. Cuestión solo de nervios. Le sucede cada cierto tiempo. Entonces toma lo que sea… para desahogarse. Y golpea. O rompe objetos de cristal.

Mentía. No, no mentía. Era verdad y mentira al mismo tiempo. Verdad porque correspondía a la realidad. Y mentira porque sus palabras (cosas que yo sabía) no eran importantes por la verdad que contenían, sino por salir de ella, de Lena, como sus miradas o su olor. Hablaba a medias, sus palabras estaban comprometidas por su encanto, pero eran asustadizas y parecían colgar del aire… ¿Pero quién si no su madre hubiera advertido su embarazo? Doña Bolita se apresuró a traducir sus palabras a un lenguaje más directo, de mujer experimentada.

—Yo, señores, día tras día. Año tras año. Desde que amanece hasta que anochece. Solo trabajar. Ustedes saben que soy una persona tranquila y bien educada. Pero a veces me falla la tranquilidad, y… entonces agarro lo que sea.

Meditó un momento y añadió con seriedad:

—Agarro lo que sea…

No resistió más y explotó airada:

—¡Lo que sea!

—¡Querida! —intervino León.

Y ella gritó:

—¡Lo-que-sea!

—¡Lo que sea! —dijo León.

Pero ella contestó a gritos:

—No lo que sea, sino lo que sea —y después guardó silencio.

Yo también callaba.

—Entiendo —dijo Fuks, que se proponía ser amable—. Es algo totalmente natural…

Con tanto trabajo y tantos problemas… Cuestión de nervios… Sí, sí… Es comprensible…, pero inmediatamente después sonaron otros golpes. Eran unos golpes que parecían provenir de la casa, del piso superior.

—Era yo —dijo Lena.

—Era ella —informó doña María, cuya paciencia no tenía límites—. Cuando me sucede esto o bien corre hacia mí para sujetarme, o bien ella misma se pone a hacer ruido. Para hacerme entrar en razón.

Todo se aclaró. Lena añadió aún algunos detalles. Dijo que precisamente ella y Ludwik acababan de volver a la casa y que al oír los golpes de la madre tomó un zapato del marido (Ludwik estaba en el baño) y golpeó con él en la mesa y luego en una maleta…

Todo se aclaró, los enigmas de la noche anterior naufragaron en las aguas de la explicación. Esto no me sorprendió. Lo esperaba. Pero no obstante era trágico; todo lo que habíamos vivido se nos escapaba de las manos y como un montón de basura yacía a nuestros pies; las agujas, los clavos, los martillos, los ruidos… Miré hacia la mesa y vi una jarra de agua sobre un platito, un cepillo de mesa en forma de media luna, los anteojos de León (que utilizaba solo para leer) y otras cosas, imprecisas, como si hubiesen exhalado el último suspiro. Indiferentes.

A la indiferencia de los objetos se sumaba la indiferencia de las personas, ya bastante molesta y casi severa, como si señalase que estábamos perdiendo el tiempo. Pero entonces me acordé del gato y esto me alegró; allá, sobre el muro, había a pesar de todo algo amenazador; el gato seguía muerto. Y pensé que si

dos series de golpes yacían ya derrotadas yo tenía en reserva otra serie que era mucho más difícil de explicar y que incluso se componía de golpes mal intencionados, golpes que de verdad eran problemáticos… ¿Cómo explicaría ella mis toques a su puerta?

Le pregunté a Lena:

—Allá arriba hubo dos series de golpes, ¿no es así…? Una después de otra. Estoy seguro de ello porque me hallaba cerca de la puerta —mentí— cuando empezó la segunda serie. Ya esos segundos golpes eran muy diferentes.

¡Abrirme paso! ¡Abrirme paso hacia ella! Como junto a su puerta durante la noche.

¿Pero no estaba yo arriesgándome demasiado? ¿Qué me respondería? Era como si volviera a estar frente a su puerta tratando de abrirme paso… ¿Adivinaba ella quién era el autor de los golpes? ¿Por qué hasta entonces no había dicho nada al respecto?

—¿Otra serie de golpes…? Ah, sí, un momento después volví a golpear… con el puño en la ventana… Estaba muy nerviosa y no sabía si mamá se había tranquilizado.

Mentía.

¿Por vergüenza? ¿Sabría que había sido yo…? Era posible, pero Ludwik… Ludwik estaba con ella, había oído mis golpes, ¿por qué no había abierto la puerta?

Le pregunté:

—¿Y su esposo? ¿Estaba con usted?

—Ludwik estaba en el baño.

Así que Ludwik estaba en el baño y ella se hallaba sola en su habitación. Yo había empezado a tocar y ella no había querido abrirme. Quizá suponía que fuese yo, quizá no. De cualquier manera sabía que fuera quien fuese la persona que quería entrar lo hacía por ella. Y por eso, asustada, no había abierto. Y ahora mentía y decía que había sido ella quien había golpeado. ¡Qué felicidad! ¡Qué gran triunfo! Mi mentira llegó hasta su mentira y ambos nos unimos en la mentira y gracias a mi mentira yo me encontraba en su mentira.

León volvió a preguntar:

—¿Quién ahorcó al gato?

Advirtió cortésmente que no había que ocuparse más de los golpes, que eso ya había sido aclarado y que por otra parte él no podía añadir nada sobre este tema, el *bridge* había terminado a las tres de la mañana… pero ¿quién y por qué había ahorcado al gato?

Hizo esta pregunta con una insistencia que no estaba dirigida a nadie y que por lo tanto se quedó en el aire.

—¿Quién lo colgó? Insisto en saber quién.

Su cara, coronada por la calvicie, estaba colmada de un ciego empecinamiento.

—¿Quién ahorcó al gato? —preguntaba de buena fe y con todo el derecho de su parte.

Insistía y eso comenzaba a intranquilizarme.

De pronto doña María dijo sencillamente, sin inmutarse:

—¡León…!

¿Y si hubiera sido ella? ¿Y si ella hubiera asesinado al gato? Yo sabía perfectamente quién lo había matado, yo había sido, pero al decir «León» había atraído hacia sí todas las miradas y la insistencia de León que parecía haber encontrado por fin una dirección se lanzó sobre ella. Pese a todo, a mí me parecía que ella podía haberlo ahorcado; si enfurecida había dado aquellos martillazos podía con esa misma furia haber matado al gato… Aquello era totalmente factible, sobre todo si se tomaban en cuenta sus cortas extremidades, sus gruesas muñecas, su pequeño torso, amplio y abundante en bondades maternales… Sí, ella podía haber sido. Todo junto, su torso, sus extremidades, etcétera, podía haber ahorcado al gato.

—Tiru-liru-lá.

Tarareó León.

… Y en su cancioncilla, que terminó inmediatamente, resonó una oculta alegría… algo malvado… una gran maldad…

¿Se alegraba de que Ba-be-bi-bolita no hubiese resistido su pregunta y de que su insistencia la hubiera derrotado? ¿Se alegraba de haber atraído hacía sí todas las miradas…? Por lo tanto, sí, quizá él y nadie más, claro, por supuesto, él podía haber sido, ¿por qué no…? ¿Qué significaban las bolitas de miga, los juegos con ellas, el empujarlas con un mondadientes, sus tarareos, el raspar las cáscaras de las manzanas con la uña, el «meditar» y tramar…? ¿Por qué entonces no habría podido matar al gato?

Yo lo había ahorcado. Sí, yo lo había matado. Yo lo había matado y colgado, pero él también podía haberlo hecho… Podía haberlo ahorcado y podía alegrarse malignamente de que se sospechara de su

esposa. Y si no había matado al gato (puesto que yo lo había matado) de todos modos podía haber colgado el gorrión… y el palito.

Pero, ¡por Dios!, el gorrión y el palito no habían perdido su calidad de enigmas por el hecho de que yo hubiera matado al gato. Al contrario, seguían colgados, allá, lejos, como dos núcleos en la oscuridad.

¡Oscuridad! Yo la necesitaba. Me era necesario como prolongación de la noche en que había tratado de abrirme paso hacia Lena. Y León se relacionó con la oscuridad, presentando la posibilidad de un lujurioso sibaritismo, de un placer enmascarado y hermético que cabalgaba en las Praderas Salvajes de ese respetable hogar; algo que hubiese sido menos inverosímil si temiendo delatarse no hubiera interrumpido su cancioncilla… Su Tiru-liru-lá había tenido un tono de silbido pícaro y alegre ante la autodelación de Bolita… ¿También Fuks había pensado que ese respetable padre y esposo, ese anciano jubilado que pasaba los días enteros en casa y que solo salía para jugar al *bridge*, podía tener en su casa, bajo la mirada de su esposa, sus propios juegos privados…? Si jugaba con bolitas de miga ¿por qué no podía insinuar flechas en el techo o tener otro tipo de diversiones clandestinas?

¡Pensador…! Era un pensador… pensaba y pensaba… y era capaz de tener grandes ideas…

Hubo un gran ruido, un estrépito, un estruendo, un camión muy grande, la carretera, pasó el camión, las matas, ya no se oye, los vidrios ya no resuenan, apartamos la mirada de la ventana, esto provocó que se despertara todo lo «demás», todo lo que estaba más allá, fuera de nuestro círculo, yo por ejemplo escuché los ladridos de unos perros en el patio vecino, percibí una jarra de agua sobre una mesilla, nada de importancia, nada, nada, pero la entrada, la entrada de lo exterior, del mundo entero, nos provocó un desarreglo y empezamos a decir bastante desordenadamente que un extraño no hubiera podido pues los perros lo hubiesen atacado, el año anterior había habido muchos ladrones, también se dijeron otras cosas, etcétera, etcétera, todo eso duró largo rato, yo seguía percibiendo aquellos ecos, «de lo más profundo», como si en alguna parte alguien emitiera ruidos, sonidos, y oía también un ruido metálico que llegaba de alguna parte, como el sonido de un samovar… y otra vez los ladridos, estaba cansado y disgustado, de pronto me pareció que empezaba a dibujarse algo nuevo con toda claridad…

—¿Quién te hizo esta maldad…? ¿Y por qué te la habrá hecho, hijita?

Bolita abrazó a Lena. Se estrecharon. Su abrazo me pareció repulsivo, como si estuviera dirigido contra mí, y volví a ponerme a la defensiva; pero lo que realmente me obligó a ponerme en guardia fue que ese abrazo se prolongó una centésima parte de segundo (lo que provocó en él un exceso, un alargamiento). ¿Qué ocurría? ¿Por qué? Bolita liberó a Lena de sus cortos brazos.

—¿Quién te hizo esta maldad?

¿Qué pretendía? ¿Nos acusaba? No era a León a quien atacaba sino a mí. Sí, a mí y a Fuks; al abrazar a Lena había sacado a la luz del día toda la oscura pasión que había en el asesinato del gato, esto era evidente, «¿quién te hizo esta maldad?», o sea «fue a ti a quien le hicieron esto, y si te lo hicieron entonces solo existe una explicación pasional. ¿De quién más se puede sospechar sino de los dos jóvenes recién llegados?». ¡Qué placer! ¡Qué placer saber al gato convertido en un instrumento amoroso…! Pero ¡cuidado!, ¡peligro! Quedé desconcertado, sin saber qué decir, vacío, hueco, abismo, nada; hasta que oí la voz de Fuks, Fuks hablaba tranquilamente, como si no hubiese oído a Bolita, como si solamente pensara en voz alta:

—Primero ahorcaron un pollo. Después un gorrión. Después un palito. La misma cosa se repite en diversas variantes. Y esto ya dura desde hace algún tiempo. Ya el día de nuestra llegada el gorrión apestaba bastante…

Claro, Fuks pese a todo no era tan estúpido, aquel era un buen argumento. Los ahorcamientos habían empezado desde antes de nuestra llegada, por lo tanto no podían sospechar de nosotros… desgraciadamente… ¡Lástima!

—Es verdad —murmuró León y pensé que durante un momento él también debió haber sospechado de nosotros.

Volvieron a hablar.

—Katasia —dijo Bolita—. No, imposible. Ni pensarlo. ¡Qué va a ser! Ella está enferma de la pena, quería mucho a Dawidek, está como loca del dolor, la conozco desde que era una niña; Dios mío, a no ser por mi abnegación, por mis cuidados… —hablaba, pero hablaba demasiado, como lo hacen generalmente las dueñas de las casas de huéspedes, y yo pensé en que quizá ella exageraba en ser como era; pero se oyó el sonido del agua que salía de una llave y pareció que en algún lado sonaba el motor de un automóvil…

—Alguien entró en el jardín —dijo León—… ¿pero, para ahorcar a un gato? ¿Quién iba a colarse solo para ahorcar un gato? ¿Y los perros de los vecinos…? Seguramente hubieran ladrado…

Me dolía un brazo. Miré a través de la ventana, vi la maleza, un abeto, el cielo, el calor, el marco de la ventana tenía incrustada una tira de madera de otra clase. León dijo que le gustaría ver el palito y las otras

señales…

—¿Las señales? Es posible que desde aquí puedan verse (era Fuks quien hablaba).

—Perdón. ¿Qué quiere usted decir?

—¿Cómo sabe usted que no hay otras señales, incluso aquí, en esta habitación, señales que hasta el momento nosotros no hemos logrado advertir?

—¿Y usted? ¿No sospecha usted de nadie? —le pregunté a Lena.

Se refugió en sí misma y dijo:

—No creo que nadie me tenga mala voluntad… (En ese instante comprendí que yo no le deseaba nada malo… ¡Oh! ¡Morir! ¡No existir! ¡Qué enorme peso! ¡Qué enorme carga! ¡Oh, la muerte!).

León se dirigió a nosotros en tono plañidero:

—Esto es muy… muy… muy desagradable, señores, muy molesto… muy… malvado. Porque si por lo menos tuviéramos una pista, pero no tenemos nada, pues por la cerca seguramente no entró nadie y tampoco fue ninguno de nosotros, porque ¿quién?, ni por un lado, ni por el otro, extrañísimo, yo llamaría a la Policía, pero ¿para qué?, para que se rieran y burlaran, lo único que harían sería reír a nuestras costillas, ni siquiera podemos llamar a la Policía, no obstante… no obstante no se trata solamente del gato, se trata de que el hecho en sí es anormal, extraño, es una aberración o algo por el estilo, basta decir que hay campo libre para el pensamiento y se puede pensar y creer al antojo, se puede no tener confianza en nadie, sospechar de todos, porque ¿quién puede asegurarnos que no fue alguno de nosotros…? La locura, las perversiones, las aberraciones, son cosas que pueden sucederle a cualquiera, a mí, a mi esposa, a Katasia, a ustedes dos, inclusive a mi hija, si se trata de una aberración, entonces no existe la menor garantía, aberración fíat ubi vulty ja, ja, ja, esto puede pasarle hasta a las piedras, como dice el refrán, a todos, a cada persona, donde sea, ja, ja, je, je. Esta infamia. Esta cochinona cochinada…

En mi vejez tengo casa y familia, pero no tengo la seguridad de saber con quién vivo, en donde estoy; en mi propia casa soy como un perro sin dueño, no puedo confiar en nadie; vivir en una casa que es un manicomio… para eso toda la vida… para eso tanto trabajo, tantos esfuerzos, tantas penas, preocupaciones, tantas aflicciones que mejor es no enumerarlas ni recordarlas, años enteros, Dios mío, años formados de meses, de semanas, días, horas, minutos, innúmeros e innumerables segundos, imposibles de recordar, tantos segundos de mi vida, llena de dificultades… y todo eso para que ahora ni siquiera pueda confiar en nadie. ¿Por qué motivo? ¿Por qué razón? Porque alguien podría decir que exagero, que el gato no tiene importancia, pero ustedes saben que el asunto es bastante molesto, molesto, sí. Porque, ¿quién puede asegurarme que todo terminará con el gato, que después no va a llegar el turno a otra pieza mayor?; si en la casa hay un demente no podemos estar seguros, naturalmente no quiero exagerar, pero tampoco creo que pueda volver la tranquilidad mientras las cosas no se aclaren del todo; me sentiré como un arrimado en mi propia casa… como un arrimado solamente, sí…

—¡Cállate!

León miró dolorosamente a Bolita.

—Callarme, muy bien, me callaré, pero eso no me evitará pensar en todo esto.

Lena murmuró:

—Podrías callarte ya.

Me pareció advertir en el murmullo de Lena algo nuevo, algo que hasta entonces no había existido en ella…, pero ¿cómo estar seguro? ¿Acaso se puede estar seguro de algo? Por la carretera pasó un autobús destartalado repleto de gente, tras las últimas matas logré ver solamente las cabezas, los perros ladraron, la persiana estaba subida, un niño desgarbado, adentro un murmullo general, universal, total, coral, y sobre el armario había una botella y un corcho… ¿Sería capaz Lena de matar a un niño? ¿A pesar de la dulzura de su mirada? Pero en caso de que lo matara su crimen se fundiría con su mirada inmediatamente en una armonía perfecta, demostrando así que una infanticida puede tener la mirada dulce… ¿Pero de qué cosa se podía estar seguro? El corcho. La botella.

—¿Qué cosa? —dijo León indignado—. Tal vez usted pueda aconsejarnos algo —dijo dirigiéndose humildemente a Fuks—. Vamos a ver la flecha y el palito…

Hacía calor, era una de esas horas en que en los pequeños cuartos de la planta baja se sentía un gran bochorno; en el aire podía verse el polvo, lo que era muy fatigoso; a mí me dolían los pies, la casa estaba abierta y todo el tiempo pasaba algo aquí o allá, un pájaro pasó volando, en general era un día estruendoso. Fuks decía…

—En eso estoy de acuerdo con usted, señor director, de todos modos es bueno que hayamos hablado todos; en caso de que alguien advierta cualquier cosa nueva debe en seguida comunicárselo a los demás…

—Drozdowski. Drozdowski. Todo esto, que se libraba dificultosamente de la maraña en que se encontraba,

perdido en el caos, como alguien que ya casi ha logrado incorporarse, que ya está de rodillas, pero que en seguida vuelve a caer, tantos, pero tantos detalles que debían ser tomados en consideración…

Recordé entonces que aún no había tomado el desayuno. Me dolía la cabeza. Sentí ganas de encender un cigarrillo. Metí la mano en uno de los bolsillos, no tenía cerillas, estaban al otro lado de la mesa, junto a León, no sabía si pedírselas o no, por fin le mostré el cigarrillo, movió la cabeza, estiró la mano, empujó hacia mí la caja de cerillas y yo tendí la mano.

SEXTO

Fue sepultado junto a la cerca de madera, a un lado de la carretera. Ludwik lo enterró al regresar de la oficina, después de enterarse de todo lo sucedido. La historia le molestó.

Murmuró que se trataba de un acto de salvajismo, abrazó a Lena y enterró al gato en una zanja. Yo vagaba de un lado a otro… Por supuesto ni siquiera pensaba en estudiar; salí a la carretera, regresé, anduve por el jardín. De lejos, cautelosamente para que nadie me descubriera, observé el abeto y el tronco golpeado por doña Mariquita, así como la puerta de la habitación de Katasia y la esquina de la casa, sitio en que estaba cuando escuché los golpes que llegaban del piso superior… En esas cosas y lugares se ocultaba el camino, en la combinación de esas cosas y lugares se ocultaba el camino que me había conducido al crimen, si hubiera podido interpretar correctamente aquel conjunto de cosas y lugares me habría enterado quizá de los verdaderos motivos de mi crimen.

Valiéndome de cualquier pretexto fui a la cocina para mirar una vez más los labios de Katasia. Pero desgraciadamente todo era demasiado, el laberinto crecía, un sinfín de objetos, de lugares, de acontecimientos. ¿Acaso no es cierto que cada vibración de nuestras vidas se compone de billones de pequeños destellos? ¿Qué hacer? ¿Así que no sabía qué hacer? Carecía totalmente de cualquier ocupación. Me hallaba desocupado.

Fui también al desierto cuarto de huéspedes donde por primera vez había visto a Lena y su pierna sobre el metal de la cama; al regresar me detuve en el corredor para recordar los rechinamientos del suelo que había oído la primera noche, cuando salí a buscar a Fuks. Identifiqué la flecha en el techo, observé el cenicero y busqué con la mirada el pedazo de corcho en el cuello de la botella; mas, no obstante, yo escudriñaba aquellas cosas irreflexivamente, las observaba y nada más, me sentía a disgusto entre esos detalles, como se siente el convaleciente después de una enfermedad grave, para quien el mundo se reduce a la observación de un pequeño escarabajo o de una mancha de sol en el piso… al mismo tiempo me comportaba como alguien que después de mucho tiempo tratara de recrear su propia historia, oscura e incomprensible (sonreía al acordarme de León y sus minutos, segundos, etcétera)… ¿Qué buscaba yo?, ¿qué cosa?

¿Un tono básico? ¿Una melodía conductora, un eje enrededor del cual pudiera yo reconstruir y ordenar las cosas que había vivido en ese sitio? Pero la distracción —no solo la mía, interior, sino también la que me llegaba de afuera, de la multiplicidad y la abundancia de la trama— me impedía concentrarme en cualquier cosa; un detalle me apartaba de otro, todo era igualmente nimio e importante, me acercaba a las cosas y me alejaba de ellas… El gato. ¿Por qué había yo ahorcado al gato de Lena? Observando unos terrones del jardín, unos de los que Fuks y yo habíamos analizado durante nuestra búsqueda a lo largo de la línea que nos señalaba la flecha (cuando yo marcaba la dirección con un rastrillo), pensé que sería mucho más fácil responder a esta pregunta si mis sentimientos hacia ella fueran para mí menos enigmáticos. ¿De qué se trataba en todo esto? Amor; no, no era amor. ¿Pasión?, sí, pero… ¿qué clase de pasión? Por principio de cuentas no lograba saber quién era ella, o cómo era, complicada, oscura, ilegible (pensaba escudriñando los continentes, archipiélagos y nebulosas del cielo raso), era inaprensible, fatigosa, me la podía imaginar así y asá, en cien mil situaciones, podía quitarle algo de un lado y añadírselo a otro, perderla y volverla a encontrar, retorcerla de todas formas, pero (seguía mis reflexiones, observando cuidadosamente el terreno

que había entre la casa y la cocina, observando los blancos arbustos atados a las varas que los sostenían con fuertes cuerdas), no cabía duda de que su vacío me arrojaba a un torbellino que me engullía, ella, nadie más que ella, ¿pero qué deseaba de ella…?

Me hacía esta pregunta mientras mi mirada se extraviaba en el canalón, deforme y casi inservible. ¿Acariciarla? ¿Torturarla? ¿Humillarla? ¿Adorarla? ¿Qué deseaba de ella?, ¿porquerías o deleites celestiales? ¿Qué me parecía más importante: revolearme con ella o pasarle fraternalmente un brazo por encima de sus hombros y atraerla hacia mí? ¿Lo sabía yo acaso? Tal vez, quizá, ahí estaba el nudo del dilema; no sabía… Habría podido tomarla bajo el mentón y contemplarla en los ojos, tal vez, quizá… También habría podido lanzarle un escupitajo en la boca. Ella pesaba sobre mi conciencia, aparecía como una sonámbula arrastrando su desesperación como si fuera una larga cabellera…

Entonces el gato se convertía en algo todavía más terrible…

Vagando así llegué hasta el gorrión, no obstante la furia que me producía la idea de que el gorrión asumiera una importancia cada vez mayor, y que a pesar de no poder combinarlo con nada se imponía siempre, constantemente, inmóvil en su marginalidad.

A pesar de todo (meditaba caminando lentamente por aquel camino ardiente y penetrando en medio de la maleza reseca) no se podía negar que existieran ciertas conexiones, por ejemplo, el hecho de que el gato y el gorrión fueran animales relacionados entre sí; a los gatos les gusta comer gorriones, ja, ja, ja, cómo es viscosa la telaraña de las combinaciones. ¿Por qué en ella acaba uno siempre por estar a merced de las propias combinaciones personales?

Aquel era un problema secundario. Tenía en cambio la impresión de que algo estuviera ascendiendo al primer plano, algo que se hacía cada vez más significativo, insistente… algo que se deducía del hecho de no solo haber estrangulado al gato, sino también de haberlo colgado. De acuerdo, lo había colgado, no sabía qué hacer con su cadáver, el hecho de colgarlo se produjo de manera absolutamente mecánica, después de nuestro descubrimiento del gorrión y del palito… lo había colgado por rabia, es más, enfurecido por haberme dejado arrastrar por una aventura tan estúpida, por venganza acaso, para burlarme y reírme y desviar las sospechas hacia ese lado, de acuerdo, cómo no, de acuerdo, de cualquier modo lo había colgado y aquel acto (por más que fuera personal y proviniera de mí) se había unido a la horca gorrionesca-palitesca; tres ahorcados no son ya dos, eso es un hecho. Un hecho puro. Tres colgados. He ahí por qué la acción de colgar comenzaba a ascender en medio de aquel bochorno —no había una sola nube en el cielo—, y por ello no era tan absurdo ir al sitio del gorrión en medio de la maleza y ver cómo colgaba; la cosa me parecía natural mientras vagaba en espera de un hecho que finalmente se impusiera sobre todos y se convirtiera en el predominante. ¿Ver cómo pendía…? Me detuve exactamente frente a la maleza, con un pie en el aire, en medio de la hierba, tal vez lo mejor sería abandonarlo todo, dejarlo por la paz, al ir yo ahí hacía que aumentara la intensidad de los ahorcamientos, era necesario comportarse con prudencia… tal vez, bueno, seguramente si no hubiéramos nunca ido al sitio donde pendía el gorrión no hubiera ocurrido nada… ¡Era necesario ir lentamente! Permanecía inmóvil, sabiendo bien que todas esas dudas lo único que lograban era aumentar la importancia de mi marcha hacia delante, al interior de la maleza… Lo que de hecho ocurrió. Entré. Sombra, una frescura grata. Una mariposa revoloteando. Heme ahí. Una cúpula de follaje y en el interior oscuridad; allí, bajo el alambre, colgado, allí estaba.

Concentrado siempre en lo mismo, concentrado, como entonces, cuando lo habíamos visto Fuks y yo, concentrado en colgar y listo, colgado. Observaba aquel trocito de madera seca, cada vez menos parecido a un gorrión, divertido, sería posible reírse, no, lo mejor era dejar todo por la paz, pero ¿entonces qué hacer?, me hallaba perplejo, pues el hecho de que me encontrara allí significaba que había ido no solo a mirar, necesitaba un gesto adecuado, saludar con la mano, decir algo… No, mejor no, era necesario no exagerar. ¡Cómo se extendían sobre la tierra negra las manchas de la luz del sol! Un gusano. Un tronco, el abeto redondo. Era evidente que si había ido hasta aquel lugar era para llevar hasta ahí, al gorrión, el ahorcamiento del gato. No se trataba de algo sin importancia, sino de una acción que había realizado consciente y voluntariamente, amén. Amén. Amén. Los bordes de las hojas se encrespan debido al calor. ¿Qué podría contener aquella lata abandonada? ¿Quién la habrá tirado? Hormigas, no había reparado en ellas. Basta. Vámonos. Hiciste bien en asociar el colgamiento del gorrión con el del gato (¡ahora la cosa es distinta!). ¿Por qué distinta? No preguntes. ¡Vámonos! ¿Qué hace aquí ese trapo? Abría ya la reja del jardincillo y el sol me asaba bajo aquel cielo derretido. La cena. León, como siempre, bromeabivaba, pedía a Bolitóliba una sopóliba calientóliba con patatólibas. Pero la tensión producida por el gato y una atmósfera poco natural lo contaminaban todo. Aunque cada uno hacía todo lo posible por comportarse con desenvoltura, era precisamente aquella aparente naturalidad lo que resultaba teatral.

No es que sospecharan entre sí, de ninguna manera, sino que se encontraban sumergidos en la red de

indicios, metidos en indagaciones, les oprimía la incertidumbre, creando una atmósfera de certidumbre… No, no, nadie sospechaba de nadie, ninguno, sin embargo, estaba en capacidad de afirmar que los otros no sospecharan de él, por consiguiente se trataban cortésmente, con afabilidad… un poco intimidados de que a pesar de todo no eran ellos mismos, como hubiesen querido, y aquella actitud aparentemente facilísima se les había convertido en difícil y forzada. De hecho su comportamiento sufría una deformación, comenzaron a referirse, lo quisieran o no, al gato y a las extrañas revelaciones asociadas con el gato. Bolita, por ejemplo, comenzó a reprocharle a León y a Lena que no le hubiesen recordado algo, y aquello en cierta forma se refería al gato, como si se comportara de esa manera debido al gato… También el vocabuláribus de León sufría una deformación ligeramente patológica, escurridiza en ruta hacia esa dirección… Yo sabía de qué se trataba, seguían mi rastro, la mirada se volvía forzada, evitaban los encuentros directos con las otras caras, la mirada se refugiaba en los rincones, se aventuraba en las profundidades, buscaba, verificaba algo en el armario, detrás del armario… y así aquel cuadro perfectamente conocido, el retrato de familia se transformaba en un bosque o alcanzaba las inmensas distancias de los archipiélagos y de los continentes sobre el cielo raso. Y si así fuera… si por acaso… Pero por ahora se trataba de manías inocentes, de un amaneramiento inofensivo, estaban aún lejos de aquel estado en el cual, como producidos por la fiebre, se hacen cálculos absurdos, se establece la confrontación entre los cuadros del suelo y los del mantel escocés, porque si por acaso, si debieran… Naturalmente, no evitaban el tema del gato, es más, lo discutían; hablaban del gato porque no hablar de él hubiera sido peor que hacerlo, y así por el estilo, etcétera, etcétera.

La mano de Lena. Apoyada en el mantel, como siempre, junto al plato e inmediatamente al lado del tenedor, iluminada por la luz de la lámpara… la veía de la misma manera como había visto poco antes el gorrión, yacía sobre la mesa así como aquel pendía de una rama… ella aquí, el otro allá…, buscaba, con gran esfuerzo, como si de ello dependiera tal vez, trataba de entender que mientras ella estaba aquí y el gorrión allá… así como el palito y el gato… estaba allí en su marrullería, en medio de la noche, del otro lado de la carretera, entre la maleza, mientras ella, la mano, en cambio, estaba aquí, sobre el mantel, bajo la luz… es posible que lo hiciera yo a título de experimento o también por curiosidad, pero en verdad trabajaba con todas mis fuerzas, arduamente, ningún resultado, sin embargo, él allá, ella aquí y todos mis esfuerzos, toda mi tensión no podía superar esa mísera cosa que no, no quería unirse… y la mano yacía tranquilamente sobre el mantel. No servía para nada. Para nada. Ja, ja, la mano toma el tenedor, lo toma, no lo toma, acerca los dedos, cubre el tenedor con los dedos… Mi mano al lado de mi tenedor se acerca, lo toma… no lo toma… más bien lo cubre con los dedos. Vivía silenciosamente el éxtasis de aquella espera, a pesar de su falsedad, de su unilateralidad, de que hubiese sido yo quien la había preparado por completo… Al lado, muy cerca, estaba la cuchara, a medio centímetro de mi mano, y exactamente del mismo modo, a medio centímetro de su mano estaba su cuchara… ¿Debía yo apoyar la mano sobre la cuchara? Habría podido hacerlo sin atraer la atención de nadie, la distancia era verdaderamente mínima. Lo hago… mi mano ha descendido ya y toca la cuchara… veo que también ella ha bajado la mano y toca su cuchara.

En un espacio de tiempo que resuena como el eco de un gong, colmado hasta los bordes, cascada, remolino, nubes, la vía láctea, polvo, sonidos, hechos, esto y aquello, etcétera, etcétera… Un detalle como ese en los límites mismos de la casualidad, no sabía yo nada, podía ser que sí y podía ser que no, su mano había bajado, intencionalmente o semiintencionalmente, o tal vez estúpidamente, *fifty-fifty*. Bolita toma el cubierto, Fuks se quita uno de los puños de la camisa.

Pocos días después emprendimos, muy temprano, una excursión por las montañas.

Había sido una idea de León largamente acariciada, repetida con monotonía, prometía ofrecernos algo verdaderamente nuevo, en la montaña saborearían una dulzura extraña, os fabricaré una dulzuritina. No quiero oír hablar de Turnie, ni de la Koscieliska, no me salgan con el Morskie Oko. Todo eso, con el debido respeto, no es sino un conjunto de antiguallas, paisajes de tarjeta postal, ja, ja, montañas prefabricadas, completamente arruinadas por un turismo de medio pelo, estiércol, yo voy a extraer para vosotros del panorama montañoso un paisaje sin igual, una secuencia de paisajes *first class*, os lo aseguro, prima, que el alma zzzzzz durante toda la vida, un sueño, un milagrisingo jamás vistisingo, una visión en su milagro-sinsínales unícales. ¿Preguntaréis cómo…? Es fácil responder; por un verdadero azar me aventuré, ¿cuánto hace de eso…? Veintisiete… en julio, me acuerdo como si fuera el día de hoy, me perdí en el valle de Koscieliska y voy y veo, ¡qué panorama!; un valle en las alturas, de unos cuatro kilómetros de extensión, se llega en calesa, hay también un refugio aunque abandonado, lo ha comprado un Banco, cómo no, estoy bien informado, van a iniciar trabajos de restauración, digo, un ensueño… Una fantasmagoría unida a guirnaldas naturales, lo fenomenatural unido a las hierbecituras, el arbolitura, los florecituras y demás poemas breves que nuestras montañas tanto en las cumbres como en el abismo, verdeoscuros, donde se yerguen soberbios,

únicos, ja, ja, Dios mío, cosas de locura, jamás antes vistas, ¡felicidades, tuttifruti, comed y bebed! Podríamos ir por uno o dos días, alquilar una calesa, llevar de dormir y comer, palabra de honor honorosísturo, toda la vida podría pasarla allá, quien ha agasajado alguna vez los ojos en aquellos panoramas, ja, ja. Hasta ahora vivo con aquel recuerdo y me prometí que antes de morir iría por lo menos una vez, Dios mío, los años vuelan, mantengo mi promesa…

Pero fue solo después de lo ocurrido con el gato cuando la perspectiva de aquel cambio, divagación, aire nuevo, se volvió más atractivo, ya que en la casa la atmósfera era poco agradable… Bolita, después de muchos: «¡Vaya, León, las cosas que se te ocurren!» y «¡Cállate, León, es mejor que te calles!», empezó a considerar la idea con mayor atención, especialmente después de que León observó que así podían agasajar a dos amigas de Lena que habían llegado en esos días a Zakopane. Ante la insistencia de León, Bolita reaccionó y comenzó a trabajar en la cocina y a hacer los preparativos, con el fin de que aquel acontecimiento resultara lo más lucido que fuera posible.

Mientras el sistema palito-gorrión-gato-boca-mano, etcétera, etcétera (con todas sus ramificaciones, brazos, tentáculos) permanecía en vigor, una corriente de aire nuevo, más sano, entró en escena, y todos estuvieron inmediatamente de acuerdo. Bolita, de repentino buen humor, nos auguraba a mí y a Fuks que aquella excursión sería muy «dulce» ya que las dos amigas de Lena estaban recién casadas; así, pues, participarían tres parejas en «luna de miel», sería agradable, mucho más agradable que las habituales excursiones por lugares «estropeados» y «banalizados» por los turistas. Evidentemente si aquello ocurría era también en relación con el gato… el gato constituía el *spiritus movens*… en los últimos días habíamos estado dominados por la pasividad y nada tenía intenciones de acontecer, las cenas se sucedían una tras otra como la luna noche tras noche, inalterablemente, mientras las constelaciones, las figuras, los conjuntos sufrían cierto proceso de deterioramiento, palidecían… comenzaba a temer que las cosas siguieran así para siempre, como una enfermedad crónica… Era mejor que algo ocurriera, aunque fuera tan solo una excursión. A la vez me asombraba el fervor de León, quien continuaba sumido en recuerdos de aquel día de hacía veintisiete años cuando perdió el camino y descubrió aquel panorama tan maravilloso (asesinadme, disparad, torturadme, no logro recordarlo, tenía, señoritingos míos una camisola color crema, la misma de esa foto, pero ¿qué pantalones…? ¡Uff! Virgen Santísima, ¿lo sabes tú? Porque yo no, olvidarolo, perdirolo, hay algo en alguna parte que me dice no sé qué, los pies, dónde, en qué, Virgensaza, algo viene a mí, no, se retira, Jesusazo, Mariaza, mi pobre cerebro, pienso, pienso, y vuelvo a pensar…). Me sorprendía y me parecía cada vez más significativa la coincidencia que tanto él como yo buceáramos, cada quien en lo suyo, de modo personal, él en el pasado, yo en los enigmas del presente.

Sin olvidar que aumentaban nuevamente mis sospechas de que fuera él quien estuviera tras el asunto del gorrión y el palito… ¡Cuántas veces me había dicho que era absurdo!

Sin embargo, había en él algo, su rostro calvo y acantarado con el *pince-nez* se crispaba en una mueca dolorosa, pero también ávida y la suya, sin duda alguna, era una avidez astuta… Se levantó de su sitio a la mesa y volvió con una vara larga.

—Muy bien, se ha conservado hasta el día de hoy. La traje de allá, de aquel paseo maravillosísisisisimo, solo que, maldición, no recuerdo dónde la recogí… ¿en la pradera…? ¿Por el camino? —y ahí estaba, en pie, con la vara en la mano, calvo como rodilla, y yo pensaba confusamente: «vara, vara… palito…».

En fin, nada.

Pasaron así dos o tres días. Cuando por fin a las siete de la mañana nos instalamos en las calesas, podía aún parecer que realmente deseábamos terminar con todo aquello: frente a nosotros la casa parecía ya abandonada, marcada con las huellas de la soledad que pronto llegaría, al cuidado de Katasia, a quien se le dieron numerosas instrucciones referentes a diversas medidas de seguridad que debía adoptar, vigilarlo todo, no dejar abiertas las puertas, en caso necesario correr y pedir auxilio a los vecinos, se trataba de disposiciones concernientes a algo que ya entonces quedaba a nuestras espaldas. Y así fue. Los coches se movieron ante un alba plena de indiferencia por sobre el camino polvoso, la casa desapareció, trotaron los dos caballos, la espalda de un montañés sentado frente a nosotros, la calesa se sacudía y chirriaba, en los asientos Ludwik, Lena y yo (León, su esposa y Fuks iban en el otro carruaje) los ojos todavía somnolientos… una vez desaparecida la casa quedó solo el movimiento, los saltos sobre los baches del camino, los ruidos somnolientos del viaje y el desplazamiento de las cosas… Sin embargo, la verdadera excursión no había comenzado aún, debíamos detenernos antes en una pensión para recoger a una de las parejas de recién casados. Fuerte sacudida. Nos presentamos en la pensión, la joven pareja se embarca con numerosos paquetes y paquetitos, grandes risas, un gran beso, aún somnoliento, a Lena, conversamos, pero en un nivel insignificante, todo era exiguo…

Desembocamos en la carretera principal y nos internamos en el panorama que se abría frente a nosotros;

rodamos. Lento trotar de los caballos. Un árbol. Se acerca, pasa, desaparece. Una parcela, una casa. Un campito miserablemente cultivado, praderas, colinas ondulantes, un automóvil. El rótulo colgado de un hotel campestre. Un automóvil nos pasa a gran velocidad. El viaje estaba colmado de traqueteo, chirridos, movimiento, trote, el trasero de los caballos, las colas, la presencia del montañés con la fusta… y sobre todo ello un cielo de madrugada, pero ya irritante, un sol que hacía escocer la nuca. Lena saltaba y oscilaba al ritmo de la calesa, pero aquello carecía de importancia, nada a fin de cuentas tenía importancia en aquel lento desaparecer que es un viaje en calesa, yo estaba absorbido por algo más, un algo incorpóreo, formado por la relación entre la velocidad con la que desaparecían los objetos más próximos y la más lenta de los objetos más distantes, así como por la inmóvil presencia de aquellos situados a gran distancia… eso dominaba mi atención. Pensaba que cuando se viaja las cosas carecen de importancia, aun el paisaje no tiene importancia, lo único que cuenta es ese aparecer y desaparecer. Un árbol, un campo, otro árbol. Todo pasa.

Me sentía como ausente, extremadamente distraído. Por otra parte casi siempre (pensaba) uno está ausente, o mejor dicho no del todo presente, debido a nuestras relaciones fragmentarias, caóticas, huidizas, pérfidas y malvadas con lo que nos rodea; quien participa en un juego de sociedad, en un paseo por ejemplo (¡vaya descubrimiento!), no está presente ni siquiera en un diez por ciento. En nuestro caso, además, el flujo poderoso de cosas y cosas, de panoramas y panoramas, tanto espacio después de haber permanecido hasta hacía poco tiempo, hasta apenas ayer, en un ambiente de terrones, de polvo, de grietas, etcétera, de copas, de vasos, de botellas, de hilos, de corchos, etcétera, etcétera, y de figuras que nacían de golpe, etcétera, etcétera, todo esto era un enorme disolvente, como un río, un lago, un diluvio, aguas infinitas. Yo desaparecía y conmigo también desaparecía Lena. Traqueteo. Trotar. Conversación somnolienta con la nueva pareja. Nada especial, sencillamente me alejaba con Lena de la casa en que permanecía Katasia, quien cada instante se alejaba más, dentro de un instante estaríamos aún más lejos, mientras que allá quedaba la casa, la puerta del jardín, los árboles encalados y atados a una estaca, allá quedaba la casa, mientras nosotros rodábamos cada vez más lejos.

Lentamente, sin embargo, fue animándose nuestro vehículo, la nueva pareja: él, Lulo; ella, Lula, se volvió más viva, y después de los preliminares, (—Lulo, ¡qué horror!, espero no haber olvidado el termo. O bien: —Lula, por favor, quita de ahí ese saco, me está estorbando), comenzaron a lululear a todo pulmón.

Lula era más joven que Lena, robusta y sonrosada con mejillitas y deditos planos, tenía una bolsita, una sombrillita, un pañuelito, un lápiz labial, una polvera; alborotaba en medio de todo esto y charlaba, ¡ji, ji, ji!, así que esta es la carretera para el valle de Koscieliska, cómo se sacude, me gusta, hacía tiempo que no me sacudía, y tú, Lulo, desde hace cuánto tiempo no te sacudías así, qué bella fachada, mira, Lena, ahí haría yo un salón, y donde está el gran ventanal haría el estudio de Lulo, pero quitaría esos enanitos, ¿a ti, Lena, te gustan los enanos? ¿Te acordaste de ponerle rollo a la cámara?

¿Y los binoculares? ¡Ay, Lulo, esta tabla me lastima las nalgas!, ¡ay, ay! ¿Qué haces?

¿Qué montaña es esa…? Lulo era exactamente igual a Lula, tal vez más sólido, con piernas robustas, pero gordinflón y blandengue, con las caderas redondeadas, una naricita respingada, sombrerito tirolés en la cabeza, cámara fotográfica, ojillos azules, una pequeña maleta, manitas regordetas, pantalones de golf. En plena ebriedad de ser una pareja de Lulos —Lulo él, Lula ella—, lululeaban a más no poder y cada uno incitaba al otro en el lululeo. Cuando Lula después de ver una hermosa casa de campo, declaró que su mamá estaba acostumbrada al lujo, Lulo hizo saber que su mamá visitaba todos los años las estaciones termales del extranjero y añadió que poseía una colección de pantallas chinas, entonces Lula observó inmediatamente que su mamá poseía siete elefantes de marfil. Era imposible no sonreír ante aquella charla y la sonrisa aumentaba su embriaguez, comenzaban una vez más desde el principio, su conversación se unía con la ilusoria desaparición de las cosas a medida que corrían los caballos, al acto de alejamiento, el que descomponía el paisaje en círculos concéntricos que giraban con mayor o menor velocidad. Ludwik sacó su reloj.

—Las nueve y media.

Sol. Calor. Pero el aire era fresco.

—Detengámonos para comer algo.

¡Así que en verdad me alejaba con Lena! —cosa importante, extraña, considerable, cómo pude no haber advertido sino hasta entonces esa importancia—, de hecho todo había quedado allá en la casa o frente a la casa, tantas, tantas cosas, del lecho al árbol, y hasta en la manera de apoyar la mano sobre la cuchara… y henos aquí, sin domicilio… por otra parte… la casa se alejaba con sus constelaciones y sus figuras, con toda aquella historia, y ahora está «allá» y «allá» quedó también el gorrión, «allá», entre las matas, en medio de las manchas de sol jugueteando sobre la tierra negra, todo eso también «allá»… Se trataba, pues, de algo

importante, solo que mi pensamiento concerniente a tal importancia se alejaba también incesantemente, y al alejarse se debilitaba… bajo el influjo de nuevos paisajes. (Al mismo tiempo, sin embargo, un hecho digno de mencionarse: el gorrión se alejaba, pero su existencia no se debilitaba, se convertía sencillamente en una existencia que se alejaba, eso era todo).

—Aquí están los emparedados, ¿dónde pusiste el termo?, pásame el papel, Lulo, déjame en paz, ¿dónde dejaste los vasitos que nos dio mamá?, ¡ten cuidado!, ¡tonto, tonto!, ¡ja, ja, ja!

Aquel allá no era ya actual; sí, pero precisamente por no ser actual seguía siendo actual.

El pequeño rostro de Lena era mínimo, exiguo, pero también el de Ludwik era como si no estuviera vivo, anulado por el espacio que se extendía hasta el obstáculo constituido por una cadena de montañas, la que, a su vez, terminaba en la distancia final, en una montaña de nombre desconocido. Ignoraba la mayor parte de los nombres, la mitad por lo menos de las cosas que veía eran para mí anónimas, las montañas, los árboles, la hierba, los vegetales, los utensilios, las aldeas.

Nos encontrábamos ya en las alturas.

¿Y Katasia? ¿Estaría en la cocina? Con el labio… con aquello escurridizo en la boca de Lena, alejada de cualquier insinuación, estaba como separada de… No, no era verdad, era sencillamente una boca que salía de excursión en una calesa, comí un pedazo de pavo, Bolita nos había preparado una opípara cesta.

En nuestra calesa comenzaba lentamente a organizarse una nueva vida, como sobre un nuevo planeta lejano, y hasta Lena y Ludwik sucumbieron al lululear de los Lulos.

—¿Qué estás tramando, Ludwik? —gritó Lena.

—¡Ya lo sabrás, pequeña! —respondió él.

Yo los observaba discretamente… era increíble. ¿Así que también podían ser así? ¿Eran, pues, así?

¡Qué viaje extraño! Inesperadamente comenzamos el descenso, las distancias comenzaron a estrecharse, las ondulaciones de la tierra se redujeron a ambos lados.

Lena lo amenazaba con el dedito, le cerraba los ojos… una alegría inesperada, superficial, pero de cualquier modo no eran capaces de… extraño… en realidad aquel alejamiento tenía también sus propios derechos y yo mismo llegué a decir algo gracioso, pues, ¡vaya!, ¿estábamos o no de viaje?

Las montañas que desde hacía tiempo nos aproximaban, cayeron improvisadamente sobre nosotros por todas partes, comenzamos a penetrar por la garganta de un valle, ahí, por lo menos la bendita sombra llegaba de los acantilados, coronados en lo alto por un verde absoluto… silencio, a saber de dónde procedía aquel silencio, quizá de todas partes, y la frescura que fluía como un arroyo, ¡una delicia! Una vuelta, los acantilados y las cumbres se encresparon, precipicios terribles, caminos poco transitables, cumbres de un sereno verdor, tajos verticales, sobre los cuales, quién sabe cómo, había trepado la maleza, después, encima, a mayor altura, grandes masas, rocas ascendentes en aquel silencio que se extendía por todas partes, universal, inconcebible, inmóvil, ensordecedor y tan potente que el estruendo de nuestro carromato y su minúsculo rodar parecían transcurrir en otro mundo. El panorama permaneció inmutable durante largo rato, después apareció algo nuevo, a veces importante, a veces épico, antros profundos, endurecimientos, capas de roca, peñascos suspendidos, en medio del aire, después, con ritmo ascendente o descendente, aparecían escenas idílicas, tiernas, cristalinas, formadas por matorrales, árboles, grietas, destrucciones y fracturas. Las cosas más diversas —cosas todas diversas—, extrañas distancias, curvas impresionantes, un espacio prisionero o tenso, que oprimía o aflojaba, que se agazapaba, atacaba o cedía, que golpeaba arriba y abajo. Un enorme movimiento inerte.

—¡Cáspita, Lula!

—Lulo, tengo miedo, me asusta la oscuridad.

Acumulación, torbellino, caos… demasiado, demasiado, demasiado, la presión, el movimiento, el estruendo general, gigantescos mastodontes que todo lo cubrían y que en un batir de ojos se descomponían en un millar de detalles, de conjuntos, de masas, de quién sabe qué, en un caos que pugnaba por reunirse de nuevo, por englobar todos aquellos detalles en una forma suprema. Igual que aquella otra vez en medio de las matas, que frente al muro, en relación con el cielo raso, como ante aquel montón de basura donde estaba la vara, como en el cuarto de Katasia, igual que en relación a las paredes, armarios, mesas, cortinas, también allí nacían formas —únicamente que allá eran pequeñeces, y aquí se trataba de un verdadero apoteosis de la materia—. Me había vuelto tan hábil para interpretar la naturaleza que a mi pesar indagaba, buscaba, escudriñaba, como si realmente hubiera algo que interpretar, me lanzaba a buscar combinaciones siempre nuevas que nuestra diminuta calesa extraía del seno de las montañas, despertadas por nuestro bullicio. Pero de todo aquello no resultaba nada.

Nada y nada. Apareció un pájaro en los cielos… altísimo e inmóvil… ¿Habrá sido un buitre, un halcón o un águila? No, un gorrión seguro que no era, pero por el solo hecho de no ser un gorrión se convertía en un

no-gorrión y por ser un no-gorrión era también un poco un gorrión…

¡Dios mío! ¡Qué alegría ver de pronto aquel pájaro solitario planeando por encima de todo! ¡Poderoso, dominador! ¿Realmente? Estaba tan fatigado por el desorden, allá, en la casa, por esa mezcla, ese caos de bocas, de colgamientos, el gato, la tetera, Ludwik, el palito, el canalón, León, golpear, tocar, la mano, clavar, Lena, la vara, los ojos pisciformes de Fuks, y así, por ese camino, etcétera, etcétera, como en la niebla, como en un cuerno de la abundancia, caos… Aquí en cambio en medio del azul del cielo y un pájaro que reina —¡Hosanna!—. ¿Cómo había hecho aquel punto tan lejano para dominar, como el disparo de un cañón, mientras el abismo y la confusión se extendían a sus pies? Junto a mí, Lena. Tenía la mirada fija en el pájaro.

Este, sin embargo, se inclinó sobre un ala, dio la vuelta, desapareció, dejándonos de nuevo en medio de la furiosa confusión de las montañas, tras las cuales había otras montañas, cada una compuesta de los lugares más diversos, ricos en guijarros —¿cuántos guijarros?— y de golpe todo lo que está «atrás» presiona a las primeras filas del ejército atacante, en un silencio extraño que en cierto modo se explica por la inmovilidad del movimiento universal, ¡Lulo, por Dios, mira esa piedra! ¡Mira, Lula, parece una nariz! ¡Lulusio, mira aquel viejecito con la pipa en la boca! A la izquierda, más a la izquierda, parece que está dando una patada con la bota. ¿Una patada?, ¿a quién? ¿A quién patea? ¡Una chimenea! Otra vuelta, un balcón que avanza como una ola, ahora ya no, un triángulo… y aquel árbol que atrae de golpe la mirada, un árbol que apareció quién sabe cómo, en la altura… uno de tantos… atrae la mirada, pero súbitamente se disuelve en el aire, desaparece. Un sacerdote.

En sotana. Sentado en una piedra, al lado del camino. ¿Un sacerdote en sotana sentado en una piedra en medio de las montañas? Me acordé de la tetera, porque aquel sacerdote era el equivalente a la tetera de allá. También su sotana era un exceso.

Nos detuvimos.

—¿Quiere subir, padre?

Macizo, fuerte, joven, la nariz de pato, un rostro campesino, redondo, emergiendo del cuello eclesiástico… bajó la mirada.

—¡Alabado sea Dios! —dijo.

Pero no se movía. Los cabellos sudorosos, pegados a la frente. Ludwik preguntó adonde podíamos llevarlo, pero él parecía no oír, saltó sobre la calesa murmurando frases de agradecimiento. Trotar de caballos, traqueteo, nos ponemos nuevamente en marcha.

—Paseaba por las montañas… Me desvié del camino y cuando me di cuenta estaba perdido.

—¿Está cansado, padre?

—Sí… Vivo en Zakopane.

El borde de la sotana estaba sucio, tenía los zapatos maltratados, los ojos extrañamente enrojecidos… ¿Habría pasado la noche en las montañas? Explicaba parsimoniosamente que había decidido hacer un paseo, se había perdido… ¿Pero cómo… un paseo en sotana? ¿Cómo era posible perder el camino en una región cortada en dos por aquella garganta? ¿Cuándo había salido? Ah, sí, ayer por la tarde. ¿Un paseo emprendido por la tarde? Sin preguntar demasiado le ofrecemos nuestras provisiones, come tímidamente, después permanece sentado mientras la calesa lo sacude, el sol quemaba, la sombra había desaparecido, teníamos sed pero no se nos ocurría sacar las botellas, adelante, adelante. Las sombras de los picos y de las altas rocas caían perpendicularmente hacia abajo, abajo, a los lados, se oyó el ruido de una cascada. Continuamos avanzando. En aquel momento no me interesaba el hecho, por cierto muy interesante, de que desde hacía siglos un porcentaje de hombres se separa del resto por medio de la sotana, convirtiéndose en siervos al servicio de Dios… expertos en Dios, funcionarios celestes, empleados del espíritu. Aquí, sin embargo, entre las montañas, aquel huésped negro, inmerso en nuestro trotar no se compaginaba con el caos de las montañas porque era algo extra… estaba de más, hacía colmar… ¿casi como la tetera?

Aquello me desagradó. Me había animado cuando el águila, o el halcón, había planeado por encima de lo imaginable… y era por eso que (pensaba) al ser un pájaro se relacionaba con el gorrión… pero fundamentalmente, sobre todo, porque reunía en sí la idea del gorrión con el colgamiento y permitía unir en la idea del colgamiento al gato colgado con el gorrión colgado, sí, no cabía la menor duda (lo veía cada vez más nítidamente) imprimía a la idea del colgamiento el carácter dominante, un pájaro suspendido por encima de todo, imperial… y si hubiese logrado (pensaba) descifrar la idea, penetrar en el núcleo principal, comprender, o por lo menos imaginar, a qué conducía todo aquello, al menos en el sector del gorrión, del palito y del gato, entonces me sería mucho más fácil resolver el asunto de las bocas y todo lo que giraba en torno a ellas. No cabía duda (trataba de resolver la charada y sabía que se trataba de una charada bastante dolorosa) que el secreto de la relación entre las bocas era yo mismo, esa relación se realizaba en mí solo yo,

y nadie más, la había creado… pero (¡atención!) al colgar al gato me había inmerso (¿no les parece? ¿Por lo menos hasta cierto punto?) en el otro grupo, el del gorrión y el palito; pertenecía yo, pues, a ambos grupos… ¿no resultaba tal vez de esto que la unión de Lena y Katasia con el gorrión y el palito podía ocurrir únicamente por mi mediación?… y aun así, ¿no era también cierto que al colgar al gato había tendido un puente que lo unía todo…? ¿Pero en qué sentido? Cierto, cierto, aunque no del todo claro; sin embargo, algo comenzaba a cristalizarse, nacía el embrión de un nuevo conjunto y he ahí un pájaro gigante que pende sobre mi cabeza… suspendido. Bien. Pero, ¡caramba!, ¿qué hacía entre nosotros aquel sacerdote, proveniente del exterior, inesperado, superfluo, absurdo?

¡Como allá, la otra vez, la tetera! Mi irritación en realidad, era tan violenta como en aquella ocasión… cuando me había arrojado sobre el gato… (Sí, no era capaz de excluir que en aquella ocasión me había lanzado sobre el gato debido a la tetera, por no soportar esa gota que hacía derramar el vaso… y era posible que al realizar aquel acto quisiera constreñir a la realidad a manifestarse, así como al lanzar un guijarro a los matorrales, queremos saber qué es lo que se mueve tras ellos). Sí, sí, el estrangulamiento del gato había sido mi respuesta furiosa a la provocación que constituía la absurda presencia de la tetera… Pero, entonces, ¡ten cuidado, señor cura! ¿Quién te asegura que no voy a lanzarme contra ti, que no te haga algo también a ti… también a ti…?

Él permanecía sentado, sin imaginar siquiera mi rabia; continuábamos avanzando, montañas, siempre montañas, trotar de los caballos, calor… Observé un pequeño detalle… se frotaba los dedos…

Abría y cerraba inconscientemente las manos y entrecruzaba los dedos gordos de las dos manos, sobre las rodillas, con una obstinación desagradable.

Conversábamos.

—¿Es esta la primera vez que vienen al valle de Koscieliska?

Lula respondió con tono de colegiala púdica:

—Sí, padre, estamos en viaje de bodas, nos casamos apenas hace un mes.

Lulo se apresuró a añadir, con expresión deliciosamente soñadora:

—Hace poco que somos una pareja.

El padre se aclaró la voz, embarazado. Lula con la misma actitud de colegiala, como si estuviera denunciando al director las travesuras de una compañera:

—También ellos, padre, también ellos —y señaló con su dedito a Lena y a Ludwik.

—Hace poco obtuvieron permiso para… —gritó Lulo.

—¡Ejemmm! —exclamó Ludwik con voz profunda de bajo. Sonrisa de Lena, silencio del sacerdote, ¡pero hay que ver lo que son esos Lulos!, han sabido hallar el tono más extrañamente adecuado para dirigirse al sacerdote… quien, mientras tanto, continúa jugueteando con sus gordos dedazos, un modo de actuar torpe, pobre, campesino, me parecía como si tuviera algún peso en la conciencia, ¿qué cosas habría hecho con aquellos dedazos? Y… y… ¡ja, ja, ja!… aquellos dedos que se mueven allá abajo… y mis dedos… y los de Lena… sobre el mantel. El tenedor. La cuchara.

—¡Lulo, compórtate, qué va a pensar de nosotros Su Señoría!

—¡Lula, si supieras el color que tienen tus mejillas!

De pronto… cambiamos de dirección. A través de un sendero poco practicable y poco visible comenzamos a circundar una montaña. Estábamos en una garganta que se cerraba cada vez más, pero dentro de ella, se abría otra, lateral, secundaria, y trotamos en medio de cimas y pendientes nuevas, a veces completamente al borde de la montaña… la cosa era lateral… árboles nuevos, hierba, rocas idénticas más completamente distintas, nuevas y continuamente marcadas por aquella perpendicularidad, a partir del momento en que nos desviamos de la carretera principal. Sí, sí, pensaba, debe de haber realizado algún pecadillo, algo tiene en la conciencia.

¿Qué cosa? Un pecado. ¿Qué pecado? El estrangulamiento del gato. Tonterías, ¿qué pecado podía haber en estrangular a un gato…?, pero aquel hombre en sotana salido del confesionario, de la iglesia, de la oración, surgió en la carretera, se subió en la calesa y de inmediato el pecado, la conciencia, el delito, la expiación, tiru-liru-lá, tiru-liru-lá, qué bello tiru-liru-lá… Se subió en la calesa. Y aquí está. El pecado.

El pecado, es decir que aquel colega, el colega sacerdote mueve sus dedazos mientras algo le pesa en la conciencia. ¡Igual que yo! Somos compañeros y hermanos, ¡cómo mueve y remueve sus grandes dedos!, los mueve sin darse tregua. ¿Habrán estrangulado algo esos dedos? Un paisaje del todo nuevo, invasión de rocas, de nuevo una cúpula estupendamente verde, un verde sereno, oscuro como la sombra, los pinos, una sombra celestialmente azul, Lena frente a mí y sus manos y toda esta trama de manos —mis manos, las manos de Lena, las manos de Ludwik— había tenido una revitalización debido a las manos del sacerdote con sus gordos dedazos, pero no me era posible dedicarle suficiente atención, por el viaje, las montañas, la

perpendicularidad de esta garganta. ¡Dios mío, Dios misericordioso!, ¿por qué no es posible concentrar la atención en nada? El mundo es cien millones de veces demasiado opulento, ¿qué haré con mi distracción?, adelante, está bien, hombre, baila la danza de las montañas…

—Lula, déjame en paz.

—Lulo, retírate.

—No puedo, Lula, se me durmió la pierna.

Avanzamos, adelante, avanzamos, seguimos, adelante, está bien, algo resulta claro, aquel pájaro había aparecido demasiado arriba y está bien que el colega sacerdote masculle algo aquí abajo, avanzamos, avanzamos, movimiento monótono, nos llega un flujo enorme, nos sobrepasa, traqueteo, trote, calor, sudor; hemos llegado.

Eran las dos de la tarde. Un lugar amplio, una especie de pradera, una colina, pinos y abetos, muchas piedras en la pradera. Una casa. De madera, con un porche. Detrás de la casa, en la sombra, la calesa en la que viajan los Wojtys y Fuks con la otra pareja de recién casados. Aparecieron junto a la puerta, ruido de voces, saludos, cómo viajaron, cuánto hace que llegaron, un momento, esta bolsa, aquella, perfectamente, León, ocúpate de las botellas…

Pero parecían llegados de otro planeta. Y nosotros también. Nuestra presencia aquí era una presencia «de otro lugar»… y esta casa era simplemente otra casa… y no aquella, la que habíamos dejado «allá».

SÉPTIMO

Todo pasaba a la distancia, en la lejanía. No era la casa de allá la que se alejaba de nosotros, sino éramos nosotros los que nos alejábamos de ella… y además esta nueva casa, la de acá, inmersa en un silencio tan aterrorizador y solitario que nuestros gritos ni siquiera lo rompían, no tenía existencia propia; existía únicamente en razón de no ser la otra casa… Tan pronto como bajé, de un salto, de la calesa, me golpeó esa revelación.

—Nadie en el interior, ni un alma; la cabaña es enteramente nuestra, uno aquí lo puede pasar muy bien, ¿qué os había dicharichodo? Un paisajales casi digno de un rey de las montañas, lo veréis más tarde, primero hay que echarle algo a la boca, boca, boca, fuerza, fuerza, *allons enfants de la patrie*…!

—León, pásame las cucharitas que están en esa bolsa; Lena, las servilletas; sentaos, cada quien donde quiera; monseñor, usted aquí, se lo ruego —todos respondían a sus órdenes con rapidez, ya están sentados —. Faltan dos sillas. ¡Un almuerzo de Lúculo!

Usted, por favor aquí, señora… ¡Las servilletas!

Nos acomodamos en una gran mesa del salón. Varias puertas conducían a los otros cuartos y una escalera al piso superior. Las puertas estaban abiertas y permitían ver los cuartos desnudos, con solo catres y sillas en el interior, una gran cantidad de sillas. La mesa estaba servida; yo estaba comiendo; la atmósfera era alegrísima.

—¿Quién quiere más vino?

Se trataba, no obstante, de ese género de alegría que se crea en las fiestas, en que cada uno trata de estar alegre para no arruinar la diversión de los demás; y en realidad todos estaban un poco ausentes como en las estaciones cuando se está a la espera del tren… La ausencia se unía a la miseria de esta casa de paso, desnuda, carente de cortinas, de armarios, de sábanas, de cuadros en las paredes, de alfombras, provista solo de ventanas, lechos y sillas. Y en ese vacío no solo las palabras sino también las personas parecían más ruidosas, más contundentes. Bolita y León especialmente parecían hinchados y estrepitosos en desmesura, y los acompañaba el alboroto de los huéspedes ocupados en comer, las carcajadas enloquecidas de los Lulos y las porquerías que contaba Fuks, ya bastante borracho; bebía (me lo podía imaginar) para ahogar en alcohol a Drozdowski y las tribulaciones de su oficina, el sentimiento de exclusión, semejante al que yo sentía ante mis padres… él, un hombre desgraciado, un empleado irritante, alguien que lo obligaba a uno a cerrar los ojos o mirar a otra parte con tal de no verlo. Bolita se prodigaba en distribuir ensaladas y embutidos, era admirable, hospitalaria, cálida, «háganme el favor, debe probarlas, hay tanto que comer, sin cumplidos, hambre no vamos a pasar, eso se lo garantizo», etcétera, etcétera, preocupada de que todo saliera a la perfección, con elegancia, se trataba de una excursión original, un juego de sociedad, nadie podría quejarse de no haber comido hasta la saciedad y de no haber calmado la sed. Igual era León, se desdoblaba, se triplicaba, estaba en todas partes, vida, vida mía, ¡qué tiempos!, ¡adelante, adelante!

Pero ni sus exclamaciones, su desenfreno, el ruido del almuerzo, nada de aquello creaba suficientemente un presente y en cierto modo se reducía a una parcialidad raquítica, pálida e infeliz, que debilitaba… me parecía estarme viendo junto a los demás a través de un binóculo. Parecía hallarme en la luna. Esta excursión-fuga no había logrado su propósito, aquello «otro» existía más intensamente cuanto más tratábamos de evadirnos… vaya, como gustéis, basta, a pesar de todo algo estaba ocurriendo, comenzaba ya

a distinguir ciertas cosillas, noté una extraña excitación que se había apoderado de los Lulos tan pronto como vieron a la pareja número tres, la que había hecho el viaje con los Wojtys.

Al esposo le llamaban Tolek, o bien, señor capitán, o nuestro capitancito. Tenía el aspecto inconfundible de un caballero, alto, fuerte, sonrosado y casi pueril, un bigotito rubio, ¡caballero hasta la médula! León canturreaba una canción sobre los fieros ulanos, pero calló de golpe pues la canción se refería a una joven fresca como una frambuesa.

La esposa, Jadeczka, Jadziucha, pertenecía a esa especie de mujeres que no desean ser admiradas, porque consideran que eso no les corresponde. Solo Dios sabe por qué. No era fea, aunque su cuerpo era ligeramente tedioso o, qué sé yo, monótono, a pesar de tener «todo en su sitio» como murmuró Fuks, dándome un codazo; sin embargo se le enchinaba a uno la piel ante el solo pensamiento de acariciarle la nuca, tan poco dotada estaba para esos menesteres. ¿Un egoísmo carnal? ¿Un egocentrismo físico? Se podía intuir que sus manos, sus piernas, su nariz, las orejas únicamente le servían, eran órganos y nada más, carecía totalmente de esa generosidad que da a la mujer la certidumbre de que su manita es un don excitante y fascinante. ¿Una severidad moral, acaso…? No, no, más bien una extraña soledad carnal… la cual hizo que Lula se retorciera a efectos de las carcajadas apenas reprimidas cuando le susurró a Lulo:

—Dichosa ella que cuando se huele, puede tolerarlo.

Muy bien, en eso consistía su aspecto repelente, era un poco repugnante como los olores del cuerpo que solo resultan tolerables a la persona que los emana. Es más, tanto Lula como Lulo no se hubieran ahogado y retorcido debido a sus carcajadas contenidas, ja, ja, ja, si el maridito capitán no hubiera sido todo un hombre, hecho a propósito para los besos con aquellos labios rojos bajo el bigote fino; todos se planteaban la misma pregunta, ¿por qué se habría casado con esa mujer…? La pregunta adquiría un carácter maligno cuando se enteraba uno (Lula me informó en un murmullo) que Jadeczka era hija de un rico comerciante, ji, ji, ji, pero, el escándalo no terminaba ahí, por el contrario, ahí apenas comenzaba, ya que ambos (y eso se podía ver a simple vista) no tenían la menor duda de la impresión que producían, anteponiendo a la malevolencia humana la pureza de sus intenciones y la justicia de sus derechos.

¿Es que acaso no tengo derecho? —parecía querer decir ella—. ¡Claro que lo tengo! Lo sé, lo sé, sé que él es hermoso y yo no… ¿pero es que acaso no tengo derecho al amor?

¡Sí que lo tengo! No me lo podéis negar. ¡Todos tenemos derecho al amor! ¡Y yo amo!

Amo, y mi amor es limpio y bello, miradlo bien; por eso tengo derecho a no avergonzarme… ¡Y, por supuesto, no me avergüenzo!

Sin participar en la diversión general, aislada, acariciaba aquel sentimiento como si fuera un tesoro, tácitamente intensa, con los ojos fijos en el marido o tal vez vagando placenteramente por entre la belleza verde de la pradera, aunque de vez en cuando se escapaba de su pecho una especie de suspiro suplicante. Y como consideraba que tenía derecho pronunciaba dulcemente el nombre de su marido, con una boca que no era sino un órgano. ¡Ja, ja, ja!

—Lula, ya no puedo más, voy a estallar…

León, con un muslo de pavo clavado en el tenedor y el *pince-nez* sobre la nariz, grita que los pavitos patatí y que los pavitos patatá, el sacerdote sentado en un rincón, Fuks busca algo, Bolita entra con las cerezas.

—Vamos, servíos, la fruta endulza la boca.

Nuestro estrépito no lograba aún vencer aquel silencio completo, aislado, desértico, remoto. Yo bebía vino tinto.

También Tolek, el capitán, bebía. Con la frente en alto. Pero todo lo que hacía lo hacía con la frente en alto, dando a entender de ese modo que nadie tenía derecho a poner en duda su amor, ¡qué diablos!, ¡como si no tuviera derecho a enamorarse de esa y no de otra mujer…!, ¡como si su amor no fuera tan bueno como el de los demás…! Y rodeaba a Jadziucha de atenciones cariñosas, ¿cómo te sientes?, ¿estás cansada…? Se esforzaba por estar a la altura del embeleso de ella, respondiendo a su amor con amor. No obstante, había en todo eso un elemento de martirio y…

—Lulo, por favor, ya no puedo más —los Lulos con el aire más inocente del mundo, observaban cada signo de afecto de la otra pareja como un par de tigres ávidos de sangre; si ya antes, en la calesa, el curita les había proporcionado la ocasión de una felicidad inesperada, imaginaos ahora con esta pareja de recién casados como ellos; ¡algo que parecía hecho ex profeso para que lululearan a su antojo!

Bolita llegó con el pastel, servíos, probadlo, veréis que es una delicia, os lo suplico, pero aquí estaba el gato, el gato, ja, ja, ja, el gato enterrado al pie de un árbol, primero colgado, ja, ja, todo este festín no era sino consecuencia del gato, se hacía para cancelar su recuerdo, de ahí el que todos se comportaran extrañamente, ella y también León.

Porque en medio de todo estaba el gato. Ahora comprendía, que la idea de la excursión había sido nefasta, no hubieran podido elegir nada peor, las distancias no lograban cancelar nada, sino al contrario, en cierto sentido cristalizaban y consolidaban las cosas, como si hubiéramos vivido durante años enteros con el gorrión, el gato y después de esos años hubiéramos venido aquí, ja, ja, ja, comía mi porción de pastel. Lo único que era posible hacer era volver a cargar todo en las calesas y regresar, eso era lo que debiéramos hacer… En cambio permanecíamos ahí, pero en relación con las cosas de allá.

Comía el pastel. Conversaba con Ludwik y con Tolek. Estaba distraído, ¡cómo me fatigaba aquella exuberancia!, ¡qué profusión de personas nuevas y acontecimientos y cosas!; si se pudiera interrumpir de una vez por todas aquel flujo, Lena sentada en la mesa, fatigada también con seguridad, sonriendo dulcemente con los ojos y los labios a Lula (ambas esposas recientes), Lena, que reflejaba fielmente a aquella otra Lena, estaba «en relación» con la otra Lena (aquel estar en relación crecía en mi presencia como antes los colgamientos), Fuks, mientras tanto, ahogaba en alcohol a Drozdowski y estaba amarillentorrojizo, con sus ojos saltones, Ludwik sentado junto a Lena, agradable y sociable, tranquilo, el sacerdote en el rincón… La mano de Lena sobre la mesa, junto al tenedor, la misma de entonces, también yo habría podido poner la mano sobre la mesa… pero me resistí. No obstante, a pesar de todo, comenzaron a establecerse nuevas combinaciones, se imponía una nueva dinámica, independiente de los acontecimientos anteriores, una dinámica local… Esta aparecía, sin embargo, como algo raquítico, débil… la acción de tres parejas de recién casados daba peso e importancia a la presencia del sacerdote, mientras que su sotana subrayaba *a posteriori* el carácter nupcial de las tres parejas, lo que creaba una fuerte presión conyugal, parecía que asistiéramos al almuerzo nupcial, ah, sí, el matrimonio era el elemento dominante. Y el sacerdote. Un sacerdote que, la verdad sea dicha, no hacía sino restregarse los dedos (tenía las manos bajo la mesa de donde las sacaba solo para comer), pero de cualquier manera era un sacerdote, y debido a eso debía convertirse en el refugio natural de quien, como Tolek, era víctima de la embestida lulesco; la sotana también produjo efectos sobre Bolita, quien (después de lo del gato) mostraba una marcada tendencia hacia los buenos modales… la mirada que Bolita dirigía a los Lulos era cada vez menos benévola, se aclaraba la voz con toses cada vez más expresivas y admonitorias a medida que crecían en intensidad las carcajadas de León, secundadas por la risa ebria de Fuks (a causa de Drozdowski) y de todas las tonterías que hacíamos en el vacío, en el desierto, en los límites de la distancia, en el silencio mortal de la montaña, algo parecía querer aún tramarse, combinarse, unirse, sin embargo, ¿por dónde comenzar…? Me aferraba a esto y a aquello, seguía la línea que me parecía más indicada, dejando al margen una masa gigantesca y ávida de cosas… mientras allá, en la casa, existía siempre, inmutable, todo lo otro, lo que habíamos dejado.

De pronto surgió una situación que… a través del sacerdote… me relacionó con el gato…

Y como el primer relámpago en la oscuridad de la noche, esa situación nueva nos puso en relación, en contacto, con lo otro, con lo que habíamos abandonado. La precedieron algunas frases de Bolita, cuando henchida de amabilidad le decía a Tolek:

—Señor Tolek, hágame el favor, sacuda el azúcar que le cayó a Jadeczka en la blusa…

O se dirigía a León, pero de modo que todos la oyéramos:

—¿Te diste cuenta? El camino no está tan mal, hubiéramos podido venir tranquilamente en automóvil, te lo dije, si le hubieras pedido prestado el suyo a Tolek no te lo habría negado. ¡Cuántas veces ha dicho que está a nuestra disposición!

Y luego a Lula, acremente:

—En vez de comer el pastel, querida Lula, se ríe a carcajadas, no hace sino burlarse de los demás.

Fuks recogía las servilletas, no estaba seguro si nos irritaba (como le sucedía con Drozdowski), trataba de conquistar por lo menos nuestra simpatía, arreglando la mesa… pero en cierto momento se levantó, tropezó contrayendo su rostro pisciforme, y completamente borracho exclamó:

—De buena gana me daría un baño.

El baño era uno de los temas preferidos de Lulo, y más aún de Lula (casi tanto como el de la mamá); ya en la calesa nos habíamos enterado de que «sin una ducha me sería imposible vivir», «no sé cómo pueden resistir en la ciudad sin bañarse por lo menos dos veces al día», «mi madre ponía unas gotas de jugo de limón en el agua antes de bañarse», «mi madre iba todos los años a bañarse en las aguas de Karlsbad». No bien tocó Fuks el tema del baño cuando Lula comenzó inmediatamente a lululear que en el desierto sería capaz de darse un baño con el último vaso de agua, «porque es más importante el agua para lavarse que para beber», «tú, Lulo, ¿no harías lo mismo?», y así por el estilo… mientras hablaba, no obstante, todos debieron percibir, como lo advertí yo, que las palabras baño y bañarse habían comenzado a dirigirse de manera poco placentera hacia un punto determinado, hacia Jadeczka, no porque pareciera sucia, sino por aquellas características de egoísmo carnal, lo que me traía a la mente la frase de Fuks pronunciada en otra

ocasión: «cada quien en lo suyo». Se comportaba con el propio cuerpo como si ella, la propietaria, fuera la única que pudiera soportarlo (como sucede con ciertas emanaciones corporales), y por ello daba la impresión de ser una persona que se interesara poco por el baño. Lula comenzó a olfatear con su naricilla respingada, como si advirtiera algún mal olor, y luego redobló la dosis, que sin el baño se sentía muy mal, etcétera, mientras Lulo añadía su parte y después, como sucede a menudo en tales casos, también León, Fuks, Ludwik y Lena contribuyeron a la conversación, por temor de ser acusados de indiferencia ante el agua. Jadeczka y Tolek, en cambio, mantuvieron un estoico silencio.

Bajo el influjo de la conversación de unos y el silencio de los otros, nació cierta posibilidad de que Jadeczka no se bañara… ¿Y por qué debía hacerlo? Cada quien en lo suyo… Algo surgió, pues, de parte suya… no un olor, claro que no, pero algo antipáticamente personal como el propio jugo… Lula parecía un perro de caza, con la expresión de ser la inocencia en persona, patatí y patatá… y Lulo la secundaba, tiru-liru-lá, tiru-liru-lá. Jadeczka permanecía silenciosa, como siempre no participaba… no obstante su manera de permanecer en esos momentos encerrada en sí misma, al margen, asumía las características de un repudio al baño. Y el silencio de Tolek era todavía peor, porque se sabía qué Tolek tenía tratos continuos con el agua, era con certeza un magnífico nadador. ¿Por qué entonces no abría la boca? ¿Quizá por no abandonarla, por no dejarla sola en su silencio?

—Oh, es como con…

Fue el sacerdote. Se movió como si hubiera estado incómodo en la silla y volvió de nuevo a su inmovilidad silenciosa, pero aquella intervención del todo inesperada produjo un efecto notable, y rompió el lululear de los Lulos, todos dirigieron la mirada hacia él. No sé si todos tuvieron la misma impresión: aquellos dedazos, la piel en la nuca tostada por el sol, la falta de refinamiento personal, sus cuitas, problemas, irritaciones, erupciones, todo, comprendido el forúnculo en la base de la nariz, lo unía con Edwiga; Edwiga y el cura, la negrura de la sotana y el manipuleo digital de él, los ojos de ella colmados de amor, la fe de él, el derecho de ella al amor, la falta de gracia de él, la humillación de ella, la mortificación de él, los derechos de ella, la desesperación de él, todo, todo se había mezclado en una comunión que era evidente y a la vez no lo era, que era y no era aprehensible, cada uno en su jugo y los dos en uno mismo, «cada quien en lo suyo».

Comía pastel, dejé de comerlo porque ya no lograba pasar un bocado, observaba con la boca llena aquel… aquel… ¿cómo explicarme?, retorno hacia lo íntimo, el horror de mí mismo, mi suciedad, los propios delitos, el cerrarse en sí, la condenación de la propia compañía, oh, aquel desprecio, aquel yoísmo. E inmediatamente, una idea fulminante: aquello debía conducir al gato, el gato debía estar aquí… y de inmediato se me apareció el gato, sentí la presencia del gato enterrado, del gato estrangulado —colgado entre el gorrión y el palito, inmóviles allá—; crecía su presencia, se intensificaba su inmovilidad en un lugar abandonado, quedaba a nuestras espaldas. ¡Qué diabólica contradicción!

¡Mientras más lejos estás más cerca te encuentras! ¡Mientras más insignificante y absurda es una cosa más invasora y poderosa resulta! ¡Qué trampa, que endemoniado fenómeno! ¡Qué golpe!

¡El gato, el gato estrangulado… y colgado!

OCTAVO

Ludwik le dijo a Lena con voz somnolienta que le vendría bien dormir la siesta. Tenía razón. Después de estar de viaje desde la madrugada nos merecíamos un descanso.

Todos se levantaron de la mesa en busca de mantas.

—Tiru-liru-lá.

La eterna cantilena de León. Pero el tono era más violento que de costumbre, más provocador. Bolita, sorprendida, preguntó:

—¿Qué te ocurre, León?

Se había quedado solo en la mesa, cubierta ahora con los platos y los restos de la comida, su calvicie y sus *pince-nez* resplandecían; el sudor le perlaba la frente.

—¡Berg!

—¿Qué dices?

—¡Berg!

—¿Qué Berg, qué Berg?

—¡Berg!

Ni una pizca de bondad: un fauno, César, Baco, Heliogábalo, Atila. Después apareció una sonrisa bonachona desde atrás de los *pince-nez*.

—Nada, viejitilina, no te enojes, es un cuento de dos judíos que discuten… muy gracioso… ya te lo contaré en otra ocasión…

Todo terminaba, todo se diluía… La mesa abandonada y caótica, las sillas desparramadas en todas direcciones, los manteles, las camas en los cuartos vacíos, el embotamiento producido por la digestión, el vino, etcétera.

Después de la siesta, a eso de las cinco, salí de la casa.

La mayor parte del grupo aún dormía… No se veía a nadie. Una pradera cubierta de abetos, de pinos, de rocas, soleada, caldeada; a mi espalda la casa inflamada de sueño, de moscas, ante mí la pradera y más allá la montaña, los bosques, todo en mi derredor eran montañas escarpadas y cubiertas de bosques, montañas increíblemente boscosas en medio de aquel silencio. Aquel no era mi sitio, ¿para qué me servía?, igual que encontrarme allí podía estar, también, en cualquier otra parte. Todo era posible, sabía que detrás de aquel muro de montañas había otros lugares desconocidos, y que, sin embargo, no me eran más extraños que este: se había establecido entre el paisaje y yo ese género de indiferencia capaz de transformarse en severidad y también en algo peor.

¿En qué? En el sueño solitario de praderas y bosques que se levantaban en el fondo, desconocidos y poco interesantes, aislados, existía a pesar de todo la posibilidad de aprehender algo con violencia, de retorcer, de estrangular y de… ja, ja, ja… de colgar…

De cualquier manera era una posibilidad «otra», de «allá». Permanecí en la sombra, cerca de la casa, entre los árboles. Me picaba los dientes con una brizna de hierba. Hacía calor, pero el viento era agradable.

Volví la cabeza. A cinco pasos de mí estaba Lena.

Estaba allí. Cuando la vi, así, de improviso, me pareció sobre todo pequeñita —infantil— y me saltó a los ojos su blusa verde y sin mangas. Fue solo un instante. Miré hacia otra parte.

—Muy bello lugar, ¿verdad?

Habló, ¿por qué tenía que decir algo si estaba solo a cinco pasos? Yo continuaba sin mirarla, y ese no mirarla me asesinaba, habrá venido a mí —a mí— querrá comenzar algo conmigo… la cosa me aterrorizaba, no la miraba y no sabía qué hacer, no había nada que hacer, permanecí en pie sin mirarla.

—¿Ha perdido la lengua? ¿Tan extasiado le tiene el paisaje?

Era un tono lulesco, posiblemente aprendido de ellos.

—¿Dónde se encuentra el panorama del que tanto nos habló don León?

Era yo quien hablaba, solo por decir algo… Ella comenzó a reír… una risa ligera, deliciosa…

—¡Cómo voy a saberlo!

Otro silencio, pero esta vez menos irritante, considerando que todo se desarrollaba *au ralenti*, hacía calor, se ponía el sol, un guijarro, una mosca, la tierra. Cuando estaba a punto de expirar el tiempo destinado a mi respuesta le dije:

—Dentro de poco lo sabremos.

Y ella, inmediatamente:

—En efecto, papá nos llevará allá después de cenar.

Callé una vez más, observaba la tierra. Yo y la tierra… y ella a mi lado, a cinco pasos.

Me sentía a disgusto, es más, estaba enfadado, hubiera preferido que se marchara… Era necesario nuevamente decir algo, pero antes de hablar le lancé una mirada, breve, y vi en ese instante, apenas, apenas, que tampoco ella me miraba, tenía la mirada fija en otra parte, como yo… ese no mirarnos, el no mirarse de ambos, tuvo un sabor agradable y debilitado que era producto de la lejanía, de la distancia, no estábamos lo suficientemente aquí, ni yo ni ella; nos encontrábamos proyectados, quién sabe desde dónde, de «allá», enfermos, no suficientemente existentes, como los fantasmas que aparecen en los sueños, que no miran y dependen de algo diferente. ¿Continuaba acaso su boca «en relación» con aquel horrible escurrimiento del labio que se había quedado allá, en la cocina, o en las recámaras? Era necesario verificarlo. Miré furtivamente pero no vi bien la boca, aunque supe inmediatamente que sí, que la boca de aquí estaba en relación con aquella otra boca, como dos ciudades en un mapa geográfico, como dos estrellas en una constelación; ahora más que nunca, debido a la distancia.

—¿A qué hora debemos partir?

—Supongo que a eso de las once y media, pero no estoy segura.

¿Por qué le había hecho aquello?

Arruinar así todas las cosas… ¿Qué embrujo me había obnubilado aquella primera noche, en el corredor…? Para comenzar… nuestras acciones son de hecho caprichosas y oscuras… como grillos, después, poco a poco, cada vez que uno las repite asumen ese carácter convulsivo, se empecinan, no ceden, ¿pero qué sé yo de esto…? Aquella primera noche, cuando por primera vez se me ocurrió que su boca se mezclaba con la de Katasia. ¡Ah, capricho, fantasía, mezquindad, fugitiva asociación de ideas! Pero ¿y ahora? Ahora, Dios mío, ¿qué podía hacer ahora? Ahora que para mí estaba a tal grado corrompida que hubiera podido acercármele, agarrarla, escupirle en la boca. —¿Por considerarla a tal grado corrompida?—. Era peor que si hubiera violado a una niña y que el violado hubiera resultado yo. Me había violado «a mí mismo», y estas palabras evocaron de inmediato la imagen del cura, tuvieron el sabor del pecado, imaginé encontrarme en estado de pecado mortal, lo que me condujo al gato, y el gato apareció.

La tierra… los terrones… dos terrones separados por unos cuantos centímetros…

¿Cuántos centímetros…? Dos, tres… Estaría bien dar dos pasos… Claro que aquel aire…

Otro terrón… ¿a cuántos centímetros?

—Después de comer dormí una siesta.

Lo dijo con la boca que yo sabía (ahora era imposible no saberlo) corrompida por obra de otra boca.

—También yo dormí.

No era ella. Ella se había quedado «allá», en la casa, en el jardín con sus arbolillos encalados. Ni siquiera yo estaba aquí. Precisamente por eso nuestra presencia era cien veces más importante. ¡Éramos como símbolos de nosotros mismos! Tierra… terrones… hierba… sabía que debido a la lejanía era necesario hacer una caminata, ¿por qué entonces no me movía?, que debido a la lejanía el aquí y el ahora se volvían inmensos.

Y decisivos. Y esa inmensidad, ese poder, ¡oh, basta, dejemos todo por la paz, vámonos! La inmensidad, ¿qué pájaro habrá sido aquel? Inmensidad, el sol descendía ya, una caminata… Si había estrangulado y colgado al gato… sería necesario estrangularla y colgarla también a ella, tendría que ser yo quien lo hiciera.

En la maleza junto a la carretera él, el gorrión, estaba colgado, y en el muro también colgaba el palito, ambos pendían, pero la inmovilidad en esta inmovilidad superaba todo límite de inmovilidad, el primer

límite, el segundo límite, el tercer límite, superaba el cuarto, el quinto, el sexto guijarro, la séptima piedrezuela, hierbajos… el aire era cada vez más fresco… Cuando volví la cabeza ella ya no estaba, se había marchado. Me retiré, es decir me retiré de ese lugar, caminé por la pradera, bajo el sol ahora menos ardiente… en el silencio de la montaña. Las pequeñas hondonadas del terreno absorbían toda mi atención, sobre todo las piedras en medio de la hierba que hacían tan difícil la marcha, ¡qué lástima que ella no me opusiera resistencia!, pero cómo podría resistir a alguien que se servía de la facultad de hablar solo como un pretexto para emitir la propia voz, ja, ja, ja, aquel «testimonio» que había hecho Lena después del asesinato del gato, bueno, qué diantres, no opone resistencia, no tiene posibilidad de oponer ninguna resistencia, qué triste nuestro encuentro tan sin rostro, sin mirarnos, un encuentro a ciegas; siempre más flores en medio de la hierba, azules y amarillas, macizos de abetos y de pinos, el terreno desciende en una pendiente, me había alejado bastante, incomprensible esencia de la diversidad y la lejanía, mariposas que revolotean en medio del silencio, una brisa que era una caricia, la tierra, la hierba, los bosques que se convertían en cumbres de montañas, y bajo un árbol un cráneo calvo, unos *pince-nez*: León.

Sentado en un tronco, fumaba un cigarrillo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Nada, nada, nada, nada, nada, nada, nada —respondió, y sonrió beatíficamente.

—¿Por qué tan feliz?

—¿Cómo? Nada de eso; en verdad: ¡nada! Qué juego de palabras. Había uno que decía… estoy contento por nada, comprende señoritín mío, amigazo ilustre y picarón, en verdad «nada» y precisamente eso es lo que uno hace durante toda la existencia. El hombrecito se levanta, se sienta, habla, escribe… y nada. El hombrecito compra, vende, se casa, no se casa… y nada. Sentaditintín sobre un tronquitintín… y nada. Aire.

Sus palabras caían lentamente, con desenvoltura como si intentaran distraer mi atención de algo.

—Habla usted —dije— como si jamás en la vida hubiera trabajado.

—¿Trabajar? ¡Cómo no! ¡Ciertamente! ¡Nada más eso me faltaba! ¡Mi bancuturó! ¡El cancazoturó! ¡El bancón entero y yo dentro de su panzón! ¡Una verdadera ballena! ¿Qué se ha creído usted? ¡Treinta y dos años! ¿Pero después de todo que…? ¡Nada!

Permaneció pensativo, sopló en la palma de una mano.

—¡Y todo se escapó!

—¿Qué se le ha escapado?

Con voz ahogada, nasal y monótona, respondió:

—Los años se disuelven en meses, los meses en días, los días en horas, en minutos, en segundos y los segundos huyen. No los logrará atrapar, señoritingo de mi corazón. Se escurren. Se escapan. ¿Qué soy yo? Tan solo un número de segundos que se han escurrido. Y el resultado: nada. ¡Nada!

Se enfureció y aulló:

—Una estafa.

Se quitó los *pince-nez* con mano temblorosa, envejecido de golpe; semejante a los viejecillos indignados que protestan de vez en cuando en las esquinas, en el tranvía, frente al cinematógrafo. ¿Hablarle? ¿Hablar…? ¿Pero de qué? Yo continuaba vagando sin saber si ir a izquierda o a derecha, tantos eran los lazos, los ligamentos, las insinuaciones, si quisiera comenzar a contarlos desde el principio, el corcho, el platito, la mano temblorosa, la chimenea, me habría perdido, un torbellino de objetos y problemas esbozados, inconexos, tal y cual detalle se relacionaban, se complementaban, pero al mismo tiempo nacían nuevas combinaciones, otras direcciones… eso existía, si a eso se le puede llamar existir, un caos, un cúmulo de rechazos, extraía de todo ello lo que se me ocurría, observaba si era apropiado para la construcción de mi cabaña, la que, ¡pobrecilla!, adoptaba las formas más fantásticas… y así seguía, sin parar… ¿Y León?

Hacía tiempo que me asombraba verlo girar en torno a mí, seguirme, existía cierta semejanza, aunque fuera el mero hecho de que él se perdía en los segundos como yo en los detalles, ah, sí, es más, había también otros indicios que me daban en qué pensar, aquellas bolitas de miga, por ejemplo, durante la cena, otros detalles más, su tiru-liru-lá habitual, y, ahora, ni siquiera sabía por qué, se me ocurría que, aquel horrible «yoísmo» («cada quien en lo suyo») proveniente como un olor de la pareja número tres y del sacerdote, tenía quizá relación con él. ¿Qué podía perder con hacer ahora una alusión al gorrión y a todas las cosas extravagantes que habían ocurrido «allá» en la casa?

Presionarlo para ver si podía descubrir algo, me sentía, de hecho, como un vidente concentrado en su globo de cristal.

—Está usted nervioso, lo comprendo… Después de todas esas historias de los últimos días. Con el gato

y… parecerán tonterías, pero son verdaderos rompecabezas, es difícil desembarazarse de todo eso, se siente uno como cubierto de insectos.

—¿El gatuperio? ¡Frusilerías! ¡Quién va a preocuparse de cadáveres gatúnicos, de gatometrajes! Mire, señoritingo, qué ruido hace ese miserable abejorro. Todavía ayer el gatuperio me irritaba el sistema nervioso con un cosquilleo penetrante… ¿Pero hoy?, ¡qué va!, ¿hoy, durante mi éxtasis en las montañas, en las fuentes primigenias? Sí, de acuerdo, hay una cierta tensión en mis nervios, pero es una tensión festiva, festival, festejadora, param-pararam-pararam, deliciosamente festiva, festivamente deliciosa, ja, ja, ja. ¡Una fiesta! ¡La fiesta! Usted queridindín, queridintintín, ¿no ha observadintín nada?

—¿Qué?

Me mostró la flor que llevaba en el ojal.

—Acerque gentilmente su graciosa narigueta, huela.

Oler aquello me atemorizó e inquietó más de lo que era legítimo esperar…

—¿Por qué? —le pregunté.

—Me he perfumado ligeramente.

—¿Se ha perfumado en honor de sus huéspedes?

Me senté en el tronco, un poco más allá. Su calvicie junto con los *pince-nez* constituía un conjunto en todo semejante a una cúpula de cristal. Le pregunté si conocía el nombre de aquellas montañas, no, no los conocía, le pregunté cómo se llamaba aquel valle, murmuró que en otro tiempo lo había sabido, pero que ya no lo recordaba.

—¿Qué importan las montañas y los nombres? Los nombres no tienen la menor importancia.

Estaba ya por decir, «¿De qué se trata entonces?», pero me contuve. Era mejor que él hablara sin presiones. Aquí, a esta distancia, tras los siete montes y los siete ríos… ja, ja, ja, cuando llegamos aquella vez yo y Fuks al muro, cuando descubrimos el palito, igual que entonces, me sentía en los confines del mundo… olores, tufo a orina, calor, el muro… ¿qué objeto tenía hacerle ahora preguntas?, era mejor dejar que hablara… no me cabía duda, una nueva combinación de elementos me rodeaba y dentro de poco algo iba a concretarse, a manifestarse… Era mejor permanecer en silencio. Estaba sentado, como si yo no existiera…

—Tiru-liru-lá.

Yo nada, seguí sentado.

—Tiru-liru-lá.

Silencio aún, la pradera, el celeste cielo, el sol cada vez más bajo, las sombras cada vez más largas.

—Tiru-liru-lá.

En esta ocasión su tarareo se hizo más fuerte, parecía una señal de ataque. E inmediatamente después:

—¡Berg!

Lo dijo con insistencia, en voz alta… para que no pudiera abstenerme de preguntarle qué quería decir.

—¿Eh…?

—¡Berg!

—¿Qué?

—¡Berg!

—Ah, sí, entiendo, hablaba usted de dos judíos, de un cuento sobre dos judíos.

—¡Ningún cuento! ¡Berg! ¡Bergar un berg con el berg!, ¿me entiende?, bembergar un berberg… Tiru-liru-lá —añadió malévolamente.

Movió las manos y también los pies, como si en su interior celebrara un baile, con aire triunfal. Repitió mecánicamente y con voz sorda, de una profundidad desconcertante:

—¡Berg…! ¡Berg! —calló. Esperaba.

—Está bien, iré a dar un paseo.

—Quédese aquí, ¿adónde quiere ir? Hace demasiado calor para pasear. Se está bien a la sombra. Se está mejor. Son nuestras pequeñas satisfacciones… las mejores. Sabrosas… las saboreamos.

—Sí, he observado que usted se complace con las pequeñas satisfacciones.

—¿Qué dice? Hable con más respeto… —barboteó una especie de risa interior—. Ah, ya comprendo, ¿se refiere usted a mis jueguitos sobre el mantel bajo la mirada de mi cónyuge? Discretamente, como es debido, sin provocar mayores escándalos. Solo que ella no sabe…

—¿Qué?

—Que se trata de un berg. ¡Se trata de bergar con mi bemberg y hacer todas las bembergerías posibles con mi bemberg!

—Ya comprendo… siga descansando, yo pasearé un poco.

—¿Pero por qué tanta prisa? Espere un momentirulingo, tal vez si le digo algo…

—¿Qué…?

—Lo que le interesa… Lo que está usted queriendo saber…

—Es usted un cochino. Un cochino miserable…

Silencio. Árboles. Sombra. La pradera. Silencio. Mis últimas palabras fueron dichas en un tono menos fuerte… ¿Tal vez podía amenazarme? En el peor de los casos se ofendería y me expulsaría de su casa. Y eso estaría bien, se rompería el hilo, me mudaría a otra pensión o en todo caso regresaría a Varsovia para enfadar a mi padre y desesperar a mi madre con mi presencia intolerable… Pero nada de eso… no se ofendía…

—Es usted un cochino cerdo —añadí.

La pradera, silencio, la única cosa que realmente temía era que León enloqueciera.

Cabía la posibilidad de que se tratara de un maníaco, de un trastornado, si fuera así todo dejaría de tener importancia, tanto él como todos sus posibles actos y confesiones, y entonces también mi historia aparecería sustentada en las locuras gratuitas de un pobre loco… sería una historia imbécil. Sin embargo, empujándolo hacia la pendiente de la porquería… de esa manera podría encontrar una solución, ahí de algún modo lo encontraría emparentado con Jadeczka, con el sacerdote, con mi gato, con Katasia… allí me sería tan útil como otra pequeña piedra para esa cabaña que con tanto esfuerzo construía en la periferia.

—¿Pero qué le ocurre? —exclamó sin ninguna convicción en sus propias palabras.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de extraño?

La calma reinaba en la naturaleza…

Por otra parte, si lo había ofendido se trataba siempre de una ofensa lejana… casi vista a través de un periscopio.

—¿Quiere ser tan amable de decirme por qué?

—¡Es usted un vicioso!

—¡Basta! ¡Basta! Por favor, se lo suplico, se lo ruego. El Tribunal Supremo de justicia oirá mi petición. Yo, señor juez, León Wojtys, padre de familia ejemplar, sin ningún antecedente penal, he trabajado toda la vida, he ganado el pan día tras día, salvo los domingos, de la casitina al Banco, del banconazo a la casitina, actualmente pensionado, pero no obstante un ejemplo de virtudes, me levanto a las seis y media, me duermo media hora antes de la medianoche (a menos que eche un partiditín de *bridge*, siempre con permiso de mi media naranja). Honorable señor, durante treinta y siete años no he jamás ejem… ejem… cómo se dice… con ninguna otra mujer… No la he traicionado. ¡Ni una sola vez! ¿Se da usted cuenta? Soy un buen marido, atento, tierno, magnánimo, gentil, alegre, el mejor de los padres, afectuoso, afable con los extraños, hombre de buena voluntad, dígame, ¿qué le hace pensar en esas acusaciones? Como si yo, ejem… ejem… hubiese tenido alguna aventurilla, como si yo, quién sabe por qué, como los perros, de modo ilegal, entre borracheras, lupanares, orgías, lujuria, los peores libertinajes con mujeres sacadas del arroyo, o tal vez como si organizara atroces bacanales con odaliscas, usted mismo lo ve, me quedo tranquilo, puedo bromear —aulló con aire triunfal, desafiándome—. Soy una persona decente y tutti frutti ¡Tutti frutti! ¡El canalla!

—Usted es un onanista.

—¿Qué dice? Excúseme, pero ¿cómo debo entenderlo?

—¡Cada quién en lo suyo!

—¿Qué quiere decir?

Acerqué mi rostro al suyo y exclamé:

—¡Berg!

Aquello dio en el blanco. Se quedó estupefacto por el hecho de que aquella palabra le llegara del exterior. Se sorprendió. Es más, mirándome fijamente a los ojos con odio, masculló:

—¿Qué sabe usted?

Pero inmediatamente lo sacudió una carcajada interior, parecía hincharse a efectos de la risa:

—Ja, ja, ja, perfectamente, tiene usted razón, un bergajo doble o triple con el berg, con el sistema específico silenciosabergamente y discretabergamente a cualquier hora del día y de la noche, y sobre todo en la mesa, en medio de los comensalupos y la familiupa, bajo la mirada de la esposupa y de la hijupa, ¡Berg!¡Berg! ¡Usted tiene ojos de lince! Sin embargo, mi notable señoritín…

Se quedó serio, pensativo, después recordó algo, se llevó las manos a los bolsillos, las sacó y me hizo ver los frutos: una bolsita de azúcar, dos o tres caramelos, el diente roto de un tenedor, dos fotografías indecentes, un encendedor.

—¡Fruslerías…! ¡Pequeñeces como los terrones de allá, las flechas, el palito, los gorriones! ¡Solo me fue necesario un instante para saber que él había sido!

—¿Qué tiene ahí?

—¿Esto? Dulcebergantes y castigobergantes para la instancia del Tribunal Supremo.

Castigobergantes para la sección penal y dulcibergantes para la sección de las pequeñodulzuras. El castigo y el premio.

—¿A quién quiere castigar? ¿A quién desea premiar?

—¿A quién? Precisamente…

Estaba sentado, erguido, con el brazo extendido y «se» miraba la mano… como el sacerdote que «se» acariciaba los dedos, o Jadeczka que «se» amaba a sí misma… y… y… como yo que «me» había envilecido… Desapareció el temor de que León enloqueciera. Me parecía, por el contrario, que entre los dos nos esforzábamos en una misma dirección. Ah, sí, un trabajo arduo, un trabajo a distancia, «me» enjugaba la frente, sin que estuviera sudada.

Hacía calor, pero no demasiado…

Se humedeció el dedo con saliva, después con ademán severo se lo pasó por la mano, y comenzó a observarse atentamente una uña.

—¿Se trata de una broma? —le pregunté.

Se rio feliz, rio a todos los vientos, casi se puso a bailar, siempre sentado:

—Así es, perfectamente, eso es, palabra de honor, se trata de una broma formidable.

—¿Fue usted quien ahorcó al gorrión?

—¿Qué? ¿Quién? ¿El gorrión? No, ¡pero qué dice…!

—¿Quién fue entonces?

—¡Qué sé yo!

La conversación se apagó, y yo no sabía si debía continuar alimentándola en aquel terreno totalmente extinguido. Me comencé a quitar un poco de tierra seca del pantalón.

Estábamos sentados en el tronco como dos alegres compinches, solo que no sabía de qué conversar. Él dijo todavía una vez:

—¡Berg!

Pero lo dijo con voz más tranquila, más apagada; no me había equivocado, me miró con afecto, se golpeó una rodilla con la mano y exclamó fraternalmente:

—Berg, bergo, bergus, veo que es usted un buen bembergador.

Y preguntó con voz firme:

—¿Bemberga usted?

Luego soltó una carcajada.

—Señoritingo de mi vida. ¿Sabe usted, corazón, por qué lo he admitido en el bembergueo? Usted, quequeridintintín, ¿qué es lo que piensa con esa sabia molleronga? ¿Cree que Leoncito Wojtys es un absoluto imbécil por admitir en el bergbergusbembergeo al primer llegado? ¡Vaya broma! Usted ha sido admitido porque…

—¿Por qué?

—¡Curiosillo! Bueno, se lo voy a decir…

Me pellizcó suavemente la oreja y sopló.

—Dígamelo.

—Se lo voy a decir, ¿por qué no? Usted está bembergando con su berg, berg en berg, a mi hija, la joven Wojtys, la hija de Wojtys León, Elena, conocida como Lena. Así, a escondidillas. ¿Cree usted que no tengo ojos? ¡Bribón!

—¿Qué dice?

—¡Canalla!

—¿Yo?

—¡Mosca muerta! ¡Usted desea hacer berg con mi hija! Secretamente, clandestinabergamente, y le gustaría, señoritingo de mi alma, embembergarse bajo sus faldas a pesar del matrimonio, como el amanteberg número uno. ¡Tiru-liru-lá! ¡Tiru-liru-lá!

La corteza de un árbol, nudos, ¿así que lo sabía?, de cualquier modo se imaginaba… ¿así que mi secreto no era un secreto…? ¿Pero qué sabía? ¿Cómo debía hablarle? ¿Normal o… íntimamente?

—¡Berg! —dije.

Me miró con aprobación. Una nube redonda de mariposas blancas voló sobre la pradera, desapareció detrás de las matas al margen del arroyo (porque allí había un arroyo).

—¿Ha bembergado? Muy bien. ¡Usted no tiene nada de imbécil! También yo bembergo. ¡Ahora bembergaremos juntos!, y le aseguro, señoritín de mi corazón, que debe mantener cerrado el hocico, con un

triple candado, ni una palabra a nadie, porque si le viniera en mente palabrear de esto con, por ejemplo, mi adorable esposucona, mi exótica orquídea, entonces me vería obligado de inmediato a hacerlo salir de mi casa.

¡Fuera! ¡Fuera! ¡Atentar contra el lecho de mi hija predilecta! ¿Nos comprendemos? Por eso mismo y después de comprobar que es usted una persona digna de confianza, de acuerdo con el decreto b… b… inciso 12,137 queda usted admitido a mi diaria ceremonia bembergante, estrictamente confidencial, a mi bergceremonia con flores y perfume. En otras palabras, ¿cree que los he arrastrado hasta este sitio solo para ver un panorama?

—Entonces… ¿para qué?

—Para un festejo.

—¿Qué festejo?

—Un aniversario.

—¿Qué aniversario?

Me miró por un rato y después, piadosamente, extrañamente solícito, me confió:

—El aniversario del placer más intenso de mi vida. Hace ya de eso veintisiete años.

Me miró de nuevo con expresión mística, de santo o de mártir. Y añadió:

—Fue con la sirvienta.

—¿Qué sirvienta?

—Con una que teníamos en aquella época. Querido. Solo una vez lo he logrado, en toda mi vida, sin embargo aquello se efectuó de acuerdo con todas las reglas. Llevo este placer conmigo como si fuera el santísimo sacramento. ¡Una sola vez en la vida!

Calló, mientras yo contemplaba las montañas circundantes, montañas, tantas montañas, bosques, tantos bosques, rocas, tantas rocas, árboles, tantos árboles. Se llevó un dedo a la boca, se untó saliva en una mano, la examinó con atención. Después comenzó a hablar, simplemente, lentamente, fatigosamente.

—Debe saber, señoritín, que mi juventud fue solo así, así. Vivíamos en una pequeña ciudad llamada Sokolow, mi padre dirigía una cooperativa, usted sabe cómo son esos pueblos, es necesario hacer todo con prudencia, la gente se entera rápidamente de todo, en una pequeña ciudad se vive como en una casa de cristal, todo paso, cualquier movimiento, una mirada, son ya del dominio público, ¡Dios mío, yo me crie ahí! Y a pesar de que nunca me distinguía por mi osadía… es más, era tímido, retraído… ¡qué se yo…!, bah, por supuesto también me tocó paladear algún bocadillo cuando la ocasión se presentó, cada uno se las arregla como puede, ya lo creo. Pero poca cosa. Demasiado vigilado. Después, ve, apenas entré en el Banco me casé y un poco… a fin de cuentas… poca cosa también entonces, así, así, vivíamos comúnmente en poblaciones pequeñas, por consiguiente tras paredes de vidrio, se ve todo, además, vivía aún más vigilado, porque en un matrimonio uno observa al otro de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, usted podrá imaginarse cómo me sentiría bajo la mirada penetrante de mi mujer primero, y después de mi hija, no solo eso, en el Banco uno siempre es observado y yo inventé para las horas de oficina este entretenimiento: trazar una línea en el escritorio y luego, poco a poco ir excavándola con la uña, pero ¿qué quiere?, viene el jefe de sección, ¿qué diablos está usted haciendo con la uña?, paciencia, de cualquier modo y en consecuencia de todo esto debí recurrir a pequeñas satisfacciones, clandestinas, casi invisibles; en una ocasión, imagínese usted, en Drohobycz, llegó una actriz de gran lujo, ¡toda una fiera! Un día en el autobús por casualidad le acaricié la mano, oh, señoritín mío, qué delirio, qué frenesí, una excitación indescriptible, un deseo loco de volver a repetir aquel acto, ¿pero cómo?, ni hablar, imposible, hasta que finalmente, en mi amargura, se me ocurrió una idea astuta: ¿por qué has de buscar otra mano cuando tú mismo tienes dos?, no me lo va a creer, pero con cierto adiestramiento se llega a tal perfección que una mano puede excitar a la otra, por ejemplo, bajo la mesa, cuando nadie ve, y también si vieran, qué importa, las propias manos pueden tocarse y también tocar las caderas, uno puede tocarse una oreja con el dedo, el placer de hecho es cuestión de voluntad, de intención, si usted se las ingenia encontrará un mundo ilimitado de diversiones en el propio cuerpo, no pretendo que demasiadas, pero siempre es mejor algo que nada, claro que preferiría una odalisca…, pero como no la tengo…

Se levantó, hizo una reverencia y canturreó:

¡Cuando no tienes lo que amas,
entonces ama lo que tienes!

Otra reverencia. Se sentó.

—Por consiguiente, no me puedo quejar. Algo me ha dado la vida. Otros han obtenido más, ¡qué se le va

a hacer!, pero, veamos, ¿quién me garantiza que hayan tenido más? Cada uno cuenta historias, presume que si con esta, si con aquella, en realidad es algo que uno nunca sabe, de vuelta en la casa te quitas los zapatos, te acuestas contigo mismo, ¿entonces?, ¿a qué viene toda esa palabrería?, en vez de eso, yo me dedico a proporcionarme mis pequeños placercitos, no solo los eróticos, me divierto como un príncipe también con las bolitas de miga, o limpiando los *pince-nez*; por lo menos durante dos años he practicado esta diversión, los otros me llenan la cabeza con asuntos familiares, de trabajo, con la política, y yo, como si nada, limpio mis *pince-nez*… ¿qué decía?, ah, sí, no puede imaginarse cómo uno se agiganta gracias a esas pequeñeces, es increíble, el hombre se convierte en cíclope, se siente el país entero bajo la planta del pie y es como si estuviera a centenares de kilómetros de distancia, en las fronteras sudorientales, además el talón del pie puede proporcionar también algunas satisfacciones, todo depende de la intención, del punto de vista, ¿me entiende?, ¿si un callo puede producir dolor por qué entonces no ha de proporcionar también placer? ¿Y el deslizar la lengua por entre las ranuras de los dientes? Así, pues, decía… el epicureísmo, es decir, el placer, puede ser de dos tipos, primum: jabalí, toro, león, secundum: pulga, mosquito, ergo puede ser en grande y en pequeña escala; si se trata de este último tipo, entonces se requiere una capacidad especial para microscopiar, para disgregar, es necesaria una justa división, si come un caramelo las etapas pueden ser las siguientes: primum tomarlo, secundum desenvolverlo, tertium llevárselo a la boca, quartum jugar con la lengua, con la saliva, quintum tomarlo con la mano, observarlo, sextum triturarlo con los dientes… para quedarnos solo en el ámbito de esas cuantas etapas, como ve, uno puede pasarlo sin *dancings*, ni *champagne*, cenas íntimas, caviar, escotes, frufrús, medias de seda, pantaletas, senos, sin arquear el cuerpo, sin ayuntarse, ja, ja, ja, ay, ay, ¡cómo se permite usted!, ja, ja, ja, ay, ay, ay, jo, jo, jo, ju, ju, ju, acariciar una nuca. Me quedo en cambio en la casa, con la familia, cenamos, converso con los huéspedes, y no obstante disfruto en secreto de deleites dignos de un café cantante parisino, calladito, calladito. ¡Veremos si logran descubrirme! No, jamás me descubrirán, ja, ja, ja. Todo consiste en saber conformarse internamente con placercititos, con deseititos, que son como abanicos de plumas dignos de la corte de Solimán el Magnífico. Los golpes de cañón son importantes, pero también lo es el tañido de las campanas.

Se levantó, hizo una reverencia y canturreó:

¡Cuando no tienes lo que amas,
entonces ama lo que tienes!

Otra reverencia. Se sentó.

—Con toda seguridad usted me considera un poco chiflado.

—Un poco.

—Muy bien, considéreme así, eso facilita las cosas. También yo juego un poco a estar loco, para facilitar las cosas. Si no me las facilitara todo se me volvería demasiado complicado. ¿Ama usted las satisfacciones?

—Sí.

—¿Y los placeres?

—También.

—¿Ha visto, hermoso señoritín, cómo al final hemos acabado por entendernos…? Es muy sencillo. El hombre… ama… ¿no es así? Ama. Amórulo. Amorúloberg.

—¡Berg!

—¿Qué dice?

—¡Berg!

—¿Cómo debo entenderlo?

—¡Berg!

—¡Basta! ¡Basta! No…

—¡Berg!

—¡Ja, ja, ja! ¡Cómo me ha desbembergado! ¡Qué mosca muerta! ¿Quién lo hubiera creído? Usted es un gran bembergador, un bembergador de pura sangre. ¡Fuera! ¡De prisa! ¡Prisamberg!

Yo observaba la tierra… de nuevo observaba la tierra, con los hilos de hierba… los terrones… ¡Millares y millares!

—¡Lamer!

—¿Qué?

—Digo que lamer, lamerbergberg, o tal vez escupir adentro.

—¿Pero qué dice usted?, ¿qué está diciendo? —grité.

—Escupir adentro con el bemberg en el berg.

Pradera. Árboles, el tronco. Una coincidencia. Una pura casualidad. Nada de alarmarse.

Era una mera casualidad el que hubiera hablado de «escupir adentro»… pero no en la boca… ¡Calma! ¡De cualquier manera no se trata de mí!

—Esta noche festejaremos.

—¿Qué cosa?

—Esta noche haremos una peregrinación.

—Usted es muy devoto —le dije, mientras él me miraba con la misma preocupación de poco antes. Luego añadió con fervor, pero también con modestia—: ¿Cómo podría no ser devoto?, ya que la devoción es ab-so-lu-ta-men-te, ri-gu-rosamen-te necesaria; sin ella no podría existir ni el más insignificante placer, ¿qué estoy diciendo? Yo nada sé, de vez en cuando me siento perdido, como si deambulara por un gran claustro, usted debe comprenderme, se trata de la religión y de la santa misa de mis placeres, amén, amén.

Se levantó, hizo una inclinación, murmuró:

—*Ite missa est!*

Otra reverencia. Se sentó.

—El meollo está en el hecho —dijo en tono muy decidido— de que Leoncito Wojtys en su triste vida no ha tenido más que un solo espasmo, un espasmo que podría calificar de total… y eso ocurrió hace veintisiete años. Un aniversario. No completamente redondo, porque aún falta un mes y tres días. Ellos creen —se me acercó— que los he traído a contemplar un panorama. La verdad es que los he arrastrado hasta este lugar donde yo y aquella sirvienta… hace veintisiete años, menos un mes y tres días… En peregrinación. La mujer, la hija, el yerno, el sacerdote, los Lulos, los Tolos, todos en peregrinación a mi placer, a mi berg, bergante, deslizberg y a la medianocheberg los bembergaré hasta aquel lugar donde entonces con mi berg en el berg, bergamos berg con berg. ¡Que participen ellos también! Peregrinacionberg y placerberges, ¡ja, ja!, ¡ellos no lo saben! Solo usted.

Sonrió.

—¡No les debe decir nada!

Volvió a sonreír.

—¿Está bembergando? También yo bembergo. Así que podremos hacer una buena bembergada juntos.

Sonrió.

—¡Vaya, vaya! Ahora quiero permanecer solo, deseo prepararme devotamente para mi misa, quiero recordar todo con religiosa escrupulosidad, quiero rehacer la fiesta, la fiesta, la fiesta, la fiesta, la fiesta suprema, déjeme solo, para que en el recogimiento y la plegaria pueda purificarme y prepararme para la ceremonia del placer, el sagrado desliz de mi existencia en aquel día memorable… ¡Váyase, ahora, por favor! ¡Hasta luego!

La pradera… árboles… las montañas con el sol poniente.

—No crea que es un acto de senilidad… Finjo estar un poco loco solo para facilitar las cosas… En realidad soy un sacerdote y un obispo. ¿Qué hora es?

—Las seis.

Era evidente que la historia del «escupir adentro» había sido solo una coincidencia, no podía saber la presencia en mí de la boca de Lena, no, no sabía nada, a pesar de todo es extraño que las coincidencias resulten más frecuentes de lo que se pueda suponer, la viscosidad, las cosas, se buscan una a otra, los acontecimientos y fenómenos son como las bolitas magnéticas que se buscan y que cuando se encuentran cerca, ¡plaff!… se unen… el hecho de que hubiera descubierto mi deseo por Lena, bah, quería decir que se trataba de un verdadero experto, y por ello podía ser él quien había colgado el gorrión, las flechas eran obra suya, el palito, ¿acaso también la vara…?, era posible… sí, debía ser él… sin embargo, resultaba extraño, muy extraño, pues fuera o no él, el hecho no tenía la menor importancia, nada cambiaba el que fuera este o aquel, el gorrión y el palito estaban allá… con la misma intensidad, para nada debilitada, ¡Dios!, ¿no había pues salvación posible? Era muy perturbadora, demasiado perturbadora aquella coincidencia que nos unía, esos extraños engranajes, a menudo casi invisibles, como, por ejemplo, el que también él… amara lo pequeño, sus actos se encadenaban extrañamente a los míos, debía haber algo en común entre nosotros… pero ¿en qué consistía ese algo…? ¿Tal vez me acompañaba, me empujaba, me dirigía? A momentos tenía la impresión de colaborar con él, como si se tratara de un parto difícil —como si entre los dos debiésemos parir algo—, un momento, un momento, por otra parte (¿una tercera parte?, ¿cuántas partes van ya?), no podíamos olvidarnos de aquel «yoísmo», o sea el «cada quien en lo suyo», era posible que ahí se encerrara la clave del misterio, la clave de todo aquello que se mezclaba, se cocinaba, ah, aquel «cada quien en lo suyo» parecía convertirse en una marea creciente en torno a él, del cura, de Tolek, de Jadeczka, había en todo ello algo atrozmente fatigoso, aquel algo se me aproximaba como un bosque,

decimos «un bosque», ¿pero qué sentido tiene ese término?, ¿de cuántos pequeños detalles se compone cada hojita de un árbol?, decimos «un bosque», pero esa palabra se apoya en el desconocimiento, en la ignorancia, en lo remoto. La tierra. Terrones. Guijarros. Se queda uno descansando en un día radiante en medio de cosas comunes, cotidianas, conocidas desde la infancia, la hierba, la maleza, el perro (o el gato), la silla, hasta descubrir que todos los objetos constituyen un ejército gigantesco, una multitud inagotable. Sentado en el tronco, como si fuera una valija, parecía estar a la espera de un tren.

—Esta noche haremos una peregrinación al sitio de mi deleite supremo, aquel de hace veintisiete años menos un mes y tres días —me levanté. Al parecer no quería dejarme ir sin darme una información precisa, tenía prisa—. Esta noche tendrá lugar un bembergum secreto y solemne. Habéis venido aquí para festejar mi Gran Espasmo con aquella sirvienta, de la que ya he hablado, la sirvienta en el refugio…

Gritaba, yo me alejaba… árboles… montañas… sombras que parecían buitres…

Caminaba, el aroma de la hierba amarillenta, rojiza, lleno de florecitas, aromas, aroma, que se parecía y no se parecía al de allá, jardincito, muro, Fuks y yo nos acercamos, seguimos la línea, seguimos la línea trazada por aquel pedazo de madera, nos acercamos, el fin de la lejanía después de haber pasado el terreno de los árboles blanqueados con cal y el mundo del patio trasero abandonado, zarzas y basura… después el olor de orina o de otra cosa, la orina en el calor y el palito que nos esperaba en medio de aquel calor nauseabundo y enloquecedor para combinarse más tarde, no inmediatamente, sino más tarde, con la vara tendida sobre la basura, la portezuela semicerrada, la vara que nos lanzaba al cuarto de Katasia, la cocina, la llave, la ventana, la hiedra y aquel claveteo ensordecedor, el martilleo de Bolita en el tronco, los golpes sobre la mesa del cuarto de Lena y yo, que de pronto me encontré sobre un abeto, ramas, agujas, fronda y encima de todo la tetera, la tetera que me lanzó contra el gato… el gato… el gato… yo y el gato… yo con el gato, allá, aquella vez, ¡qué horror!, algo como para vomitar, me liberaré… pensaba con calma, con sueño, la pradera, caminaba lentamente, mirando bajo los pies, contemplaba las florecitas, y de pronto me encuentro cogido en una trampa cuando menos lo esperaba.

Una trampa hecha de nada, banal… Frente a mí había dos piedras, de regular tamaño, una a la derecha, la otra a la izquierda, más allá, a la izquierda, se entreveía una mancha color café, un hormiguero, y todavía más a la izquierda una raíz negra, podrida —todo alineado bajo el sol, recocido por el calor, definido por la luz— atravesaba ya entre las piedras cuando en el último instante me desvié y pasé entre la piedra y el hormiguero, se trataba de una desviación mínima, una cosa de nada, habría podido pasar por ahí… sin embargo, esa insignificante desviación no se justificaba, lo que pareció desconcertarme… entonces, mecánicamente me volví a desviar una nueva vez para pasar como me lo había propuesto originalmente, es decir, entre las dos piedras, pero encontré una dificultad, mínima, sí, de acuerdo, surgida del hecho de que después de dos desviaciones mi primera intención asumía el carácter de una decisión, mínima también, pero, de cualquier manera, una decisión. Lo que no se justificaba, pues la perfecta indiferencia de esos objetos en la hierba no ameritaba el tener que tomar una decisión…

¿Cuál era la diferencia entre pasar por aquí o por allá? Además, el valle adormecido en medio de sus bosques, de sus moscas… Paz. Calma, somnolencia, sueño. Me sumerjo, miro intensamente, soy todo oídos. Decido en esas condiciones atravesar por en medio de las dos piedras… pero los pocos segundos transcurridos han transformado mi decisión en una decisión todavía más terminante, ¿cómo decidirse si no hay diferencia alguna…? Me detengo de nuevo. Esta vez furioso, muevo un pie para pasar como intentaba hacerlo al principio, entre la piedra y el hormiguero, pero pienso que si pasara entre la piedra y el hormiguero después de haber retirado el pie ya unas tres veces, no se trataría de un simple paso sino de algo mucho más serio… elijo, pues, el camino entre la raíz y el hormiguero… pero entonces advierto que pasar por ahí equivale a tener miedo…

Decido pues, otra vez, pasar entre la piedra y el hormiguero, ¡caramba!, qué me pasa, no voy a detenerme aquí, a mitad del camino, o sea… o sea… no voy a estar aquí combatiendo, ¡Dios mío!, contra fantasmas… ¿Qué ocurre? Una dulce somnolencia cálida y soleada rodea la hierba, las flores, las montañas, no se mueve una brizna de hierba. Ni siquiera yo me muevo. Estaba inmóvil, parado. Sin embargo, mi inmovilidad parecía cada vez más irresponsable, hasta demente, no tenía derecho a quedarme así…

¡Imposible! ¡Debía avanzar…! Pero no me movía. Y entonces en aquella inmovilidad, mi inmovilidad se identificó con la inmovilidad del gorrión «allá» entre la maleza, con la inmovilidad del conjunto que, inmóvil se inmovilizaba allá… gorrión-palito-gato, y con aquel otro conjunto inanimado, inagotable en el que la inmovilidad se acumulaba, como aquí en esta pradera mi inmovilidad creciente, mi incapacidad para moverme…

Entonces me moví. Desvanecí de golpe toda imposibilidad de moverme, sin ulteriores dificultades me fui sin siquiera darme cuenta qué camino elegía, tan carente de importancia era todo aquel asunto, pensaba en

cambio en otra cosa, en que por estar en la parte alta de las montañas, el sol se ocultaba antes. Y de hecho ya a esa hora el sol había descendido. Caminé en dirección a la casa, silbaba, encendí un cigarrillo, no me quedaba sino un recuerdo brumoso de aquella aventura, casi el residuo subconsciente de algo que no había sucedido.

Al fin la casa. Nadie. Las ventanas y las puertas abiertas, subo, vacío por doquier, me acuesto, reposo, cuando bajo las escaleras, Bolita, en el vestíbulo.

—¿Dónde están los demás?

—Salieron a dar un paseo. ¿Quiere un poco de vino fresco?

Me sirvió y nació entre nosotros el silencio —triste, cansado, resignado—, no escondíamos el no tener deseos de hablar, o, mejor dicho, el no poder hacerlo. Bebí el vino frío a pequeños sorbos, ella se apoyó contra el marco de la ventana, miraba hacia afuera, parecía estar a punto de reventar después de una larga marcha.

—Mire, señor Witold —dijo sin pronunciar la d final, lo que le ocurría cuando estaba muy nerviosa—, ¿se ha dado cuenta de lo que hace esa puta? Ni siquiera respeta la presencia de un hombre de la iglesia la muy desvergonzada. ¿Qué se imaginan? ¿Que soy la madrota de un burdel? —gritó encolerizada—. ¡Eso sí que no lo acepto! ¡Les voy a enseñar cómo se comporta uno cuando está en visita! Y ese payaso en pantalones de golf es todavía peor, qué horror, señor Witold, si fuera ella sola la que hiciera los avances, pero él hace lo mismo, ¿se ha visto jamás que un marido coquetee junto con su mujer para conquistar a otro hombre? Es inconcebible, él la arroja a los brazos del otro, ¡y en plena luna de miel!, jamás se me habría ocurrido que mi hija pudiese tener semejantes amistades, desprovistas totalmente de moral y educación, todo en contra de la pobre Jadeczka, se encarnizan contra ella para arruinarle la luna de miel, señor Witold, he visto muchas cosas en la vida, pero algo como esto jamás me había tocado presenciar, no toleraré esas puterías bajo mi techo.

Luego preguntó:

—¿Ha visto a León?

—Sí, lo encontré hace un rato; estaba sentado en un tronco.

Terminé mi vino frío, quería decir todavía algo, pero ni ella ni yo teníamos deseos de hablar, ¿qué objeto tenía hablar? Estábamos demasiado lejos… estábamos tras las montañas y los bosques, estábamos… estábamos más allá…

Y de nuevo en la pradera, esta vez, sin embargo, me movía en dirección opuesta.

Buscaba a los demás. Las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, meditaba profundamente, carente todavía de ideas, como si alguien me las hubiera extraído. La garganta del valle con sus penachos de árboles, con sus cumbres boscosas, las jorobas de las montañas, me llegaba pero desde atrás, como un ruido, como el rumor de una cascada lejana, como un acontecimiento del Viejo Testamento o la luz de una estrella.

Frente a mí la hierba inconmensurable. Levanté la mirada… las carcajadas burlescas llegaron a mis oídos… vislumbré al grupo a través de los árboles, Lulo eres formidable, Lula, déjame, no puedo más, camisetas, pañuelos, pantalones de golf, caminaban en desorden, cuando me vieron comenzaron a hacerme señas y yo se las contesté.

—¿Dónde se había metido usted? ¿Dónde estabas? Nosotros llegamos hasta allá, hasta aquella colina…

Me uní a ellos y caminé a su lado, en dirección al sol, el cual, por otra parte, no era ya visible… había quedado tan solo una gran nada solar, una especie de vacío solar que manifestaba la tensión que emanaba de atrás de las montañas, como de una fuente secreta… inflamando el cielo violeta, intensamente radiante, pero lejano de la tierra.

Miré en mi derredor, todo se transformaba, había aún claridad, pero era ya el anuncio de la apatía, de la abulia y la desgana, una especie de vuelta de llave en la cerradura, las montañas, las colinas, las piedras, los árboles, todo aquello existía ya únicamente por sí mismo, sin ningún otro fin. La alegría de nuestro grupito tenía algo de cacofónico… sonidos semejantes a vidrios rotos, nadie caminaba al lado de nadie, cada quien iba por cuenta propia, los Lulos a un lado, ella delante, él a su espalda, con rostros voluptuosos, pero la malevolencia emanaba de esos rostros… En el centro Lena con Ludwik y Fuks, un poco más atrás Tolek y Jadeczka, y, a sus espaldas, el sacerdote. Desparramados. Me parecieron demasiados. «¿Qué hacer con tanta gente?», pensé atemorizado.

Fuks saltaba feliz, me saludaba; gritaba:

—Defiéndame, por favor, Lena.

—No lo ayudes, Lena —era Lula—, él no está en luna de miel.

Y Fuks exclamaba:

—Yo siempre estoy en luna de miel, para mí la luna de miel dura eternamente.

Y Lulo:

—¿Qué le pasa?, ¿de qué miel habla?

Lena reía discretamente…

La miel, la miel pegajosa de la luna de miel de las tres parejitas… de parte de Jadeczka aquello se transformaba en una miel «para sí», «toda suya», como algunos aromas, porque «uno es como es», y, además, no se baña, para qué, o si lo hiciera, lo haría con entera seriedad, para sí, por higiene, no para agradarle a alguien. Los Lulos atacaban a Fuks, pero su objetivo real era Jadeczka, Fuks no era sino una banda de billar… él lo sabía, pero, extasiado ante el hecho de que por fin alguien lo utilizara como blanco, casi bailaba, en un éxtasis color de rosa, él, la víctima de Drozdowski, hacía ahora, en medio de su alegría mediocre gracejos increíbles. Cuando Fuks bailaba al lado de Tolek y de Jadeczka ellos se mantenían en un silencio condenado a sí mismo, ligeramente repelente. A mis pies la hierba… nada más que hierba… compuesta de tallos y hojas cuyas situaciones propias… —inclinaciones, heridas, soledades, magulladuras, resequedades— se me aparecían furtivamente, como si bailaran, huidizas, absorbidas por el conjunto de la hierba que se extendía sin tregua hasta las faldas de las montañas…

Caminábamos lentamente. La risa de Fuks era aún más estúpida que las travesuras de los Lulos. Me asombraba su imbecilidad, el inesperado *crescendo* de su imbecilidad, me asombraba aún más la miel. La miel crecía. Aquello había comenzado por la «luna de miel». Ahora esa miel se había convertido, por obra de Jadeczka, en algo más específico… siempre más repugnante… a lo que también había contribuido el sacerdote con el movimiento incesante de sus dedos…

Esa miel, amorosa pero un poco repulsiva, que se ligaba un poco conmigo. ¡Ah, las ligas! ¡Basta con aquel afán de unir…! ¡Con las asociaciones!

Nuestros pasos, lentos y errabundos, nos llevaron a la orilla de un idílico torrente. Fuks corrió hacia él, buscó el lugar más apropiado para cruzarlo y gritó:

—Por aquí…

La ausencia de luz destacaba cada vez más la luz existente en los bosques sobre las laderas de las montañas. Lula gritaba:

—Lulo, apiádate de mis zapatos, llévame en brazos hasta el otro lado.

A lo que Lulo respondió con desvergüenza:

—Tolek, por favor, llévela en brazos.

Tolek respondió con un acceso de tos; Lulo movió las caderas y añadió con la más inocente seriedad que podía mostrar una colegiala:

—Por favor, hágame ese servicio; vengo sin fuerzas, estoy casi rendido.

Después de eso las cosas se desarrollaron de la siguiente manera: Lula le gritó a Lulo:

—¡Canalla! —después corrió hacia Tolek, bailoteó delante de él—. ¡Qué le parece!, pobre de mí, infeliz mujer abandonada por su marido; por lo menos usted tendrá piedad de mis zapatitos.

Y mostró su diminuto pie.

Lulo exclamó:

—De verdad, Tolek, ¡vamos!, ¡uno, dos, tres, y que ya no se hable más del asunto!

Y Lula:

—¡Uno, dos, tres! —y se lanzó en brazos de Tolek.

Lulo:

—¡Valor! ¡Ni una palabra más, uno, dos, tres!

Yo no les prestaba demasiada atención, ocupado en examinar lo que me rodeaba y arropaba, por ejemplo la presencia de las montañas que nos abrazaban desde lejos y nos circundaban con una especie de severidad, ensombrecidas por los bosques que se precipitaban sobre nosotros, bajo el resplandor opaco que aún se veía en las cimas. Me daba cuenta, no obstante, de que los Lulos bailaban una danza de guerra, el capitán nada, Fuks en el séptimo cielo, Ludwik nada, el sacerdote parado, abúlico, luego Lena…

¿Por qué la había yo contaminado aquella primera noche, en el corredor, con el labio de Katasia? ¿Y por qué al día siguiente en vez de olvidar aquello lo había reafirmado, y grabado en la memoria? Sentía curiosidad por saber algo, una sola cosa me inquietaba, si tal asociación era solo un capricho mío o si en cambio existía algún vínculo real entre su boca y el labio escurridizo, un vínculo que yo subconscientemente intuía, ¿pero qué vínculo? ¿Cuál?

¿Capricho soberano? ¿Pura fantasía? No, no me reconocía culpable. La cosa me había ocurrido a mí, pero no había sido yo… por qué razón la había convertido en algo expresamente desagradable, cuando sin ella mi vida habría podido ser más musical, fresca, viva, y no, por el contrario, muerta, podrida,

inauténtica, odiosa… Durante ese paseo emanaba tal seducción que prefería no mirarla. Prefería contemplar mejor la hierba, tener el valle en la mente. No, no es que no pudiera amarla a causa de aquella estúpida asociación con Katasia, pero ahí estaba el cogollito del problema, lo peor era que no quería amarla, no tenía deseos de amarla, no la hubiese amado, aunque mi cuerpo fuera un saco de deseos y me hallara ante la más hermosa Venus. Me abstenía hasta de mirarla. Me sentía mal, por consiguiente no tenía ganas… Un momento… un momento… ¿Tal vez fuera yo el detestable y no ella? Tal vez era yo quien provocaba repulsión. ¿Era mi culpa? Nunca lograré entender nada. Jamás lograré adivinar… ¡atención, atención! «¡Levántela ya!», los tobillos de Lulo cubiertos con mallas de colores:

—¡Levántela, Tolek, como amigos, también ustedes están pasando la luna de miel…!

Y la voz de Jadeczka, profunda, intensa, confiada, noble:

—Tolo, por favor, pasa a la señora al otro lado.

Contemplé la escena. Tolek dejó a Lula al otro lado del arroyo, la comedia había terminado, de nuevo caminábamos lentamente por la hierba, la miel, no sé por qué la miel, la miel con los dedos del sacerdote, caminaba como si fuera de noche, en el bosque, cuando ruidos, sombras, formas huidizas, desconocidas, fatigosamente confusas se presentan, os rodean, o se agazapan dispuestas a dar el salto y a agrediros… Y León, ¿qué estaría haciendo León con su bemberg en el berg? ¿Cuánto tiempo faltaría aún para la ceremonia? ¿De qué lado saltaría la fiera? La pradera estaba rodeada por montañas que con su silencio inducían al abandono y a la renuncia, oprimían con grandes capas de invisibilidad, estratos de inexistencia, rocas de ceguera y de mutismo; en la pradera, mientras tanto, detrás de los árboles apareció la casa que no era la casa y que existía solo por no serlo… por no ser la otra casa… la de allá, con todo el sistema que aquella encerraba: el gorrión colgado, el palito colgado, el gato estrangulado, colgado, enterrado, todo bajo el control y los cuidados del hocico «amanerado» de Katasia, hocico que en ese momento debía deambular por la cocina, en el jardincito, es posible que en el porche.

El hecho de que la casa de allá se filtrara a través de la casa de aquí era algo inoportuno… y también algo enfermizo, total y morbosamente enfermizo… no solo enfermizo, también contagioso… meditaba en que no había nada que hacer, ni modo, aquella constelación, esas figuras, ese sistema ya no eran superables, no podía uno escapar, no podíamos liberarnos, tan fuerte era su existencia. Existían. Yo, mientras tanto, caminaba por la pradera y Ludwik me preguntaba si le podría prestar una hoja de afeitar… ¡Por supuesto, con gusto…!, y (pensaba yo) aquello no era superable debido a que cualquier defensa y, sobre todo, una fuga no hacían sino complicar más las cosas, embrollarlas, como cuando se cae en una trampa y cualquier movimiento no hace sino reforzar las ataduras… quién sabe, pudiera ser que aquello me había sucedido precisamente por intentar defenderme, tal vez me asusté demasiado cuando por primera vez el labio de Katasia se escurrió junto al de Lena y provocó la vibración, aquella primera vibración, aprehensible, de la que derivó luego todo lo demás. ¿Habían mis defensas prevenido entonces el ataque…? No estaba seguro… De cualquier manera ahora era demasiado tarde, un pólipo se había formado en mi periferia y entre él y yo se había creado ese tipo de contradicción por la que mientras más lo destruía yo, más existía él.

Frente a nosotros la casa parecía muy concentrada por el crepúsculo, concentrada en su materia misma, debilitada… el valle parecía un falso cáliz, un ramo de flores venenosas, henchido de impotencia, el cielo desaparecía, en todas partes telones de bruma, crecía la resistencia, las cosas se negaban a entregarse, se ocultaban, desaparecían, se diluían, el fin… aunque era posible ver aún cierta claridad… se experimentaba una maligna disolución del mismo acto de ver… Sonreía al pensar en que la oscuridad podía ser cómoda, el no-ver
le permite a uno aproximarse, tocar, abrazar, amar hasta la locura, pero qué queréis, no tenía deseos, sufría de eczema, estaba enfermo, nada, nada, solo escupir, escupir en la boca y basta.

No tenía deseos de nada.

—Mira —oí que le decía aquella boca a su Adorado y Único, con voz suave pero apasionada (aunque no la miraba tenía la certidumbre de que se estaba refiriendo a los colores violáceos del firmamento)—. Mira —dijo sinceramente y con énfasis, adoptando su instrumento bucal y repentinamente oí un «sí, ya vi», pronunciado con timbre de barítono, también sinceramente. ¿Y el sacerdote? ¿Qué hacía el sacerdote con sus dos grandes manotas? ¿Qué pasaba por aquel lado?

Precisamente a unos cuantos pasos de la casa, Fuks y Lulo se echaron a correr para ver quién llegaba primero a la puerta de la cocina.

Entramos en la casa. Bolita se ocupaba de preparar la cena. León salió de un cuarto con una toalla sobre los hombros.

—Preparándibus la comiditibus, ilustrísibus, limpísibus, elegantísibus, ¡tiru-liru-lá y olé! Lo cierto es que a mi barriguitaña, hermanos de la montaña hay que darle ya su alimentaña, y también un poco de

musiqueta, ¡pa-ram-pararam pararam!

Ludwik me volvió a pedir una hoja de afeitar… Poco después León me dio un codazo y me pidió que le prestara mi reloj porque desconfiaba del suyo. Le di el reloj, le pregunté si le importaba tanto la exactitud. Volvió Ludwik a pedirme un poco de cordel, cosa que yo no tenía. Pensé, la hoja de afeitar, el reloj, un poco de cordel, piden esto, piden aquello, ¿qué será?, ¿qué trata de surgir por ese lado…? ¿Cuántos filones podían formarse semejantes a ese…? ¿Apenas perceptibles, larvados todavía, deformes o enmascarados…? ¿Qué pasaba, por ejemplo, con el sacerdote?

La mesa estaba ya servida, las tinieblas que reinaban en la casa eran infinitamente más densas, la noche dominaba ahora la escalera, pero en nuestra habitación del piso superior, en la que Fuks se peinaba frente a un espejito de bolsillo apoyado sobre el parapeto de la ventana, había aún vestigios de luz; la negrura de los bosques en las laderas, a una distancia de unos dos kilómetros, penetraba a través de las ventanas con actitud hostil, desafiante. Los árboles junto a la casa murmuraban, sopló un vientecillo ligero.

—¡Amigo, qué historia! —decía Fuks—. Se han encarnizado contra esa pareja, tú mismo lo has visto, qué se le va a hacer, mientras paseábamos, una comedia para estallar a carcajadas, no te puedes imaginar, cuando eligen una víctima, que se salve quien pueda, pero, por otra parte es necesario admitir, ni siquiera puede uno extrañarse… el único problema es que las cosas se hayan puesto así… inspirados… sostén por un instante el espejito, por favor… no me asombra que Lula… ya el comprar un muchacho como ese con el dinero de papá es algo irritante, pero correr también tras el otro… Para Lena todo esto debe ser muy deprimente, a fin de cuentas son invitados suyos, ambas son sus amigas, y ella no sabe resolver estas situaciones, es demasiado débil, y Ludwik, ¡vamos!, una nulidad, extraño tipo, el clásico funcionario, bien vestido, atildado, meticuloso, cómo ha podido conseguir que Lena, también eso es extraño, pero qué quieres, las gentes se unen por azar, caramba, tres parejas en luna de miel, cómo no iba a haber un poco de desorden, pero debemos admitir que aquí ha habido demasiado, demasiado, no me extraña que Lula haya querido vengarse… Sabes que sorprendió a Jadeczka con Lulo…

—¿Qué dices…?

—Yo mismo los vi, con mis propios ojos. Durante la comida. Me agaché para recoger la cajetilla de cerillas y los vi. Él tenía la mano bajo la mesa sobre una rodilla, la de Jadeczka estaba justamente al lado, a un centímetro apenas, puesta en posición poco natural. Ya te podrás imaginar el resto.

—¡No sabes lo que dices!

—Te digo que sí. Yo entiendo de estas cosas. Ella debe de haberse dado cuenta… Lo puedo adivinar por su cara… Y ahora ella y Lulo se vengan de Jadeczka.

No me interesaba discutir, me sentía aplastado. ¿Sería posible? ¿Y por qué no? ¿Podría Jadeczka ser realmente así? ¿Por qué no podría serlo? Oh, en ese caso se podrían encontrar millares de motivos para justificar su conducta… ¿pero por qué Fuks no podía equivocarse? Podía haber sufrido una alucinación… tal vez intentaba por razones que se me escapaban… me sentía enfermo, enfermo, enfermo. Además, el miedo de que las manos se me volvieran algo vivo, que volvieran a oprimir, y ese miedo me hizo cerrar los puños. ¡Cuántos riesgos! Mientras tanto él charlaba, se cambiaba de camisa, el cuello abierto mostraba su maciza nuca rojiza, hablaba rojizamente, el cielo se sumergía en la nada, de abajo nos llegaba la voz de León:

—Mujeralia, la comidalia para papadalio, tiru-liru-lá.

Pregunté con violencia:

—¿Y Drozdowski?

Se enfadó:

—¡Caramba! ¡Eres un canalla por recordármelo! Cuando pienso que dentro de unos días estaré frente al bendito Drozdowski, durante siete horas seguidas, siete horas al día con ese estúpido, me vienen ganas de vomitar… si vieras cómo cruza la pierna… ¡de vomitar! Pero qué le voy a hacer, *carpe diem*, disfrutemóribus mientras esto dúrebus, como diría León, ahora me es esencial divertirme, ¿me entiendes?

Desde abajo la voz de Bolita:

—A la mesa, por favor. Un bocadillo, tan solo un bocadillo —era una voz seca, casi pétrea. La pared junto a la ventana que se hallaba frente a mí, era, como todas las paredes, rica en motivos… algunas venas, un puntito rojo, dos grietas, una desconchadura, hilos que desaparecían, pocas cosas, pero de cualquier manera existentes, productos de los años precedentes, meditando en esa nueva red atrapé a Katasia, ¡a saber qué estaría haciendo ahora Katasia!

—¿Crees que haya sucedido algo nuevo?

Por un momento escuché mi propia voz:

—¿Qué quieres que pueda haber sucedido? ¿Te gustaría saber mi opinión? Estoy seguro de que si no nos

hubiéramos aburrido tanto en casa de los Wojtys no hubiera pasado nada. El tedio tiene poderes aún más terribles que el miedo. ¡Cuando uno se aburre solo Dios sabe las cosas que es capaz de imaginar! ¡Vámonos…!

En la planta baja todo era oscuridad, y, más que nada, estrechez, la entrada era incómoda y además la mesa tuvo que ser colocada en la esquina debido a las dos bancas pegadas a la pared, en estas, una parte del grupo se acomodaba ya… naturalmente bromeaban en torno a que con esa oscuridad y en un sitio estrecho la atmósfera era ideal para los recién casados, cuando apareció Bolita con dos lámparas de petróleo, las que crearon algo así como dos puntos de luminosidad brumosa. Colocó una sobre la mesa y otra en el parapeto de una ventana, y la luz oblicua agigantó nuestra presencia física en torno a la mesa, la volvió más fantasmal, nubes de sombras gigantescas danzaban en las paredes, la luz extraía con violencia fragmentos de caras, de bustos, mientras el resto se perdía, la proximidad aumentó y el ya estrecho espacio fue disminuyendo poco a poco, una densidad cada vez más densa en el agrandamiento y en el desvanecimiento de las manos, las mangas, los cuellos, todos se sirvieron carne, se sirvieron vodka y no era del todo imposible pensar en una fantasmagoría con hipopótamos. Con mastodontes. Bajo el efecto de las lámparas, la oscuridad de afuera, del campo abierto, se volvió más densa y agresiva. Me senté junto a Lulo, Lena estaba sentada entre Fuks y Jadezcka, bastante distante de mí, del otro lado de la mesa, en el ámbito de lo fantástico las cabezas se unían, en las paredes se unían y fundían las manchas sombrías de las manos al moverse para tomar la carne. No faltaba el apetito, todos se sirvieron abundantes raciones de jamón, de lomo, de *roast-beef*, la mostaza circulaba de mano en mano. También yo tenía apetito, pero hubiera preferido escupirla en la boca, el escupitajo penetraba todo lo que comía. Y la miel. Me sentía envenenado, no obstante el apetito. Jadeczka permitía, embelesada, que Tolek le sirviera ensalada, y yo me preguntaba cómo era posible que pudiera ser tan distinta a lo que había imaginado, que pudiese ser como la describía Fuks, la cosa, de hecho, no era imposible, también ella podía ser así a pesar de su órgano bucal y sus éxtasis, ya que todo es posible siempre y la justificación de una combinación se podría encontrar siempre en millares de motivos ocasionales, pero aquel sacerdote, el sacerdote que callaba, que deglutía algo, parecía que masticaba pastas o una sopa, comía torpemente y aquel modo de alimentarse campesino, desgarbado y chato como un gusano (pero yo no sabía nada, realmente no sabía nada bien, observaba el techo), ¿qué hacía aquel sacerdote? Yo comía abundantemente, pero también con cierto desagrado, el desagrado estaba en mí, no en la carne. Lástima que mi amargura lo amargara todo, me había hecho amargarlo todo… sin embargo no me preocupaba excesivamente, ¿qué podía preocuparme a esa distancia? También León comía a la distancia. Estaba sentado en el extremo de la mesa, ahí donde se unían las dos bancas, sus *pince-nez* parecían hincharse en la luz como dos gotas, bajo la cúpula del cráneo acantarado su rostro colgaba sobre el plato, cortaba el pan con jamón en mínimos bocaditos e iniciaba entonces el proceso habitual: pincharlos con el tenedor, elevarlos a la altura de la boca, introducirlos en la boca, degustarlos, masticarlos, tragarlos, duraba bastante antes de que su boca se librara de aquellos bocaditos. Callaba, lo que en él era insólito, y tal vez por eso al principio nadie hablaba, se reconcentraban. Él mostraba una satisfacción plena en el comer. Se masturbaba al comer, cosa demasiado laboriosa, semejante, si no idéntica, a la manera en que Jadeczka se saciaba junto al capitán (cada quien en lo suyo), junto al comer de ella estaba también el comer del sacerdote, campesino y rumiante, indecente aunque quién sabe de qué mañera. El «comer» se relacionaba con la «boca», escupir en la boca, escupir en la boca… Comía, es más, con bastante apetito, y ese apetito mío me confirmaba de manera preocupante lo mucho que me había yo habituado a la idea de escupir, pero mi temor no me atemorizaba, estaba a la distancia…

Comía las carnes frías y la ensalada. Bebía vodka.

—Las once.

—Las once del martes.

—… la parte inferior de metal plateado, pero podía pasar…

—… me dijeron en la Cruz Roja…

Trozos de conversación. Palabras informes aquí y allá.

—… o tal vez las avellanas, aquellas saladas…

—Cómo no, tómelo, no faltaba más…

—Tiene derecho, se adelanta, el otro lo sigue…

—¿De quién?

—Ayer por la noche…

La densidad aumentaba y pensaba que esa densidad no terminaría nunca, avanzaba incesantemente, me encontraba en un remolino que avanzaba y en el que a cada instante alguna cosa nueva se encontraba sobre uno, que nunca sería capaz de recordar, de aprehender en la memoria, tantas y tantas cosas a partir del

comienzo, la cama de hierro, pero aquella cama sobre la que estaba tirada con la pierna extendida desapareció extrañamente, como si se hubiera perdido a mitad del camino, y, después, por ejemplo, el corcho en el comedor, también el corcho desapareció y después los golpes o tal vez la condesa, el pollo mencionado por Ludwik, el cenicero con la red metálica, o la escalera solamente, ah, sí, la escalera con su ventanilla o la chimenea y el canalón, Dios mío, la vara y luego el tenedor, el cuchillo en la mano, con las manos, la mano de ella, mi mano y aquel tiru-liru-lá, buen Dios, Fuks, todo debido al tal Fuks, por ejemplo, el sol a través de la persiana, y, otro ejemplo, nuestro caminar en la dirección señalada por la vara, o nuestra marcha por el camino con aquel calor, Dios mío, olores, cansancio, el té que… y Bolita que decía: «hija mía», aquellas hendiduras bajo la raíz, qué sé yo, el jabón en el cuarto de Katasia, el pedacito de jabón o la tetera, y la mirada de ella semejante en su pudibundez a la mimosa, la portezuela en el jardín, sus detalles, la chapa, las cadenas, Dios omnipotente, todas aquellas cosas bajo la ventana, en medio de la hiedra, o tal vez la luz que se apaga en la habitación de ella, las ramas del abeto, mi fatigoso descenso, o, es más, otro ejemplo, el sacerdote en medio del camino y aquellas señales imaginarias, aquellos prolongamientos, Dios, Dios, y el pájaro colgado, Fuks que se quita los zapatos y su manera de interrogarnos en el comedor, estúpido, estúpido, después la marcha y la casa en que permanecía Katasia, el porche, por ejemplo, y la puerta por primera vez, el calor y el hecho de que Ludwik fuera a la oficina, o tal vez la disposición de la cocina en relación al resto de la casa, la piedra amarillenta y la llave del cuarto pequeño, y después la rana, a saber qué cosa hubiera ocurrido, un trozo de techo manchado y las hormigas, allá, junto al segundo árbol en la carretera y el rincón donde habíamos permanecido, Dios, Dios, Dios, Kyrie Eleison, Christie Eleison, el árbol, allá en el monte y aquel sitio detrás del armario y mis problemas con él, con mi padre, los alambres calentados al sol, Kyrie Eleison…

León levantó con el dedo un granito de sal, lo depositó en la lengua, metió la lengua…

—… nos sentíamos obligados con ellos…

—Aquel valle de Bystrzyca…

—En el segundo piso, yo pregunté…

Una condensación de palabras como sobre un tapiz manchado, como en el cielo raso…

Había terminado de comer y estaba sentado con el rostro soldado a aquel cráneo en forma de cántaro… parecía que el rostro pendía del cráneo… Hablaban ahora mucho, posiblemente porque él callaba. Su silencio creaba una laguna.

Recogió con el dedo húmedo otro granito de sal, levantó el dedo, lo observó, sacó la lengua, tocó con la lengua el dedo, cerró la boca. Degustó.

Jadeczka pinchaba con el tenedor unas rebanadas de pepino. No hablaba.

El sacerdote, inclinado, las manos bajo la mesa. La sotana.

Lena. Sentada tranquilamente, de repente la acometió un vértigo de pequeñas actividades, dobló la servilleta, cambió un vaso de sitio, tiró algo, le pasó un vaso a Fuks, sonrió.

Lulo exclamó:

—¡Cáspita!

Bolita entró, contempló un poco la mesa y a la concurrencia, volvió a meterse en la cocina.

Yo anotaba esos hechos. Esos y no otros. ¿Por qué precisamente esos? Observaba las paredes. Puntitos y grietas. Apareció algo como una figura. No, la figura desapareció, era el caos y la estúpida superabundancia, ¿qué hacía aquí el sacerdote? ¿Y Fuks y la miel y Jadeczka? ¿Dónde se había metido Ludwik? (porque no estaba, no había bajado a cenar, pensaba que se estaría afeitando, quise preguntárselo a Lena, pero no lo hice). ¿Y los montañeses que nos habían llevado?, ¿dónde estaban? Todo era confuso. ¿Qué se podía saber? De pronto ¡Bummm!, me golpeó algo que ocurría allá afuera, la tierra con todas sus variantes hasta las montañas, y aún más allá de las montañas el camino que serpenteaba en medio de la noche dolorosa, aplastante, ¿por qué había estrangulado al gato?

León levantó los ojos, me observó pensativamente, con atención, es más, con cierto esfuerzo de concentración… extendió la mano para tomar un vaso de vino, se lo llevó a la boca.

Su esfuerzo, su atención se apoderaron también de mí. Levanté el vaso, bebí.

Cerré los ojos.

Le temblaron las cejas.

—¡A la salud de los solteros!

—¡Monstruo!, ¿cómo te atreves en plena luna de miel?

—Bueno, ¡abajo los solteros!

—¿Qué te pasa, Lulo?

—¿Cómo te sientes, Lula?

Los *pince-nez* brillaban bajo el cráneo de León. Volvió a extender un dedo, a tomar un grano de sal, a llevárselo a la boca. Lo retuvo en la boca.

Jadeczka se llevó el vaso a la boca.

El sacerdote emitió un sonido extraño, un regüeldo. Se movió.

La pequeña ventana… el gancho.

Bebí.

Se movieron sus cejas.

Cerré los ojos.

—¿Por qué tan pensativo hoy, señor León?

—¿En qué piensa, señor León?

Eran los Lulos. Bolita no pudo contenerse:

—¿En qué piensas, León?

Preguntó desde la puerta de la cocina, con expresión aterrorizada y los brazos caídos, no intentaba esconder su pavor, hizo la pregunta como si nos aplicara una inyección de terror; mientras tanto yo pensaba, pensaba muy profunda y arduamente, sin alcanzar el menor pensamiento.

León preguntó, como si se dirigiera a otro grupo:

—¿Pregunta ella en qué pienso?

La miel.

Apareció la punta de su lengua en una comisura de sus labios delgados, una punta color de rosa que permaneció ahí, entre los labios, la lengua de un viejo señor con *pince-nez*; la lengua, escupir en la boca, en el torbellino volvieron a aparecer, a salir a la superficie, la boca de Lena y la de Katasia, fue solo durante un instante, las vi en la cumbre, como se ven esos trocitos de papel en medio del estruendo retumbante de una cascada… después todo desapareció.

Me aferré a la silla con todas mis fuerzas para evitar que la violencia de las cosas me derribara. Un gesto tardío. Más que eso, retórico. Una bufonada.

El sacerdote.

Bolita nada. León. Lula pregunta con voz un tanto plañidera, ¿qué pasa con nuestra excursión, señor León? ¿Qué hacemos aquí? ¿De noche, en esta oscuridad? ¿Qué panorama vamos a poder ver de noche?

—Son pocas las cosas que pueden verse en la oscuridad —intervino Fuks impaciente y groseramente.

—Mi mujer dice (¡mientras decía esto el pájaro y el palito permanecían allá!), mi mujer añade (¡Jesús, María!), mi mujer (sentí que se me crispaban los puños)…nada de nerviecitos, por lo pronto —añadió jovialmente—. No hay ninguna razón para los nervios… Todo en ordre, bitte, os lo suplico, sentémonos aquí como Dios manda, cada quien sobre su culifimdillo, disfrutemos de los frutos de Dios y refresquémonos con el alcoholinicio y el vinicio y dentro de una horizontalia haremos un paseo bajo mi guía y dirección a aquella delicia única donde se abre el esplendor del paisaje, como ya he dicho, ante ese milagro lunar que danza tiru-liru-lá sobre las montañas, las colinas, los campos, los valles, ja, ja, ja… igual que cuando lo vi yo hace de esto veintisiete años menos un mes y tres diminutos días, mis señoritines queridos, cuando por primera vez me perdí a esa hora de la noche en aquel lugar incomparable y pude ver… y lamer —añadió palideciendo. Le faltaba la respiración.

—Está nublado —exclamó Lulo con rudeza y sin entusiasmo—, no se va a ver nada si hay nubes, la noche está muy oscura, no llegaremos a ver nada.

—¡Las nubes! —masculló—, ¡las nubes…! Perfectamente. También entonces… había algunas nubes. Me acuerdo muy bien. Las vi al regresar. Me acuerdo —gritó impaciente y apresuradamente y volvió a quedarse en silencio, meditabundo. Yo también pensaba… ininterrumpidamente, con todas mis fuerzas. Bolita (que poco antes se había retirado a la cocina) estaba de nuevo en el umbral de la puerta.

—¡Cuidado con la manga!

Al oír esas palabras sentí que me recorría un escalofrío. La manga, la manga. Pero sus palabras se dirigían a Fuks, una de cuyas mangas estaba sobre la mayonesa. Nada en especial. Silencio. ¿Por qué no estaba Ludwik con nosotros?, ¿dónde se había escondido?, ¿por qué estaba ella sin Ludwik?

El gorrión.

El palito.

El gato.

—Mi mujer no confía en mí.

Observó uno por uno tres dedos de su mano derecha. Comenzó la operación con el índice.

—Señores y señoras, mi mujer quiere saber en qué pienso.

Enarboló en el aire aquellos tres dedos, mientras yo apretaba fuertemente los puños.

—Señores, me produce cierto desagrado… ejem… que mi mujer después de treinta y siete años de inmaculada convivencia matrimonial me pregunte con tanto nerviosismo en qué pienso.

El sacerdote dejó oír su voz:

—Me quieren pasar el queso, por favor —todos lo miraron; aquel volvió a añadir—: El queso, por favor —Lulo se lo pasó, pero en vez de servirse un poco, el sacerdote dijo—: Estamos muy reducidos de espacio, sería mejor que desalojaran un poco la mesa.

—Se podría desalojar un poco la mesa, ya lo creo —dijo León—. ¿Qué estaba yo diciendo? Ah, sí, decía que no me merecía, después de tantos años de convivencia íntegra incorruptible ejemplar moral leal… ¡Tantos años, señores! Años, meses, semanas, días, horas, minutos, segundos… Sabed, señores, que he calculado con un lápiz los segundos de mi convivencia matrimonial, tomando en cuenta los años bisiestos y me han resultado ciento catorce millones, novecientos doce mil, novecientos ochenta y cuatro segundos, ni uno más ni uno menos, hasta las siete y media de esta noche. De las ocho hasta esta hora deberán añadirse otros varios millares.

Se levantó y canturreó:

¡Cuando no tienes lo que amas,
entonces ama lo que tienes!

Volvió a sentarse y a sumirse en sus meditaciones.

—Si queréis desalojar la mesa… ¿De qué hablaba? ¿De qué? Ah, sí, tantos segundos bajo los ojos de la mujer y la hija, y, sin embargo, ¡quién podría creerlo quién podría creerlo quién podría creerlo, mi mujer no confía siquiera en mis pensamientos!

Calló. Comenzó nuevamente a meditar. Sus meditaciones estaban fuera de lugar, eran, sin duda alguna, un caos indescriptible, el desorden, algo por el estilo, eso se adivinaba más por su expresión que por sus palabras… o mejor dicho por el todo… por el total del todo… de nuevo… de nuevo… celebraba algo. El gorrión. El palito. El gato. No se trataba de eso. Entonces se trataba de eso. Celebraba una especie de letanía, de ceremonia religiosa, como si dijera: «¡Mirad con cuánta atención me entrego a la desatención!»…

—Mi mujer no se fía de mis pensamientos, y, hay que aclararlo, ¿me merezco esto? No, hay que reconocerlo, salvo que, para decir verdad (desalojad esta mesa, me avergüenza estar ante ella, está uno sentado incómodamente, las bancas son excesivamente duras, qué se le va a hacer), solo que es necesario decirlo, es necesario reconocer, lo cierto es que en estos casos no se sabe nada, cómo va uno a saber qué pensamientos se albergan en la mente de los demás… Voy a darles un ejemplo. Yo, marido y padre ejemplar, tomo cuidadosamente este cascarón y lo sujeto con los dedos.

Tomó un cascarón.

—Lo tengo entre los dedos… y lo hago girar… lentamente… ante los ojos… algo del todo inocente.

No le hace mal a nadie, no molesta a nadie.

A fin de cuentas se trata solo de un pequeño pasatiempo. Sí, pero aquí surge la cuestión sobre el modo de hacerlo girar entre los dedos… Porque, todo sumado, comprendéis, lo puedo hacer girar casta e inocentemente… pero si me viniera en gana también podría…

¡Ah…!, si tuviera ganas también lo podría hacer girar un poco más… ejem… ¿qué decía?

Un poco… evidentemente pongo este ejemplo para demostrar que aun el marido más digno podría haber hecho girar este cascarón bajo los ojos de la consorte de una manera…

Se sonrojó. Era inaudito, tomó un color escarlata. ¡Increíble! Era consciente de ello, cerró los ojos, pero no disimulaba su vergüenza, por el contrario la exhibía abiertamente ante todos. La ostentaba.

Esperaba que le pasara el rubor. Daba vuelta aún al cascarón. Al fin abrió los ojos y suspiró. Dijo:

—¿Habéis visto?, no es del todo… en fin…

Una pausa… el grupo en nuestro rincón permanecía sentado… pero comenzaba a impacientarse… Lo observaban, seguramente pensaban que estaba un poco loco… Sin embargo, ninguno se atrevió a romper el silencio que siguió.

Afuera, cerca de la casa se oyó un ruido seco, como si algo o alguien hubiera caído, ¿quién?, ¿qué? Fue un ruido imprevisto que me mantuvo absorto, me hizo pensar larga, profundamente… solo que no sabía ni en qué ni cómo pensar.

—Berg.

Lo dijo con calma, con mucha cortesía y prosopopeya.

Yo respondí con igual cortesía y claridad:

—Berg.

Me miró por un instante, bajó los párpados. Ambos permanecimos en silencio, en contemplación de la palabra «berg», como si se tratara de un reptil subterráneo, de aquellos que jamás salen a la luz del sol… y que en ese momento se encontrara ahí, ante todos… Observaban, según me parecía… Intuí de golpe que todo se había movido hacia delante, como un alud, una inundación, un ejército en marcha, que el golpe decisivo había sido asestado. ¡Adelante! ¡En marcha! ¡Movimiento, acción! Si únicamente él hubiera exclamado «berg», no habría ocurrido nada fuera de lo común, pero yo también había dicho «berg». Mi berg al unirse al suyo —confidencial, privado— extraía su berg de la intimidad. No se trataba ya de la palabrita confidencial de un personaje excéntrico.

Ahora era algo verdadero… ¡Algo que existía! Aquí, frente a nosotros, y de golpe se colocó por encima de nosotros, nos dominó vigorosamente, nos doblegó.

Durante un instante vi el gorrión, el palito, el gato, junto a las bocas… parecían desechos del torbellino estruendoso de una cascada, desaparecieron. Esperaba que todo se moviera hacia delante, que progresara en el sentido indicado por el berg. Era yo un oficial de Estado Mayor. Un monaguillo que auxiliaba en la misa. Un ejecutor obediente y disciplinado. ¡Adelante! ¡En marcha! ¡Uno, dos!

Pero Lula gritó:

—¡Bravo, señor León!

Estaba convencido de que ella lanzó esa exclamación por la sola razón de que tenía miedo. Y de golpe todo se derrumbó, se hizo trizas, se hinchó, nacieron risitas, se volvió a hablar, León soltó una gran carcajada, ja, ja, ja, pásenme la botella, beber, beberecuo, mamicua la vodkicua, bebamos, bebamos, colmemos los cálices, glu, glu, cada uno su gotita, gogotitita, gogogoterón. ¡Qué ira! ¡Qué decepción!, después de aquel momento tan solemne en que nos preparábamos ya a dar el salto no ocurre sino la decadencia, la disolución, vuelve el torbellino, pásame el vodka también a mí, la señora no bebe, gracias, una gota de coñac, el sacerdote, Jadeczka, Tolek, Lulo, Lula, Fuks y Lena con su boquita deliciosamente húmeda, un alegre grupo bohemio. Todo se había derrumbado. No quedaba nada. Todo volvía a parecerse a una pared sucia. El caos.

El gorrión.

El palito.

El gato.

Los recordé, porque estaba por olvidarme. Volvieron a mí, porque estaban alejándose.

Desaparecieron. Sí, debía buscar en mí el gorrión, el palito y el gato que estaban desapareciendo, debía buscarlos y sostenerlos en mí. Y debía esforzarme por volver con el pensamiento allá, hacia aquel lugar, más allá de la carretera, junto al muro.

El sacerdote se volvió a mover en la banca, demostrando su incomodidad. Pronunció palabras de excusas, abandonó la mesa, la sotana giró por la habitación. Abrió la puerta y salió.

Sin el berg me sentía mal. No sabía comportarme…

Pensé también en salir. Respirar un poco de aire fresco.

Me levanté. Me dirigí a la puerta.

Salí.

Bajo el dintel de la puerta… frescura. La luna. Una nube que se aborregaba, brillaba luminosa, densamente, abajo, mucho más oscura, una cadena de montañas petrificadas en nuestro derredor. Y más cerca el deleite de la pradera, alfombras de flores, tapices de árboles, variedad, desfiles, parecía un parque en el que se dispusieran festejos y diversiones, todo definido por la luz de la luna.

Apoyado en la balaustrada, el sacerdote.

Estaba de pie y hacía muecas extrañas con la boca.

NOVENO

Me resulta difícil contar el resto de esta historia. Ni siquiera sé si se le puede llamar historia a esto. ¿Es posible definir como historia esta constante acumulación y disociación… de elementos…?

Cuando salí y vi al sacerdote haciendo muecas raras con la boca me quedé petrificado.

¿Qué era aquello? ¿Qué hacía? Si la superficie terrestre se hubiera resquebrajado y hubieran comenzado a surgir larvas subterráneas mi estupor no hubiera sido mayor. No bromeo. Era yo el único que conocía el secreto de las bocas. Nadie sino yo había sido introducido en la aventura secreta de la boca de Lena. ¡El sacerdote no tenía derecho a estar informado! ¡Aquello me pertenecía! ¿Con qué derecho entrometía su propia boca?

Pero entonces comprendí: estaba vomitando. Vomitaba. Así pues su justificación era aquel vómito miserable y desafortunado. Por lo visto se había emborrachado.

Menos mal. No se trataba de nada grave.

Me vio y sonrió abochornado. Quería decirle que se acostara y durmiera un poco, pero entonces salió de la casa otra persona.

Jadeczka. Pasó a mi lado, se alejó unos cuantos pasos rumbo a la pradera, se detuvo, se llevó la mano a la boca y vi bajo la luz de la luna su vomitante boca. Vomitaba.

¡Vomitaba! Su boca vista por mí tenía una justificación al vomitar —he ahí por qué la observaba—, ¿si vomitaba el sacerdote por qué no iba también a vomitar ella? ¿De acuerdo? ¡Claro que sí! Bueno, pero… Pero, pero, pero, si el sacerdote vomitaba, entonces ella no tenía por qué vomitar. Su boca era el eco de la boca del sacerdote… como el colgamiento del palito había dado paso al colgamiento del gorrión —como el colgamiento del gato había dado importancia al colgamiento del palito— igual que el martilleo dio importancia a los golpes, igual que mi berg había acentuado el otro berg.

¿Por qué me agredían sus bocas vomitantes? ¿Qué sabían esas bocas de la boca que yo llevaba oculta? ¿De dónde provenía aquel monstruoso molusco bucal? Tal vez lo único que me quedaba por hacer… sería retirarme. Me retiré. Pero no regresé a la casa, me dirigí a la pradera, estaba harto de esa historia, la noche estaba contaminada por la luna que la atravesaba al navegar, inanimada, muerta, por sobre las copas de los árboles, una gloria, y, en torno a ellos, grupos innumerables, cortejos, murmullos, juegos… una noche verdaderamente embriagadora. No volver, no volver, no volver, hubiera querido no volver más, saltar sobre el vehículo, un latigazo a los caballos, marcharme para siempre… Sí, pero… Una noche estupenda. A pesar de todo me divertía bastante. Sí, pero era ya imposible prolongar ese estado de cosas, en realidad me sentía enfermo. Una noche estupenda. Enfermo, sí, enfermo, pero no demasiado. La casa desapareció tras la colina, caminaba sobre el prado que aquí, cerca del riachuelo era suave y mullido, pero ¿qué había en aquel árbol?, ¿qué clase de árbol era?, ¿qué sucedía con aquel árbol…?

Me detuve, veía un grupo de árboles y uno de ellos era distinto a los otros, o más bien, era como los otros, pero debía tener algo que me llamó la atención, qué, qué podía ser: su densidad o el peso, lo pesaba con la impresión de pesar un árbol «demasiado pesado», terriblemente «pesado»… Me detuve, me dirigí hacia allá.

Al acercarme tuve la seguridad de que iba a encontrar algo. Al principio no había sino abedules dispersos, después, inmediatamente después, los pinos, más densos, más oscuros. No me abandonaba la

impresión de acercarme a un «peso».

Miré en derredor mío.

Un zapato.

Una pierna colgaba de un pino. Pensé «un pie», pero no estaba seguro… Otro pie. Era un hombre… colgado… lo observé, un hombre… los pies, los zapatos, más arriba se suponía la existencia de la cabeza, inclinada, el resto estaba oculto por el tronco del árbol, por la oscuridad del follaje…

Miré a todos lados. Nada, silencio, paz, volví a observar. Un hombre colgado. Conocía aquel zapato amarillo, era igual a uno de Ludwik. Moví una rama y vi la chaqueta de Ludwik y su rostro. Era Ludwik.

Ludwik.

Ludwik colgado con su propio cinturón.

¿Ludwik? Ludwik. Colgado. Por unos momentos traté de acostumbrarme a esa idea…

Colgado. Si estaba colgado es que debía de haber razones para ello y traté de encontrarlas, comencé a hacer suposiciones, colgado, ¿quién podría haberlo colgado?, ¿se habría colgado por su propia voluntad?, cuando lo vi poco antes de cenar me había pedido una navaja de afeitar, estaba tranquilo, durante el paseo se había comportado como siempre… y, sin embargo, se había colgado… la cosa debía de haber sucedido una o dos horas atrás… estaba colgado… de algún modo debió haber ocurrido, seguramente había causas, solo que no podía encontrarlas, nada, nada, sin embargo el río en que fluyen todas las cosas debió de haber formado un remolino que yo no conocía, algo tenía que haber ocurrido, relaciones, implicaciones… ¡Ludwik! ¿Por qué Ludwik? Más bien León, el sacerdote, tal vez Jadeczka, hasta Lena… ¿pero Ludwik?, ¡no! No obstante era un hecho… que colgaba, un hecho ludwikiano colgado, que pendía ciegamente de la cabeza, una especie de toro degollado, un hecho gigantesco bajo el pino, con sus zapatos amarillos…

En cierta ocasión me ocurrió que un dentista no lograba aferrar la muela que debía sacarme, quién sabe por qué sus pinzas resbalaban… me pasaba lo mismo con este hecho que colgaba pesadamente, no lograba aferrarlo, se me resbalaba, no encontraba la manera, me sentía impotente, lo cierto es que de alguna manera aquello debió de haber ocurrido, puesto que había ocurrido… Miré con profunda atención hacia todas partes.

Me tranquilicé. Posiblemente porque algo había comprendido…

Ludwik.

El gorrión.

Estaba claro, en ese momento observaba a aquel colgado igual que en otra ocasión había contemplado al gorrión.

Y ¡pam, pam, pam, pam! ¡Uno, dos, tres, cuatro! El gorrión colgado, el palito colgado, el gato estrangulado-colgado, Ludwik colgado. Todo se volvía coherente. Todo encajaba a la perfección. Un cadáver absurdo que de pronto se convertía en un cadáver lógico. Solo que aquella lógica era densa… demasiado mía… personal-especial… privada…

No me quedaba otra opción sino la de pensar. Pensaba. Me esforzaba en fabricar, pese a todo, una historia comprensible. Pensaba: ¿Y si hubiera sido él quien colgó el gorrión?, ¿si hubiera sido él quien dibujó las flechas, colgó el palito y se divirtió con ese género de bromas…?, una manía extraña, la manía de colgar que lo había al final conducido a colgarse… ¡un maníaco! Recordé las palabras de León cuando estábamos sentados en el tronco, y que me parecieron más bien sinceras: que él, León, no tenía nada en común con esas cosas. ¿Así que Ludwik? Una manía, una obsesión, una locura…

O tal vez cabía otra posibilidad que seguía la línea de la lógica normal: Ludwik había sido víctima de una celada, de una venganza, alguien lo perseguía, lo cercaba con aquellas señales, le sugería la idea de la horca… ¿Pero quién podría ser? ¿Alguien de la familia? ¿Bolita?, ¿León?, ¿Lena?, ¿Katasia?

Otra probabilidad también «normal»: quizá él no se había ahorcado. Tal vez lo habían asesinado, ¿estrangulado primero y después colgado? Aquel sujeto que se divertía en colgar pequeñeces, aquel maníaco, aquel demente tal vez había deseado finalmente colgar algo más pesado que un palito… Pero ¿quién, quién? ¿León? ¿Katasia? No era posible, Katasia se había quedado allá… ¿Y eso qué importaba? Podía llegar hasta ahí clandestinamente, por mil demonios, ¡cómo no!, muy bien había podido ocurrir así, las posibilidades y las combinaciones eran infinitas… ¿Y Fuks? Fuks podía haberse contagiado de la manía de colgar, la había asimilado y… podía, podía. Pero no, durante todo el tiempo había estado con ellos. ¿Entonces? Si resultaba que había sido él encontrarían una laguna en el tiempo, todo puede encontrarse en el caldero sin fondo de los acontecimientos. ¿Y el sacerdote? Millones y millones de hilos podían relacionar sus enormes dedos con este ahorcado…

Podían… ¿Y los montañeses? ¿Dónde estaban los montañeses que habían conducido los carros hasta aquel sitio? Sonreí a la luz lunar ante la plácida idea de que la mente es impotente frente a la realidad que

la supera, la anula, la burla… No existe una posibilidad irrealizable… Toda trama es posible…

Sí… pero los hilos eran frágiles… frágiles… y ahí había un colgado, un brutal colgamiento. Y su brutalidad colgada se unía perfectamente con pam, pam, pam, pam, con el gorrión-palito-palo, era como decir a, b, c, d, como contar uno, dos, tres, cuatro.

¡Qué perfección! ¡Qué meticulosa lógica!, una lógica subterránea, sin embargo. Una evidencia que nos sacude, pero, que, no obstante, se mantiene siempre subterránea.

Esa lógica subterránea que pam, pam, pam, pam, saltaba a los ojos, se disolvía en la insignificancia de los detalles como en la niebla (pensaba yo) tan pronto como se pretende constreñirla al orden normal y lógico de las cosas. ¡Cuántas veces no había discutido eso con Fuks! Es posible hablar de una relación lógica entre el gorrión y el palito, reunidos por aquella flecha apenas visible en el techo de nuestra habitación —tan poco visible que solo por una casualidad la habíamos descubierto—, ¿tan poco visible que nos habíamos visto obligados a completar su trazo con nuestra imaginación?

Descubrir la flecha, llegar al palito… ¡Había sido como buscar una aguja en un pajar!

¿Quién —Ludwik o quién otro— había podido crear signos tan sutiles?

¿Cuáles eran las ligas que podían unir al gorrión y el palito con el gato, si yo mismo había ahorcado al gato? Pam, pam, pam, pam, el gorrión, el palito y el gato, ¿tres colgamientos? Claro que sí, tres, aunque el tercero fuera obra mía, y hubiera sido yo quien estableciera esa tercera rima.

¿Quimeras?, ¿alucinaciones?, bueno, sí, pero el colgado pendía a mi lado, ¡pam, pam, pam, pam… a, b, c, d… uno, dos, tres, cuatro! Quería acercarme, tocarlo tal vez, pero retrocedí un poco. Ese pequeño movimiento mío me espantó, como si cualquier movimiento en presencia de un cadáver fuera algo poco delicado, algo incorrecto. El horror de la situación en que me hallaba —se trataba desde luego de una situación horrible— estribaba en el hecho de que frente a él estaba yo, como había estado frente al gorrión. Maleza allá, maleza aquí. Un colgado allá, un colgado aquí. Miré a mi derredor… ¡Qué espectáculo! Las montañas se elevaban hasta el cielo cubiertas en gran parte por centauros, cisnes, navíos, leones con melenas luminosas, abajo una Scheherezada de las praderas y de los macizos de flores, de blancura temblorosa, ah, aquel globo muerto, luminoso, con su luz prestada… aquella luminosidad postiza, debilitada, nocturna, contaminaba y lo envenenaba todo, como si se tratara de una enfermedad. Y las constelaciones de estrellas, inverosímiles, artificiales, inventadas, la obsesión de un cielo luminoso.

Pero el cadáver principal no era la luna sino Ludwik… el cadáver bajo el árbol igual que el cuerpo del gato había pendido del muro, pam, pam, pam, pam…

Hice un movimiento con el objeto de retirarme, ¡ojalá hubiera podido! Por lo visto no llegaba el momento preciso…

¿Qué hacer? Lo más sabio sería simular no haber visto nada, dejar que las cosas siguieran su propio curso… ¿por qué inmiscuirme? En eso pensaba cuando me asaltaron una vez más las bocas. Eran bocas un tanto confusas, la boca masticadora de León, las bocas vomitantes, las de Katasia y Lena, todas esas bocas… un poco aunque no demasiado… me rodearon, también yo movía la boca.

Movía la boca como para rechazar algo. Pensé con rabia en una cosa indefinida, como si dijera: «no mover la boca, precisamente aquí»… Y en efecto, ¿qué sentido tenía mover la boca junto al cadáver? Mover la boca junto a un cadáver no es igual a moverla en otra parte. Espantado, comencé a caminar.

Mientras tanto me obsesionó aquello de lo que un momento atrás había tenido miedo: pensé en mirar la boca del cadáver. Tal vez no era ese pensamiento el que me causaba espanto, pero imaginaba algo por ese estilo… que mi deseo de abandonar el cadáver tenía por fuerza la intención de atacar, de provocar al cadáver.

Me espanté, pero entonces el impulso se volvió más fuerte… y era natural…

Sí, pero la cosa no era nada fácil… era necesario separar las ramas, hacerle volver la cara hacia la parte iluminada por la luna, mirarle la boca. Llegué a preguntarme si sería posible mirarle la boca sin tener que trepar por el árbol. Eran demasiadas complicaciones. Lo mejor sería no tocarlo.

Lo toqué, le hice girar la cabeza, lo miré.

Los labios se habían ennegrecido, el labio superior estaba levantado, se le veían los dientes: una cavidad, un antro. Desde hacía tiempo jugueteaba con un pensamiento semejante… que tarde o temprano me vería obligado a colgarme o a colgarla. La horca me acechaba por distintas partes y surgían muchas posibilidades nuevas… a menudo tontas… ¿Había o no colgado al gato? Sí, pero un gato es un gato. Mientras que por primera vez me asomaba en la boca de una muerte humana. En la cavidad bucal humana, colgada. Uhmmm…

Irme. Abandonarlo todo.

Irme. Abandonar todo tal como lo había encontrado. No era asunto mío, yo nada tenía en común con

esto: ni siquiera era mi obligación saber cómo había ocurrido, se toma un poco de arena en la mano y ya está uno perdido en una masa inconcebible, inmensa, inconmensurable, incalculable… ¡cómo iba a ser capaz de descubrir todas las posibles implicaciones! Tal vez se había colgado porque, un ejemplo, Lena se acostaba con León… ¡cómo saberlo!, nunca podemos saber nada… irme, dejar todo por la paz. Pero no me movía, era más, se me ocurrió algo así como: «¡Lástima que lo he mirado en la boca, ahora ya nunca podré irme!».

Me asombró ese pensamiento, en aquella hermosa y luminosa noche… pero se trataba de un pensamiento más que fundado, si me hubiera comportado normalmente en relación al cadáver, hubiera podido marcharme; ahora, en cambio, después de lo que había hecho con mi boca y su boca… ahora me resultaría difícil. Es decir, podría irme, pero no podía ya alegar no estar personalmente comprometido…

Meditaba y pensaba profundamente, sin tregua, pero sin el más mínimo pensamiento, y comencé a tener miedo, mucho miedo, yo y este cadáver, el cadáver y yo, yo y el cadáver, no podía ya separarme después de haber contemplado su boca.

Levanté la mano. Le metí un dedo en la boca.

No era fácil, las mandíbulas estaban ya rígidas —pero las separé—, sumergí el dedo, encontré la lengua, extraña, desconocida, y el paladar que me pareció aplastado como el techo de una casa demasiado baja, frío, saqué el dedo.

Me sequé el dedo con el pañuelo.

Miré a mí alrededor. ¿Nadie me habría visto? No. Coloqué al colgado en la posición original, lo recubrí lo más que era posible con las ramas, borré mis huellas en el suelo, de prisa, cada vez más de prisa, el miedo, los nervios, el miedo, escapar, abrí un sendero a través de la maleza y después de comprobar que no había nadie fuera de aquel temblor lunar, seguí alejándome de prisa, más de prisa, cada vez más de prisa. No corría, sin embargo. Caminaba hacia la casa. Disminuí el paso. ¿Qué decirles? ¿Cómo decirlo?

Ahora las voces se volvían más complicadas. No era yo quien lo había colgado, pero después de aquel dedo en la boca el ahorcamiento era también mi obra…

Y por encima de todo, la íntima satisfacción de que las bocas se hubiesen unido con los «colgamientos». ¡Era yo quien al fin había logrado esa unión! Finalmente. Sentí que había cumplido un deber.

Ahora era necesario colgar a Lena.

El estupor no me abandonaba ni por un instante, estaba sinceramente asombrado, pues hasta ahora el pensamiento de colgar existía en mí teóricamente, no vinculado a nada, y después del dedo en la boca no había cambiado su carácter, continuaba siendo un pensamiento excéntrico… puramente retórico… Sin embargo todo resultaba demolido por la fuerza con que aquel colgado gigantesco había penetrado en mí y yo en él. El gorrión estaba colgado. El gato estaba colgado (antes de ser enterrado). Ludwik estaba colgado. Colgar. Yo era el colgamiento.

Me detuve para pensar que cada quien quiere ser él mismo, y por supuesto también yo quería ser yo mismo, nadie puede amar la sífilis, nadie, por supuesto, y sin embargo hasta el sifilítico quiere seguir siendo él mismo, es decir, un sifilítico; es fácil decir «quiero sanar», no obstante eso suena extrañamente, equivale casi a decir: «no quiero ser quien soy».

El gorrión.

El palito.

El gato.

Ludwik.

Ahora se hacía necesario colgar a Lena.

La boca de Lena.

La boca de Katasia.

(Las bocas del sacerdote y de Jadeczka en el momento de vomitar). La boca de Ludwik.

Y ahora se hacía necesario colgar a Lena.

¡Qué extraño! Por una parte todo era exiguo, idiota, hasta falso, aquí, en la lejanía, a la distancia, tras las montañas, los bosques, bajo la luz lunar. Por otra parte existía la tensión de los colgamientos y de las bocas. ¿Qué hacer? No había otra posibilidad. Era necesario colgar a Lena.

Caminaba con las manos en los bolsillos.

Me encontraba en la colina que se deslizaba hasta la casa. Voces, canciones… Advertí un kilómetro más allá, en la colina de enfrente, luces de linternas de mano. Eran ellos.

Marchaban bajo la dirección de León y se daban ánimo con canciones y bromas.

Marchaban. Lena iba entre ellos.

Del sitio en que estaba, desde esa altura, el paisaje quedaba bajo mis pies y temblaba, me sentía como

bajo el efecto de un anestésico. El hecho de haber localizado a Lena allá correspondía a la sensación que se tiene cuando se sale de caza con una escopeta al hombro y de pronto, inesperadamente, salta la liebre. Llegué hasta a reír. Me puse en camino, crucé el campo, hacia ellos. El gorrión estaba colgado, y yo caminaba. El palito estaba colgado, y yo caminaba. Había estrangulado al gato y yo caminaba. Ludwik estaba colgado, pero yo caminaba.

Los alcancé en el momento en que abandonaban el sendero apenas visible para internarse en la pradera. Estaba llena de maleza y de piedras puntiagudas. Avanzaban con cautela, León al frente. Gritaban, bromeaban:

—Estamos contigo, jefe.

—¿Descendemos en vez de subir?

—¿Es aquel el panorama?

—Yo me siento, no sigo, no puedo más.

—Calmadales, por favor, pazpacienciales, qué sucede, ajá, al fin, hemos llegado… Por aquiles, ya vereles, un momento, les ruego me disculpen.

Yo los seguía sin ser observado. Ella marchaba un poco aparte y no me hubiera sido difícil acercármele. Podía aproximarme, naturalmente con el carácter de estrangulador y verdugo. No sería difícil llevarla aparte (porque ya éramos dos enamorados, también ella me amaba, ¡quién podría dudarlo!, si deseaba matarla es que ella me amaba), en cuyo caso podría estrangularla y después colgarla. Comencé a comprender el ser del asesino. Se mata cuando el asesinato se vuelve fácil, cuando no se tiene otra cosa que hacer. Sencillamente las otras posibilidades se agotan. El gorrión estaba colgado, el palito colgado, Ludwik colgado, y yo la colgaría como había colgado al gato.

Naturalmente podría no colgarla, pero… ¿cómo se puede desilusionar a alguien de esa manera? ¿Arruinarlo todo ahora? ¿Después de tantos esfuerzos, tantas combinaciones, los colgamientos a plena luz y yo los había unido con las bocas… para finalmente abandonar, renunciar a todo?

De ninguna manera.

Los seguía. Jugaban con las linternas. Al cine; los veía jugar a películas cómicas: un cazador que avanza con cautela y con las armas empuñadas, dispuesto a disparar, mientras paso a paso lo sigue una enorme bestia, un oso gigantesco, un inmenso gorila.

El sacerdote. Estaba a unos cuantos pasos de mí, seguía al grupo sin saber por qué ni cómo, tal vez había tenido miedo de quedarse en la casa a solas consigo mismo —no lo había visto antes, había salido sabe Dios de dónde— con sus dedazos campesinos, trituradores. Con la sotana. El paraíso y el infierno. El pecado. La Santa Iglesia Romana, nuestra madre. El frío del confesional. El pecado. *In saecula saeculorum*. La iglesia. El frío del confesional. La iglesia y el Papa. El pecado. La condenación. La sotana. El paraíso y el infierno. *Ite missa est*. El pecado. La virtud. El frío del confesional. *Sequentia sancti*… La iglesia. El infierno. La sotana. El pecado… El frío del confesional.

Le di un fuerte empellón que lo hizo trastabillar. En el mismo instante me espanté: ¿qué pretendía yo? ¿Qué se me había metido en la cabeza? ¿Qué locura era esa? Parecía que el cura iba a gritar. Pero no lo hizo. Mi mano encontró una pasividad tal que pronto me tranquilicé. Se detuvo, pero no me miraba. Estábamos detenidos.

Podía ver claramente su rostro. Y su boca. Alcé la mano, me dieron ganas de meterle un dedo en la boca, pero tenía los dientes cerrados. Con la izquierda le agarré el mentón, le abrí la boca y metí en ella un dedo.

Saqué el dedo, me lo limpié con el pañuelo.

Ahora era necesario acelerar el paso para reunirme con la caravana. Ese incidente del dedo en la boca del sacerdote me había hecho bien, era distinto, sin embargo (pensaba), meter el dedo en la boca de un cadáver que en la de un hombre vivo, tenía la sensación de que mis alucinaciones se hubieran introducido en el mundo real. Me sentí mejor.

Recordé que en medio de todos aquellos incidentes me había olvidado del gorrión, etcétera, y por ello tomé de nuevo conciencia de cómo allá, a unos treinta kilómetros de distancia estaban el gorrión… y el palito… y el gato. Y también Katasia.

—Ilustrísibus compañeros, ¡descanso!, un breve descancansingo mis señorines, un momentáneo respiringo.

Estaba parado bajo una enorme roca que parecía presidir aquel valle cubierto de espesa vegetación. Frente a nosotros se extendía un pequeño prado, debía de haber alguien en aquel sitio, me parecía distinguir las calesas… un poco de fresco, la hierba.

—Lulo, quiero irme, mira nada más qué lugar ha elegido.

—Señor coronel, aquí ni siquiera hay donde sentarse.

—Señor presidente, ¿pretende usted acaso que nos sentemos en el suelo?

—De acuerdo, de acuerdo —la voz de León era un plañido—, solo que papacítibus ha perdido un gemelo. Lo tenía en la camisa. Mi gemelo. ¡Caramba!, venga alguien con una linterna.

El gorrión.

El palito.

El gato.

Ludwik.

El sacerdote.

León a cuatro patas buscaba el gemelo, Lulo iluminaba la tierra con la linterna, me acordé del cuarto de Katasia y de mis operaciones con Fuks y una linterna. ¡Cuánto tiempo había pasado! El cuartito allá. Y Katasia en él. Continuaba buscando el gemelo, finalmente tomó la linterna en sus manos y después de un instante advertí que en vez de buscar por el suelo, examinaba el macizo de rocas, exactamente como habíamos hecho Fuks y yo, cuando con la linterna examinábamos las paredes del cuartito… ¿Buscaba en verdad el gemelo? Tal vez no buscaba el gemelo, tal vez aquel era el lugar al que nos conducía, el lugar de hacía veintisiete años… Parecía no estar seguro, no lograba reconocer el sitio. En todo aquel tiempo habían crecido otros árboles, el terreno se había elevado, las rocas habían podido cambiar de posición, buscaba, con el auxilio de la linterna y con creciente frenesí, exactamente igual que nosotros en aquella ocasión; al verlo inseguro, perdido, casi asfixiado, con el agua al cuello, pensé en nosotros, en Fuks, en mí, cómo nos habíamos perdido en los cielos rasos, en la paredes, en el jardín.

¡Otros tiempos! Todos esperaban. Nadie hablaba, supongo que por curiosidad, por saber finalmente qué diablos estaba ocurriendo. Veía a Lena. Delicada, su chal, su boca, el palito, el gorrión, el gato, Katasia, Ludwik y el sacerdote.

León no podía más. Se había perdido. Examinaba ahora un hueco entre las rocas.

Silencio.

Se enderezó.

—¡Aquí es!

Lula murmuró:

—¿Qué lugar es este, señor León, qué lugar? —con voz servicial.

Él se había puesto de pie, modesto, tranquilo.

—Qué coincidencia, mis queridos amigos… una casualidad única en su género… yo trataba de encontrar un gemelo y en cambio hallo estas piedras… Aquí, en este lugar, estuve hace veintisiete años… ¡Aquí!

Se quedó silencioso, pensativo, como si hubiera recibido una orden. El asunto se prolongaba. La linterna se apagó. La situación se hacía cada vez más larga, interminable. Nadie lo interrumpía y solo después de unos minutos Lula habló con una vocecita dulce y preocupada:

—¿Qué le pasa, señor León?

—Nada —respondió él.

Advertí que Bolita no estaba. ¿Se había quedado en casa? ¿Y si hubiera sido ella quien colgara a Ludwik? ¡Absurdo! Él mismo se había ahorcado. ¿Por qué? Aún nadie lo sabía. ¿Qué sucedería cuando todos se enteraran de la verdad?

El gorrión.

El palito.

El gato.

Ludwik.

Era dificilísimo darse cuenta de que esto, lo de aquí y ahora, se desarrollaba en relación con aquello, lo de allá y entonces, a cerca de treinta kilómetros de distancia. Me fastidiaba León por haber asumido el papel de protagonista, mientras todos nosotros (yo incluido) nos convertíamos en sus espectadores… estábamos aquí expresamente para contemplarlo…

Murmuró de manera vaga:

—Aquí, con una…

Pasaron otros minutos en silencio, mudos, largos minutos goteantes de inmundicia, minutos que constituían una admisión, el que nadie hablara significaba que estábamos allí con el único fin de que pudiera satisfacerse… con ese… yoísmo… «cada quien en lo suyo»… Esperábamos que terminara. El tiempo corría.

Improvisadamente iluminó con la linterna su propio rostro. Los *pince-nez*, la calvicie, la boca, todo. Los ojos cerrados. Lúbricos. Mártir. Dijo:

—No hay nada más que ver.

Apagó la linterna. Me sorprendió la oscuridad. Se hizo más oscuro de lo que me podía imaginar, evidentemente las nubes estaban ya sobre nuestras cabezas. Él, bajo el macizo de rocas, era casi invisible. ¿Qué hacía? Seguramente se entregaba a quién sabe qué porquería, se estaba excitando, recordaba a aquella mujerzuela, jadeaba, celebraba su propia inmundicia. Me asombraba que nadie se marchara, ahora era fácil para todos comprender el motivo por el que nos había llevado a ese lugar: para asistir, para observar, para excitarlo. Lo más simple era marcharse. Pero nadie se iba. Lena, por ejemplo, podría irse, pero no se iba. No se movía.

Él jadeaba, jadeaba rítmicamente. Nadie lograba ver lo que hacía, ni cómo. Pero nadie se iba. Gimió. Fue un gemido de lujuria, pero también, la verdad sea dicha, de fatiga, dirigido expresamente a aumentar su placer. Gemía. Gritaba. Grititos sofocados, guturales, fornicantes, cómo se esforzaba, cómo festejaba y celebraba… Se esforzaba, se esforzaba. Gemía. Gritaba. Esfuerzo. Fatiga. Finalmente exclamó:

—Berg.

—Berg —respondí.

—Berg bembergado con el Berg —gritó.

—Berg bembergado con el berg —repetí.

Calló. Volvió a hacerse el silencio. Y yo pensaba: el gorrión Lena el palito el gato en la boca la miel el labio la excrecencia la pared la grieta la desconchadura el dedo Ludwik la maleza colgado pendientes Lena yo solo allá la tetera el gato el palito el muro la carretera Ludwik el sacerdote el muro el gato el palito el gorrión el gato Ludwik colgado el palito colgado el gorrión colgado Ludwik el gato colgado.

De pronto la lluvia. Gotas densas, levantamos la cabeza, diluviaba, el agua comenzó a golpetear. Se levantó el viento, pánico, todos huimos hacia el árbol más próximo, pero también los abetos diluviaban, las gotas los traspasaban, agua, agua, agua, los cabellos empapados, la espalda, las caderas y frente a nosotros, en la oscura oscuridad interrumpida solo por los reflejos de las linternas desesperadas el muro vertical del agua que caía, y fue entonces, a la luz de estas linternas que descubrimos que estábamos en medio del diluvio, qué manera de caer agua, torrentes, cascadas, lagos, cómo llovía, ríos, lagos, mares, torrentes, cascadas, lagos, ríos, mares, torrentes de agua, y una brizna de paja, un palito, una hoja arrastrada por el agua, desaparecieron, los torrentes se unían, se formaban ríos, nacían islas, obstáculos, diques, presas y allá, allá, sobre nosotros, el diluvio, diluviaba, todo caía, se derrumbaba; abajo la hoja empapada, un trozo de corteza que desaparecía… En conclusión: escalofríos, reumas, fiebres, Lena enfermó de las anginas, fue necesario llevar un taxi de Zakopane, enfermedades, médicos, en fin todo cambió y yo volví a Varsovia, mis padres, el conflicto permanente con mi padre, y otras historias, problemas, dificultades, complicaciones. Hoy en el almuerzo comimos pollo relleno.

Witold Gombrowicz, nació el 4 de agosto de 1904 en Maloszyce, Polonia.

Criado en el seno de una familia adinerada de Maloszyce, cursó estudios de Derecho en Varsovia, donde se inicia en la escritura de cuentos fantásticos que más adelante recopilaría en *Memorias de una época de inmadurez* (1933). Abandonó los estudios en 1934 y en el año 1937 se edita *Ferdydurke*, una novela vanguardista, en la que el narrador es reducido al papel de un niño por los que le rodean.

En 1939 se traslada a Argentina como corresponsal; poco tiempo después de llegar estalló la guerra y Gombrowicz se quedó allí hasta 1963, ganándose la vida como empleado de banca. Durante el exilio, escribe *Transatlántico* (1952), la obra teatral *Ivonne, princesa de Borgoña* (1957) y una novela, *Pornografía* (1960). A Gombrowicz le gustaba llamarse el «poeta de la forma» creía que el hombre era «naturalmente artificial» y que sólo podía alcanzarse la libertad rechazando prejuicios y abrazando un futuro creativo e incierto en la vida y en el arte. Al tomar el barco de regreso a Europa dio un consejo a los nuevos escritores porteños: *¡Muchachos, maten a Borges!*

Publicó *Cosmos* (1965) y *Recuerdos de Polonia* (1965), un diario cínico, sarcástico y desencantado. Pasó sus últimos años en Francia, convertido en una celebridad y recompensado con el International Publishers Prize de 1967.

Witold Gombrowicz falleció el 24 de julio de 1969 en Vence (Francia).